

Deseo®

UNA BUENA CHICA

Amy J. Fetzer

Harta de ser sólo una buena chica para todo el mundo, Calli Thorton estaba dispuesta a soltarse la melena y lanzarse a la aventura. Era una mujer con una misión. Pero un sensual desconocido le desbarataba cada oportunidad. Casi parecía como si aquel hombre hubiera decidido salvar a Calli de sí misma.

Gabe Griffin había sido contratado en secreto para proteger a Calli. Pero no pudo mantener la distancia profesional, por no hablar de la física, cuando la trasladó a su rancho para protegerla. ¡Cielos, si ni siquiera podía protegerse a sí mismo de enamorarse como un loco de aquella belleza de ojos azules!



Amy J. Fetzer

Una buena chica

Deseo - 795

ePub r1.0

LDS 08.12.16

Título original: *The unlikely bodyguard*
Amy J. Fetzer, 1998
Traducción: Ana Fernández
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire (MD) - 1176 /
Silhouette Desire (SD) - 1132
Protagonistas: Gabe Griffin y Calli Thorton
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Cañón Gallina. Nuevo México

Todas las cabezas del establecimiento se volvieron cuando ella entró.

Vaciló examinando el bar de carretera, las luces de neón iluminándola por detrás y dejándole la cara en penumbra. Las mujeres le dirigieron una mirada y los hombres se estiraron para tener mejor vista. Ángel dejó su vaso a un lado y la miró. Ella entró despacio en el bar, el chasquido de sus tacones marcando el sinuoso movimiento de sus caderas envueltas en una apretada falda de cuero negro. Tenía piernas musculosas y cuando apoyó los codos en la barra, la cazadora corta de cuero crujió.

La chica pidió un trago de tequila con voz sedosa.

El espejo, sucio y brumoso de la nicotina, corría a lo largo de toda la pared y Ángel observó cómo le pasaba unos billetes doblados al camarero a través de la barra salpicada de cerveza. La chica alzó el vaso y lo apuró de un trago. El vaso se separó de su boca despacio y ella deslizó la lengua por los labios. De repente, lo posó con brusquedad y pidió otro. Mientras el camarero lo servía, dio un paso atrás y se estiró un poco. Los hombres aposentados en la barra se echaron hacia atrás para inspeccionar la curva de su trasero y las medias negras que envolvían sus piernas increíblemente torneadas.

Ike Granson, un ladrón de poca monta y traficante, se acercó más a ella y le habló en voz muy baja mientras acercaba un taburete a su lado. Calli sintió una barba rozarle la oreja y se dio la

vuelta con una sonrisa.

«Dios, vaya sonrisa», pensó Ángel sin dejar de mirarla mientras acompañaba al otro hombre a la pista de baile. La bruma del humo los envolvía como una cortina de suciedad. Ike se inclinó y el pelo grasiento le cayó por la frente mientras le susurraba algo al oído y deslizaba la mano por su espalda como un masajista perezoso. Ella se puso rígida y se paró en seco. Entonces se apartó un poco y le dio un puñetazo en plena cara. Estupendo.

«Dios bendito», pensó Calli. Ya se había metido en problemas. Hasta el cuello. Ella sólo había ido buscando un poco de excitación y había escogido un club que prometía demasiado color local. Nunca había emprendido nada tan aventurero en toda su vida y ahora, que sus primeras vacaciones en tres años estaban cayendo en picado, sólo deseaba salir de allí sin que le cortaran el cuello, la violaran o cualquier otra cosa. Y sin dejar que nadie notara lo asustada y estúpida que se sentía. Con el mayor desenfado que pudo, estiró la mano.

—Ah, no, gracias, tío. No estoy buscando ese tipo de compañía.

«Al menos no la tuya», pensó. El hombre olía a marihuana y a cerveza agria, pero todavía tenía peor pinta. Grasienta. Y ya la había sobado demasiado. Apartándose de su alcance, se dio la vuelta y volvió a su taburete. Ike la asió por la muñeca y la atrajo a sus brazos. La melena le cayó sobre la cara y el hombre se la retiró. ¡Ag! Hasta tenía las uñas sucias.

—Te estabas exhibiendo, fulana y yo quiero un poco.

Aturdida, Calli le preguntó:

—¿Le hablas a tu madre de esta manera?

El hombre frunció el ceño.

—No hables de mi madre.

—Mira, dime qué parte del «no» no entiendes para poder explicártela.

La cara del hombre se encendió de rabia y la apretó aún más. ¡Oh Dios! Su lengua le iba a crear aún más problemas, pensó mientras intentaba arrancarle las manos de la cintura. El miedo le atenazó el estómago, pero Calli siguió diciéndose a sí misma que podría salir de aquella situación. Podía hacerlo.

—Nunca he visto a una mujer plantarte tan rápido, Ike.

Ike deslizó la vista hacia un hombre obeso que se acercaba.

—Y no lo vas a ver.

Deslizó la mano más abajo hasta abarcarle las nalgas y Calli sintió náuseas.

—Tengo un coche ahí fuera. Podemos estar un rato juntos.

Ella forcejeó.

—Tu encanto me sorprende, Ike. Te llamas así, ¿verdad?

El hombre se puso más rudo y como no captaba el mensaje, Calli le abofeteó en la cara con fuerza. El siseo de dolor del hombre sonó fuerte en medio del denso silencio. Calli notó que todo el mundo estaba mirando y sin embargo, él no la soltaba. En vez de eso sonrió.

—¿Ahora entiendes lo que significa no?

Pero su amigo, el hombre con aspecto más rudo que había visto ella en toda su vida, decidió que era su turno y levantó su enorme cuerpo del taburete.

—Yo, ah… tengo que irme —dijo Calli apresurada acercándose a la puerta a pasitos—. Ah, y gracias por el baile.

—No vas a irte, pequeña —amenazó el gordo avanzando hacia ella.

Calli sopesó sus opciones al instante y un rodillazo en sus partes fue lo primero en lo que pensó. Pero con aquel mamut, cualquier victoria que consiguiera no duraría más de dos segundos.

—De verdad que debo —dijo contra el pecho de buey odiando el temblor de miedo de su voz.

Cuando el hombre alzó la mano para agarrarla o golpearla, Calli dio un paso atrás con más rapidez que él y tropezó contra otro cuerpo.

Al instante, una mano cayó sobre su hombro izquierdo. Dios santo, estaba rodeada. El gordo se detuvo con un sordo gemido.

Calli intentó zafarse de la mano de su asaltante, pero parecía que estuviera pegada al suelo de cemento. Obedeció la orden silenciosa de no moverse conteniendo el miedo que le atenazaba el cuerpo mientras el gordo miraba por detrás de ella.

A mucha altura por detrás de ella.

—Déjala en paz, Pequeño.

La voz era ronca y grave por el *whisky*. E innegablemente sensual.

—Se lo ha buscado ella, Ángel.

La amenaza flotaba en el sucio aire.

Pequeño apretó los labios y entrecerró los ojos.

—Apártate de ella.

Pequeño obedeció apartándose un poco.

Con mucho cuidado, Calli giró la cabeza y se encontró con un cuello enmarcado por una camiseta negra. Alzó más la vista por la mandíbula cuadrada pasando por los labios más increíbles hasta llegar a unos helados ojos del color de la menta. Tenía las pestañas más largas que había visto en su vida, pensó distraída. Y un aro en la oreja. Se humedeció los labios. ¿Aquél era Ángel? Pues parecía cualquier cosa menos un ángel. Piel morena. Pelo negro. Ojos demasiado pálidos. Emanaba peligro. Verdadero peligro. No se alzó un solo sonido en el bar excepto el de la máquina de los discos y Calli se estremeció. Ángel mantenía la mirada clavada en Pequeño, aunque Calli sabía que no era ajeno a que ella lo estaba mirando. Era difícil de creer que ella no lo hubiera visto antes. Pero no necesitaba que la rescataran.

—Apártate, Ángel.

La mirada de él se deslizó entonces sobre ella y Calli sintió una oleada de sexualidad primitiva. Él enarcó una siniestra ceja oscura.

—¿Quieres irte con él?

¡Dios, qué voz!

—No.

—Entonces te sugiero que te calles.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Perdona?

—No te la vas a llevar —tuvo el valor de decir Pequeño.

El licor que le recorría las venas le dio valor a Calli.

—Ni tampoco tú.

Ella aprovechó la sorpresa de Ángel y se zafó de él deslizándose entre los dos hombres para volver a la barra.

¡Vete! ¡Ahora mismo!, le decía la voz de la razón.

Pero en vez de obedecerla, agarró su bolso y sacó más dinero, que puso en la barra. El camarero le sirvió otro trago sonriendo para sí mismo. Por el espejo, notó que Pequeño y Ángel se estaban mirando como dos pistoleros.

Por fin Pequeño retrocedió, se acercó a una mesa y aposentó su enorme trasero en la silla al lado de la de Ike.

Ángel volvió la cabeza para mirarla. Ella posó la mirada en la de él a través del espejo deteniendo el vaso a mitad de camino de sus labios. Se sentía como una mosca atrapada en un panal. Incluso a través de la habitación, hacía daño mirar a aquellos ojos. Una sensación desnuda la recorrió y a su mente acudió un tropel de imágenes eróticas. Entonces parpadeó y se encogió de hombros para sacudirse aquellas imágenes. Deliberadamente terminó muy despacio el tequila que le ardió hasta llegar al estómago.

Sintió a aquel hombre detenerse a sus espaldas.

—Vamos —le dijo a su reflejo en el espejo.

—Piérdete.

Él entrecerró los ojos.

—O sales conmigo ahora mismo o tus padres tendrán que identificarte por una etiqueta colgando en el dedo del pie.

—Eso será difícil, porque no tengo padres.

Calli no notó que los duros ojos se suavizaron una milésima de segundo cuando ella deslizó la mirada tras él hacia Pequeño e Ike. La estaban mirando con chispas en los ojos desde el otro extremo del bar. No sabía si era estupidez o valor lo que la mantenía allí todavía, pero quería experimentar el peligro y vivir un poco al límite. Y aquel pedazo de hombre vestido con vaqueros apretados no iba a detenerla. Esa noche no. Había sido una buena chica toda su vida y mira a donde la había llevado eso: un bonito apartamento, amigos agradables y compañeros de trabajo. Y el más absoluto y sofocante aburrimiento. Al menos, la situación actual le había producido una buena descarga de adrenalina.

Volvió a mirar a Ángel.

—¿Quién te ha nombrado protector mío?

—Una desgraciada coincidencia.

—¿Quieres que vaya contigo?

Él deslizó una sugestiva mirada sobre ella y apretó los labios.

—Todavía no te he tocado. —Calli inspiró con fuerza cuando él se acercó más y plantó los dos brazos a los lados de su cuerpo inclinándose hacia su cara—. Y sí, quiero que te vengas conmigo.

—De ninguna manera.

Por lo que le conocía, podía ser un asesino sanguinario, aunque lo dudaba. Ángel la miró a los azules ojos y sintió que todo el bar los estaba mirando.

—¿Estás tan deseosa de morir, mujer?

Ella frunció el ceño.

—Estás exagerando.

—Mira a Pequeño.

Calli obedeció. Sobre la mesa había una navaja de muelles y los dedos del gordo descansaban sobre el mango mientras que su mirada no se apartaba de ella. El orgullo la hizo alzar la barbilla, mirar al camarero y pedir otra copa.

La expresión de Ángel se endureció y antes de que ella pudiera alcanzar el vaso, la asió por la mano, la levantó y se la echó por encima del hombro.

—¡Socorro! ¡Esto es un rapto!

—Cállate.

—¡Violación!

—He hecho el amor de muchas maneras, pequeña, pero ésta es casi imposible.

La grava del aparcamiento crujió bajo sus botas y él siguió avanzando.

—¡Bastardo!

—Eso es probable.

Ángel se detuvo y la escurrió de su hombro deslizando de forma provocativa la mano por su muslo y sus nalgas al dejarla en el suelo.

—¿Contenta?

—No.

Sin apartar la mirada de ella, le abrió el bolso y buscó la llave. Calli lanzó un gemido intentando quitársela, pero él la mantuvo fuera de su alcance.

—Compórtate —la advirtió con las llaves del hotel y del coche en su mano.

Le tiró entonces el bolso al pecho y ella lo asió.

—Dame esas llaves.

Él no le hizo caso, sino que se acercó a su lado y se agachó para abrir el coche. Su cara estaba a pocos centímetros de ella.

—Entra.

Calli parpadeó antes de bajar la vista.

—¿Cómo sabías que era el mío?

Ángel sonrió.

—Intuición.

Entonces rodeó el coche y abrió la puerta del conductor. Como ella no se movió, apoyó el codo en la carrocería y la examinó. Estaba furiosa, los pequeños puños apretados y las facciones tensas. No pudo resistir la tentación de incordiarla.

—¡Eh! Puedo viajar solo en este coche de cincuenta mil dólares o puedes venir conmigo.

Ella abrió la puerta con una mirada incendiaria y desahogó su furia dando un portazo. Ella sólo había querido cruzar la línea del peligro y llegaba él actuando de niñera. Estupendo. A ese paso, la inscripción de su lápida sería algo así como: Aquí yace una virgen vestal no tocada por ningún hombre. O por ninguna excitación.

—Debería haberte denunciado.

—Sería una suerte que encontraras a algún policía por estos tugurios.

Ángel arrancó y se acercó lo suficiente a una moto aparcada como para recoger el casco y tirarlo al asiento trasero.

Calli miró por la ventanilla. No tenía miedo de él. Quizá fuera porque había acudido en su defensa.

—¿Te ha dicho alguien que eres un bruto?

—Sí.

—¿Y arrogante?

Hubo un silencio.

—Sí.

—¿Y *sexy*?

—Yo no quiero nada de ti. —Ángel la miró confundido—. ¿Cómo te llamas?

—Eso deberías habérmelo preguntado cuando decidiste hacer de Tarzán y me sacaste sobre tu hombro.

—Debería haberte tirado a los lobos.

—Hubiera sobrevivido.

El lanzó una carcajada.

—Pequeño no es tan pequeño cuando está lanzado, señorita…

Calli sabía que le estaba preguntando el nombre pero decidió ignorarlo. Ángel le quitó el bolso y escarbó con una mano hasta encontrar su cartera. La abrió y leyó el nombre.

—Ah, Calli.

¡Oh, Dios! Aquélla era una voz para morirse, grave y ronca.

Enojada por la idea, recogió sus cosas con ganas de darle otra bofetada. Pero estaba conduciendo y ella no quería matarse sólo porque la hubieran manipulado.

Ángel redujo la velocidad y paró el coche tirándole en el regazo las llaves. Agarró el casco del asiento trasero y la miró a los ojos.

—Mantente alejada del Clavo. No perteneces a un sitio como ése.

Antes de poder responderle, había cerrado de un portazo y se estaba alejando a grandes zancadas. Calli le observó, admirando aquella fuerza envuelta en vaqueros y aquellos largos muslos. Entonces miró a su alrededor. Estaba frente a su hotel.

Dio un puñetazo en el salpicadero.

¡Dios! ¡Cómo odiaba aquel paternalismo masculino! A todos los hombres de su empresa, hasta a su jefe, les gustaba ejercer de padres suyos. Ya todos los hombres que se habían acercado a ella que no fueran casi perfectos, los chicos habían hecho lo posible por destruirlos.

La gente la contemplaba como a «una buena chica» criada por monjas y con la moral de una santa. Y agradecía que los hombres pensaran que no era fácil, pero odiaba la forma en que los hombres cambiaban de conversación cuando ella entraba en una habitación y cómo morían al instante las bromas. A Calli le gustaba la gente que decía exactamente lo que pensaba.

Incluso los hombres con los que había salido últimamente eran exageradamente educados y obsequiosos. Y terriblemente aburridos. No hablaban con ella, sólo de forma superficial, como si Calli no pudiera soportar cualquier conversación un poco tensa. ¡Si siquiera conocieran su pasado! Calli deseaba algo más. No estaba segura de qué, pero se sentía muy comprimida por la imagen que necesitaba proyectar para su profesión y la necesidad de escape. Se miró la ropa y sonrió. Desde luego que ella nunca se vestía así, pero se sentía increíblemente atrevida y sensual envuelta en cuero.

Pasó por encima de la palanca de cambios y metió la llave de contacto. El motor rugió y se estaba dando la vuelta para mirar atrás, cuando de repente se abrió la puerta del coche. Antes de poder hablar, Ángel metió la mano y la sacó del coche con la misma facilidad que si fuera una pluma.

¿De dónde había salido? ¡Si ella le había visto alejarse!

Ángel la asió por los brazos hasta levantarla al nivel de su vista.

—¿Estás intentando que te maten?

—No, por supuesto que no.

—Entonces, ¿qué diablos estás haciendo?

La sacudió y uno de sus tacones cayó al suelo.

—Eso no es asunto tuyo, ¿no te parece, Ángel?

No sabía cómo le habían puesto aquel nombre. Se parecía mucho más a Lucifer, con montones de músculo bajo la cazadora vaquera. Dios, y tenía los ojos como cristales, cargados de secretos. El poder que emanaba de ellos le preocupó.

—¿Te importa?

Calli alzó el pie descalzo hacia la entrepierna de sus vaqueros.

—No juegues ahí, pequeña tigresa —susurró él con voz ronca.

Entonces algo se encendió dentro de ella.

—No lo había planeado, pero las patadas bien dirigidas funcionan mucho mejor —le golpeó levemente y los ojos de él se inflamaron—. Bájame.

Él lo hizo de forma brusca como si le quemaran las manos y dio un paso atrás.

—No sé por qué has decidido interferir en mi vida, Ángel o como quiera que te llames, pero puedo cuidar de mí misma.

—Lo recordaré cuando lea mañana en los periódicos lo de tu asesinato.

—Estás siendo posesivo con alguien a quien no conoces.

—Estás borracha, señorita Thorton.

Ella alzó la mano.

—Déjame en paz. Estoy harta.

—¿Ya quién matarás en la carretera sólo para desafiarme?

Ella suspiró bajando lentamente la cabeza hacia el volante. El claxon sonó y dio un respingo. Él tenía razón, por supuesto. El orgullo no se podía llevar tan lejos. Sacando las llaves, salió del BMW y cerró la puerta. El silencio entre ellos fue agudo y cortante.

Calli le miró a los ojos. Tenía la expresión inescrutable. Se balanceó un poco y entonces se agachó para quitarse los zapatos. Los ojos de Ángel brillaron y Calli se levantó.

Era una pequeña cosita.

—No te confundas por mi altura —comentó ella al notar su sorpresa—. Soy mucho más dura de lo que parezco.

—Lo mismo me pasa a mí.

Calli deslizó la mirada a lo largo de todo su cuerpo, desde las botas de piel de serpiente hasta el aro de su oreja, que le hizo sonreír.

—Me lo puedo imaginar —entonces accionó el mando que cerró las puertas del coche y conectó la alarma—. Te gustaría encerrarme con tanta facilidad, ¿verdad, Ángel?

Sí, pensó él. Le gustaría. Pero lo que le gustaría era encerrarse él con ella.

—Buenas noches, Ángel, cariño.

Pasó por delante de él rozándole y se dirigió directa al hotel con los zapatos danzando en la punta de sus dedos como si fueran sandalias. Ángel clavó la mirada en su espalda sinuosa bajo el cuero hasta que desapareció. Dios, era un número salvaje. No, estaba jugando a ser la salvaje, se corrigió, aunque el que no hubiera conectado la alarma en la puerta del Clavo Oxidado le indicaba que no tenía ni idea de donde estaba metiendo las narices y había tenido mucha suerte de encontrar el coche al salir. Su ropa, por muy rockera que quisiera parecer era cara y bien cortada y el BMW hablaba a gritos de dinero.

Entonces se dio la vuelta para volver a la taberna a buscar su moto. Vuelve a casa, Calli Thorton, pensó al pasar de nuevo delante del hotel y volver a echar un vistazo a su coche. Una buena mujer como aquélla no pertenecía a aquel lugar. Nunca. Y mucho menos cerca de él.

* * *

Gabriel «Ángel» Griffin sabía que no debía acercarse demasiado a ella. Sólo su perfume le volvía loco. Dios, todo en ella le volvía loco. Era pura energía sensual aunque ella misma no lo sabía. Se había pasado las dos noches anteriores intentando apartarla de su cabeza. Tenía que volver a sentirse como antes de posar los ojos en ella.

O sea. Como nada.

¿Vacío y viejo a los treinta años?

¿O seguir pensando en una belleza morena con un andar sinuoso y unos ojos más brillantes que el sol de Nuevo México? Se había

hecho una promesa.

Y mientras se relajaba a lomos de la moto, mantuvo la vista clavada en la entrada del Damien's Haven. Desde luego estaba buscándosela esa vez. Damien's parecía un club normal de *yuppies* desde fuera, pero dentro había más tráfico de drogas que en todo un cartel colombiano. Y Calli se encontraba en medio de todo eso.

La noche anterior había sido en las calles, hablando con gente que vendería su alma y la de ella por unos pocos dólares. Él también había estado allí aunque ella no lo había visto. La llevaba observando pasar los límites de su seguridad durante tres días; un par de admiradores aparentemente inocentes empezando a propasarse con su dulce trasero o un chiquillo intentado robarle el bolso sin éxito. Hasta el momento nada serio, pero lo del Damien's era diferente.

Encendió un cigarrillo y se quedó donde estaba escrutando el interior. La vio moverse por el club y se le contrajo el pecho de forma anormal al acercarse en su dirección. Calli se detuvo en la entrada sacudiendo la cabeza en dirección a alguien que él no podía ver antes de salir. Mantenía el paso firme y Ángel se preguntó si habría bebido algo esa noche. Las dos anteriores no lo había hecho.

Calli caminó hacia su coche y Ángel disfrutó de la imagen de aquellas piernas sobre los altos tacones. Esa noche era cuero de nuevo, pero de color rojo fuego. Le gustó. Entonces ella le vio y se paró en medio de la calle. Los coches pitaron y avanzaron a su lado. El semáforo se puso naranja y ella continuó deteniéndose un instante para dejar pasar un coche.

—¿Cuánto cobras por hacer de canguro? —le preguntó.

Él enarcó una ceja y clavó la mirada en ella.

—Tú no eres un bebé.

Calli balanceó una cadera y sonrió.

—Muy amable por haberlo notado.

—Es difícil no hacerlo.

—Te estás convirtiendo en una peste. ¿Es que no tienes vida propia, una mujer o algún otro sitio adonde ir?

Él sacudió la cabeza despacio. Calli se acercó a él y se detuvo al lado de la moto. Se plantó una mano en la cadera y lo miró con tanta atención que a Gabe se le encogieron las entrañas. ¡Dios! ¿Sabía el efecto que podía causarle a un hombre? Era la tentación encarnada en una mujer y Gabe supo que no podía hacer lo que estaba pensando. Sacó las botas de los pedales y se sentó erguido.

—Me estás estropeando el estilo, Ángel.

A Gabe no le gustaba que lo llamara así. No era su nombre real. Alguna fulana se lo había puesto a los catorce años y nunca había podido quitarse el apodo de encima. Pero en ese momento lo odió y le gustaría que lo llamara Gabe. Se removió en el asiento de la moto.

—Sigue adelante.

Ella lo miró con blandura y se acercó al coche desconectando la alarma. Gabe arrancó la moto y condujo hasta llegar a su lado impidiéndole que abriera la puerta.

Ella le dirigió una mirada de enojo.

—No necesito que me rescaten.

—¿Admites que lo necesitaste la otra noche?

—Admito que estaba borracha y nada más.

—¿Vomitando toda la noche?

—¡Qué encantador por tu parte mencionarlo!

Él sonrió y apartó la vista un segundo antes de ponerse rígido mirando por detrás de ella.

—Parece que has hecho algunos interesantes amigos esta noche, ¿verdad?

Inclinó la cabeza en dirección al Damien's y los tres hombres que había en la puerta. Calli siguió la dirección de su mirada.

—¡Maldición!

El miedo, un miedo auténtico, brilló en su mirada cuando dos de los hombres se separaron de la pared y empezaron a acercarse a ellos. Uno dio una calada a un canuto de marihuana antes de apagárselo en la palma de la mano y metérselo en el bolsillo. Una compañía realmente mala, pensó Gabe recordando a uno de ellos por los periódicos. Y también reconoció su mirada cuando se posó en el lujoso coche de Calli. Para ellos ella sólo significaba dinero en

metálico y nada más.

—Sigue adelante, Calli.

—Mira, Ángel. No necesito tu protección —se inclinó hacia él con la cara a pocos centímetros de la de él y la mano en el manillar—. Vete a buscar a alguien que la necesite.

—No te hagas la heroína, Calli —podía notar que estaba asustada—. No puedes con ellos dos y lo sabes.

—¡No tendría por qué hacerlo si quitaras esa condenada máquina tuya de delante!

Sin decir una sola palabra más, Gabe la rodeó la cintura con su brazo y la levantó contra su regazo. Ella pataleó, le dio un codazo en el estómago y un puñetazo en la barbilla con tanta rapidez que le dejó aturdido. Pero él era más rápido y fuerte y le quitó las llaves de la mano, cerró la puerta del coche de una patada y arrancó la moto.

Calli se agitó para equilibrarse y Ángel la apretó con fuerza entre sus muslos.

—Esto es un secuestro, ¿lo sabías?

—Denúnciame.

—Te odio.

—Bien.

—¡Eres el hombre más irritante y testarudo que he conocido en toda mi vida! El viento le agitó el pelo y en el corto trayecto hasta el siguiente semáforo, él se acomodó en el asiento.

—Por suerte para ti —lo había puesto peor, mucho peor—. Todavía no has cruzado los dedos. Y podría no ser un ángel.

Esbozó una sonrisa que pareció el relamido de una fiera antes de atacar a su presa.

Ella ya había tenido más que suficiente.

—¡Para! ¡Para!

—¿Calli?

—¡He dicho que pares, maldita sea!

Él desvió la moto a un lado de la calle.

Calli se removió y lo miró antes de pasar las piernas sobre su muslo con la misma naturalidad con que si estuvieran en el salón y él fuera el sofá.

—¿Por qué sigues raptándome y metiéndote en lo que no te llaman?

—Porque estaba viendo a un cordero caminar hacia el matadero. Una vez más.

—¿Un cordero? ¿Yo?

Se dio una palmada en el pecho y las uñas rozaron, contra la cremallera.

Él hizo un gesto hacia la calle.

—¿Ves a alguna otra mujer con tan poco sentido como para meterse por estas sórdidas calles sin pensar en su vida?

Ella retrocedió con el ceño fruncido.

—Yo no las llamaría exactamente sórdidas y además, ¿qué te importa a ti mi vida? Ni siquiera me conoces.

—Sé que no quiero identificarte por…

Ella alzó una mano.

—Una etiqueta colgando del dedo gordo del pie.

Calli evitó su mirada mientras se preguntaba cómo iba a librarse de él sin tropezar al mismo tiempo con aquellos otros «amigos».

Pero Gabe pareció leerle los pensamientos y dijo:

—Se acabó la noche, Cal. Ella deslizó la mirada sobre él con los ojos azules retadores. Sabía que perdería. Sabía que él se plantaría en la puerta de su habitación y haría de guardaespaldas si ella no aceptaba. No sabía por qué, pero lo sabía.

Calli volvió a montar en la moto intentando estirarse la falda.

—Entonces llévame a casa, chico malo —dijo con amargura.

Gabe se inclinó hacia adelante, y al sentir la espalda de ella apretada contra su pecho deseó deslizar las manos por aquellas piernas y bajo el cuero de la falda.

—Tú no distinguirías lo malo ni aunque lo tuvieras delante de ti.

Ella volvió la cabeza clavando la mirada en la penetrante de él.

—¿Eso crees?

—Sí, o no estarías montada en la moto conmigo.

—¿Me quedaba alguna elección?

Ángel arrancó el motor y salieron entre una cascada de grava. El cuerpo de Calli salió disparado contra el de él y Ángel deslizó una mano alrededor de su cintura. Ella contuvo el aliento y lo exhaló despacio y a Gabe le gustó el tembloroso sonido que sintió más que escuchar.

Pero lo que no le gustó fue lo bien que la sentía en sus brazos. O lo mucho que había anhelado el contacto humano sin el que se

había pasado tanto tiempo. La tentación por saborear algo más le dijo que lo mejor era mandarla inmediatamente para su casa. Pero la única forma de que aquella confiada mujer obedeciera era si creía que había confiado en el hombre equivocado. Y además se suponía que a él no debía gustarle ella, que sólo debía mantener su dulce trasero fuera de problemas. Para eso era para lo que le habían pagado, para nada más.

Capítulo 2

Condujeron en silencio con el viento agitándoles la ropa y el polvo elevándose en espirales tras la Harley. Ángel le apretaba más la cintura cada vez que tomaban una curva. La enorme máquina que vibraba entre sus piernas no tenía nada que ver con que tuviera la respiración jadeante. Pegado a su espalda y con su pierna encajonando las de ella, era como si lo llevara puesto. Su mano permanecía plana sobre su vientre y Calli sentía cada uno de sus dedos, su amplia palma, su brazo alrededor de su cadera. Nunca había experimentado nada tan poderoso en toda su vida y cerró los ojos deseando poder controlar la reacción ante él. Pero eso era lo que ella había deseado. Riesgo. Peligro.

La fricción del viento no conseguía tapar el sonido de la respiración de Ángel en su oreja. Calli no intentó hablar con él, pero entonces, al acelerar, su mano se deslizó unos centímetros más abajo y ella sintió una repentina oleada de calor. Él debió sentirla y le debió desagradar porque al instante volvió a poner la mano donde estaba. Poco después dirigió la moto hacia un aparcamiento. Era su hotel de nuevo, pensó ella sombría al parar la Harley frente a la puerta de recepción. Sobre ellos, las luces de neón indicaban que había habitaciones libres.

Ángel bajó el pedal y apagó el motor. El descarnado silencio tensó el ambiente entre ellos y Calli no se dio la vuelta para mirarlo observando cómo su mano la soltaba antes de descender a sacar la llave. Sintió cómo se la guardaba en el bolsillo del pantalón y se volvió en el estrecho asiento para encontrarse con su mirada.

—Pareces un poco pálida.

¿Era auténtica la preocupación de su voz?

—Pues la verdad es que sólo he tomado una copa a las siete, pero siento ganas de vomitar.

—¡Encima de mí no!

Le dio un suave empujón hacia su habitación.

Ella dio un par de pasos y se volvió para mirarlo. Estaba admirando su trasero y le sorprendió haciéndolo. No era tan indiferente como quería aparentar.

—¿Quieres entrar?

«Cuidado, Calli», le advirtió la voz de la conciencia.

—¿Para que vea como te pones enferma?

La sonrisa de ella se burló de él.

—¿Qué es lo que te pasa, Ángel, cariño? ¿Miedo?

—Eres tú la que debería tenerlo.

—¿De ti? —Frunció el ceño—. Tienes que estar de broma. Eres más blando que un flan encima de toda esa…

Hizo un gesto vago hacia la moto.

La expresión de él no cambió y ella le miró a los ojos acercándose más hasta oler el salvajismo que emanaba de su cuerpo. Él no movió ni un solo músculo, sólo la siguió con la mirada. Calli posó una mano sobre su muslo y sintió tensarse la pierna bajo su palma. Pero él siguió sin moverse.

—Vete, Calli —dijo en un ronco susurro—. No sabes en lo que te estás metiendo.

Ella le retó con la mirada.

—¿Y qué harás, Ángel? ¿Masticarme y escupirme?

Calli acercó más la cara a la de él. No apartó la mirada de la de él esperando su reacción. Pero él seguía tan impávido como una roca de granito. La tentación de su inmovilidad, el deseo de hacerle responder, la impulsó adelante. Deslizó sus labios sobre los de él para que sintiera su cercanía como un animal hule a su presa.

—¿Qué harías, chico malo?

Sus palabras le mojaron los labios.

La mirada de él destelleó como la de un depredador y todo el coraje de Calli se evaporó.

Entonces retrocedió de forma abrupta y caminó aprisa hacia su habitación. Insertó la llave, giró el pomo y abrió.

Y de repente, allí estaba él, tras ella, con un brazo alrededor de su cintura y cerrando la puerta con la otra mano.

—¿Ves pequeña tigresa? —le susurró al oído—. No sabes lo que es el peligro —la dio la vuelta—. Estaba justo detrás de ti.

—¿Ángel?

Había pánico en su voz mientras miraba los ojos fantasmales de él.

De repente, él se ladeó y su boca se posó con fiereza exigente sobre la de ella. La desilusión la asaltó. Se lo merecía por juguetear con él e incluso mientras una ardiente oleada la recorría las venas, le empujó por los hombros intentando apartar la boca. Pero él siguió exigiendo una respuesta. Ella intentó no dársela luchando contra la hambrienta sensación de sus labios y sus manos recorriendo todo su cuerpo. Y él siguió besándola sin parar, empujándola hacia la habitación con su cuerpo. Los cuerpos se fundieron, los ángulos duros contra la suave piel.

Su beso era imparable y cargado de peligrosas consecuencias. Tentadoras.

El cuerpo de Calli ya estaba traicionándola y la piel se le empezaba a humedecer mientras se agarraba a su cazadora para empujarlo manteniendo una batalla interna entre el coraje y el orgullo y la gloriosa presión de su boca húmeda sobre la de ella. Había una extraña ansia en su beso, como un reto a que ella se uniera a él y, sin previa advertencia, los labios de Calli se suavizaron anhelantes bajo los de él.

Ángel retrocedió al instante clavando su potente mirada en la de ella. Calli le devolvió una mirada retadora. La respiración de ambos era jadeante y los cuerpos de los dos estaban excitados hasta alturas increíbles. Y él propasó el límite.

La agarró por las caderas y la apretó contra su excitación, su boca sobre la de ella.

Una mano masculina se enterró en su melena sujetándola bajo el ardor de su beso mientras la mano libre se deslizaba pesadamente sobre su pecho para bajar la cremallera de la cazadora. Bajo ella, sólo encontró un torneado corpiño y sus dedos hicieron contacto con la piel desnuda al cerrarse sobre uno de sus senos. Apretó, deslizando el dedo bajo la tela satinada para retorcerle el pezón con salvajismo.

Un sonido estrangulado escapó de la garganta de Calli.

Él apartó la boca de la de ella y Calli escuchó su aliento rasposo pasar por su oreja hasta su cuello, sin dejar de chuparla y lamerla hasta hacerle arquear la cabeza hacia atrás. Le apretó la cazadora con el aliento entrecortado. Ángel trazó deliberadamente un húmedo sendero desde su cuello hasta la curva de sus senos. Sus grandes manos le apretaron la caja torácica, la cubrieron y descendieron moldeándole las caderas hasta llegar al borde de la falda. Allí se detuvo un instante, los ligueros rojos y la carne blanca bajo sus palmas. Calli gimió, todo su cuerpo cargado de energía a punto de detonar. Deslizó la mirada hacia sus pálidos y agudos ojos y le apretó por los hombros.

Su aliento se mezcló con el de él.

Y Ángel se lo tragó, su boca devorándola, más sensual que devoradora, más hambrienta que ardiente. Ella no sabía qué era más potente, si eso o aquellas manos explorando bajo su falda, los dedos enroscándose y apretando sus nalgas.

Un ronco gemido salió de la garganta masculina.

Calli llevaba un tanga y Gabe tocó piel desnuda.

Y eso casi le destruyó.

Podría tenerla en ese momento, pensó. De la forma en que quisiera. Ella estaba dispuesta, vulnerable… e inocente. Podría tomar fríamente su cuerpo con un par de sacudidas y dejarla. Demostrarla que alguien como ella no debía confiar en nadie. Sobre todo en él. Lo que no podía entender era que una mujer buena como Calli, sintiera algo por un hombre como él. Pero el verdadero peligro era que él deseaba acariciarla con la lentitud y ternura de un amante. Y entonces, aunque la imagen de estar dentro de ella le hizo estremecerse de incontrolable necesidad, supo que tenía que detener aquello.

—¿Lo quieres, pequeña? —retumbaron sus palabras contra los labios de Calli antes de besarla con planeada tortura.

Y ella respondió. Sí, era como llevar un cordero al matadero, pensó Ángel. Enterró los dedos en sus nalgas provocándole un momento de placer.

Calli gimió, los pensamientos enturbiados y el cuerpo a punto de combustión.

Ángel deslizó el brazo alrededor de su cintura y la fundió contra

su cuerpo como si estuvieran desnudos y unidos. Con la boca contra su oído, murmuró:

—Podría poseerte ahora, pequeña y no volverías a verme nunca más.

Ella parpadeó ante la repentina crueldad de su voz. Entonces, él habló de nuevo, con aspereza y vulgaridad, contándole lo que iba a hacerle, utilizando palabras crudas que ella había oído o leído, pero nunca escuchado dirigidas a sí misma.

—¡No!

Le golpeó en el pecho apartando la cara, pero él siguió. Calli se retorció y empujó, su sueño sensual hecho añicos con cada sílaba que él pronunciaba. Ángel no la soltaba y ella giró la cabeza y le mordió en el cuello. Él lanzó un rugido y se tocó con la mano para ver si había sangre. Sus ojos se encontraron, los de ella cargados de humillación y decepción, los de él fríos e inexpresivos.

Con descarado desprecio, Calli se tapó la boca con la mano.

Él le asió por la barbilla con fuerza.

—Vete a casa, pequeña. Éste no es tu patio de recreo —la besó con fuerza y sin la menor actitud de disculpa—. Es el mío.

Entonces se dio la vuelta y sin mirar hacia atrás, se alejó hacia la puerta. No se detuvo ni siquiera cuando un jarrón explotó contra el marco de la puerta por encima de su cabeza.

«Dios, qué estúpida he sido». Se merecía lo que le había pasado.

Pasó por delante del espejo y arqueó los labios inflamados con disgusto al verse. Tenía los ojos turbios y el pelo revuelto. La ropa la sofocaba y se la quitó dejándola en el suelo para acercarse a la cama. Se sentó con fuerza y los muelles crujieron.

En lo más hondo, una vieja herida se volvió a abrir. Por un instante, era de nuevo la niña abandonada en la oscuridad con desconocidos. Maldición, se frotó los ojos empañados en lágrimas. Ángel la había humillado intencionadamente. Pero en algún momento durante su intento de asustarla, Calli había experimentado algo salvaje y desnudo. Y también él. Una parte de ella admitía que durante unos momentos le había deseado y que hubiera hecho lo que fuera para sentir su fuerza y hacer exactamente lo que le había susurrado al oído. Otra parte de ella deseaba golpearle hasta quitarle el sentido y devolverle el daño que la había hecho. «No confíes en él. Es mala gente», le decía una voz.

Las monjas le habían advertido contra los hombres como Ángel. Hombres peligrosos. Hombres a los que las mujeres deseaban porque eran duros y no tenían escrúpulos. Él no quería que nadie le hiciera daño salvo él mismo.

No quería que ella confiara en nadie, ni siquiera en él.

Al pensar aquello sintió una oleada de náusea y se llevó una mano a la boca antes de irse al cuarto de baño.

Al día siguiente se enfrentaría con su propia estupidez, pensó. Sólo esperaba no volver a verlo nunca más.

* * *

Gabe alcanzó a la camarera cuando estaba a punto de dejar la bandeja al lado de su puerta. Estaba en la ducha, comprendió al instante al escuchar el agua correr a través de las paredes finas como papel de fumar y de la ventana abierta. Puso una propina en las manos de la camarera, recogió la bandeja y le dirigió una sonrisa a la adolescente que explicaba todo. La chica le sonrió y asintió antes de abrirle la habitación.

Gabe posó la bandeja y cerró la puerta. Se fijó en su ropa derramada por el suelo y la recogió en un montón intentando ignorar los ligueros rojos y los recuerdos que le producían. Dejándolos en el vestidor, se preguntó por qué diablos estaría allí. Desde luego, podía haberle dejado el coche en Damien's y ella encontraría la forma de volver a buscarlo, pero se sentía como los pervertidos de los que había intentado protegerla durante los cuatro días anteriores.

El teléfono sonó y él lo descolgó mecánicamente.

—¿Sí?

—¿Qué estás haciendo ahí a estas horas? —preguntó Daniel O'Hara.

—Mi trabajo. —Gabe bajó la vista hacia las llaves que tenía en la mano y las apretó—. ¿Has descubierto algo más?

—No. ¿Sabe ella quién eres?

Gabe sintió una punzada de culpabilidad al mirar a la puerta del

baño, pero la apartó de su mente al recordar la cara de asco de ella cuando le había hablado con vulgaridad.

—Has pagado por mi discreción.

—Pues tu voz dice lo contrario, Gabe.

Gabe odiaba la advertencia paternalista del tono de Daniel.

—Digamos sólo que no confiará ni en mí ni en nadie más por un tiempo.

—Es un dulce cambio en ella. —Daniel lanzó un suspiro de preocupación, pero Gabe no supo si era por su empresa o por Calli —. Tiene la memoria.

Gabe lanzó un gemido pasándose los dedos por el pelo.

—Estupendo.

¿Cómo se suponía que iba a quitársela? Deslizó la mirada a su alrededor deteniéndose en su bolso y después en un maletín de cuero en una estantería.

—Veré lo que puedo hacer.

—Tu experiencia de ladrón callejero te vendrá muy bien para este trabajo, ¿eh, Gabe?

—Cállate, Danny. —Daniel se aclaró la garganta—. Te llamaré si tengo algo que contarte.

—Seré viejo para entonces —protestó Daniel.

Gabe iba a colgar cuando le llegó de nuevo la voz de Daniel.

—¡Eh, Gabe!

Él se volvió a poner el receptor en la oreja notando que el agua de la ducha se había cerrado.

—Date prisa.

—No le hagas daño. Es como una hija para mí.

Gabe cerró los ojos. Maravilloso. Daniel podía ser el propietario de una compañía de dulces, pero era peligroso cuando lo enfadaban. Y Gabe ya le debía mucho.

—¿Qué estás haciendo aquí hablando por mi teléfono? —preguntó Calli atándose el cinturón del albornoz.

Con expresión imperturbable, Gabe le pasó el auricular.

—¿Alguien llamado Daniel?

Calli se puso roja y agarró el teléfono dándole la espalda. Pudo sentir la mirada de Ángel deslizarse por su cuerpo y se alzó el albornoz hasta el cuello. Mientras estaba en el baño había escuchado voces ahogadas y hubiera jurado que Ángel había estado

hablando con Daniel desde bastante antes de que ella entrara en la habitación. ¿Qué tendría él que decirle a su jefe?

—¿Cómo me has encontrado? —explotó al ver arrumado su plan de ocultarse en Nuevo México.

La carcajada de su jefe fue suave.

—Bueno, hola a ti también. —Calli lanzó un sonido de disculpa —. No ha sido difícil. ¿Qué ha pasado con Acapulco?

—Nada. Supongo que seguirá donde está —le oyó reírse—. Cambié de idea y decidí conducir —ya sabía cómo la había encontrado. Le había dejado el número a su casero por si surgía alguna emergencia y Daniel era el que le había hablado de aquel pequeño pueblo—. ¿Pasa algo? ¿Por qué me has buscado?

Escuchó una leve vacilación al otro lado de la línea.

—Estaba preocupado cuando no apareciste en la sede de Nuevo México. Tus empleados preguntaron por ti.

Daniel estaba mintiendo y aunque le hubiera ido la vida en ello, Calli no podía imaginar por qué.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó con suavidad apartándose el pelo mojado de la cara.

—Nada, chiquilla. ¿Quién es ese tipo?

—Es el camarero. Una auténtica plaga —dijo a propósito a su jefe—. Y tengo que librarme de él.

—Ten cuidado, Calli.

Otro hombre jugando al caballero errante, pensó con el impulso de descargar su furia en Daniel. Pero no se la merecía. Su jefe era lo mejor que le había ocurrido a su carrera desde que había salido de la Escuela Culinaria.

—Lo haré —dijo por fin—. Y dile a los siete magos que sólo porque yo esté de vacaciones no quiere decir que lo estén ellos.

—De acuerdo. —Daniel se rió—. Adiós, Calli.

—Hasta la vista, jefe —colgó y apretó el auricular antes de meterse las manos en los bolsillos y darse la vuelta hacia Ángel—. Sal de aquí.

Él no dijo nada y la miró como si estuviera acariciando cada pulgada de su cuerpo.

—Debes saber que eres la última persona a la que quería ver. ¿O eres sólo un sádico? —Él no contestó y Calli sintió deseos de patearle—. ¿Por qué estás aquí?

Ángel agitó las llaves.

—Podrías haberlas dejado en recepción.

Gabe se encogió de hombros. Desde luego que podía, pero necesitaba verla, comprobar por sí mismo que no había dejado hundida aquella incontrolable energía suya.

Calli extendió la mano y él le dejó las llaves en la palma. Estaban calientes. Ella se dio la vuelta mirando a las llaves y después a él. Debía habérselas robado del bolso. Con disgusto, pensó si se habría llevado algo más.

Con el mayor desenfado que pudo, se sirvió una taza de café mientras pensaba que había entrado por medio de la camarera. Tendría que hablar con recepción.

—¿O sea que eres un ladrón aparte de un acosador?

Él se puso rígido.

—El coche está fuera.

El sonido grave de su voz le produjo un estremecimiento.

Calli dio un sorbo al café caliente y lo miró a través del espejo.

—Vete, Ángel.

Él se movió a sus espaldas y Calli apretó la taza a la defensiva.

—¿Cómo está tu cabeza?

—¿Ya ti qué te importa?

—No me importa —sí le importaba aunque no quería. Ella era sólo un caso, un trabajo encargado, nada más. Era alguien a quien debía proteger de los competidores de Daniel. Y si su jefe la había encontrado con tanta facilidad, también podrían hacerlo sus enemigos. Gabe no había imaginado que el negocio de los postres fuera tan sanguinario—. Para nada. Era sólo por empezar una conversación.

—Pues deberías haberlo intentado anoche.

Calli deseó al instante haberse mordido la lengua.

Ángel avanzó más hacia ella por detrás, pero ella siguió sin moverse.

—No hubiera sido tan divertido.

—¡Dios! Pues no sé que encontrarás tú doloroso entonces.

—Te gustó.

—Tú no tienes ni idea de lo que me gusta, Ángel, cariño. ¡Pero desde luego no eres tú! —Se le quebró la voz al sentirse dolida—. Sal de aquí.

Ángel le atrapó los brazos con delicadeza y la atrajo hacia sí. Calli se quedó más rígida que una piedra, pero sintió la diferencia al instante. Su largo cuerpo estaba apretado contra sus suaves nalgas y el deseo desnudo explotó dentro de ella como una estrella recién nacida. Calli luchó contra ello, contra el deseo de abrirse el albornoz para dejar que le acariciara todo el cuerpo.

Gabe también lo sintió; el aliento de ella acelerado, la repentina rigidez de su pequeño cuerpo bajo el albornoz. La sangre le hirvió y le apretó los brazos. No quería saber por qué ella sentía con tanta facilidad, ni quería ser una parte tan intensa de sus sensaciones. Sin embargo, la volvió y le alzó la barbilla para que le mirara a los ojos.

Enterró los dedos en su pelo al cubrirla la boca. Calli se resistió al instante. Pero aquel beso era diferente del último; era suave y tentador, lento y cargado de deseo contenido. El corazón se le desbocó y las rodillas le temblaron. Su resistencia se derritió un poco más, pero el instinto acudió en su ayuda recordándole a la pequeña abandonada años atrás y evitando que le diera lo que deseaba darle.

Apartó la boca de él jadeante.

—¡No! ¡No! —le empujó y él se apartó. ¡Dios santo! ¿Cómo había caído otra vez a su merced?—. Lo de anoche debió ser más fuerte de lo que yo creía si sigo cayendo en tus trampas —murmuró más para sí misma mientras se apartaba de él.

Calli comprendió que se sentía fuertemente atraída por él, que confiaba en él aunque intentara no hacerlo. Sin embargo, en su confusión, que amenazaba con disolver cualquier instinto de auto conservación, algo familiar le atraía hacia él, hacia la oscuridad y secretos que él quería ocultar al resto del mundo. Se prometió a sí misma que lucharía contra aquello, pero al alzar la vista, se sintió atrapada por aquellos duros ojos verdes que la devoraban con la fuerza de una pantera ante una víctima derrotada. Ángel deslizó la mirada hacia el escote de su albornoz y ella se sintió consciente de su desnudez y del erotismo que había sentido cuando la había tocado todo el cuerpo. Se le aceleró la respiración y sintió una dolorosa palpitación entre los muslos simplemente por la forma en que la miraba. Apartó la vista buscando aferrarse a la rabia o al disgusto. Pero simplemente no lo sentía. Frustrada, alzó las manos.

—De acuerdo. Me rindo. Reconozco cuando me han derrotado.

—O sea, que estás recordando lo de anoche —susurró él con voz ronca.

—Eres un perturbado, Ángel.

—Recuérdalo siempre.

Calli no supo interpretar la sombra que nubló su expresión.

Pero Gabe sí lo sabía. Y estaba más seguro ahora que la débil sonrisa de ella le estaba perdonando la crueldad con que la había tratado la noche anterior. Él no se merecía el perdón, pero se alegraba de tenerlo. Dios. Tenía que alejarse de ella. Tocarla le producía una extraña sensación de libertad que intentaría destruir al tiempo que la destruiría a ella.

Él no era lo bastante bueno para una mujer como Calli. Ni para sus besos, sus sonrisas y mucho menos para su cama.

* * *

El sur de Nuevo México era precioso, plagado de exquisitos comercios de artículos únicos y muy caros. Calli decidió tirar de su tarjeta de crédito. Comprar sin restricciones fue un bálsamo instantáneo para sus sentimientos heridos. Ángel se había desvanecido y aunque eso le parecía bien, lo cierto es que echaba de menos su continuo acoso. Había dispuesto del tiempo suficiente como para pensar en él y en la invasión de su vida.

¿Y por qué se había molestado en devolverla el coche, un gesto galante sin duda? Recordó la crudeza con que la había hablado y la escena que había montado frente a ella. Por que de eso se trataba exactamente. Una escena. Diseñada y ejecutada especialmente para su constitución delicada. Una advertencia. Él no la conocía lo bastante como para saber que haría falta bastante más que aquel poco sutil encanto para mandarla a casa.

Suspirando desanimada, Calli acarició una blusa de seda pensando que era verdad que confiaba con demasiada facilidad. Las monjas le habían enseñado a que buscara lo mejor en toda la gente. Si no hubiera sido así, no habría convencido a Daniel de que contratara a Rodríguez nada más salir de la prisión. Rodríguez había demostrado que su entrenamiento en la cárcel era valioso y se había convertido en su chef número uno. Y lo que era más

importante, le había demostrado que ella tenía razón, que había un fondo bueno en aquel antiguo ladrón armado. Como Rodríguez, ella tampoco había tenido familia y siempre había dependido de sí misma. Incluso bajo el estricto cuidado de las cariñosas monjas, siempre había estado sola, pero nunca había conocido a alguien tan enigmático como Ángel.

Ella se sentía atraída por él, por el silencioso poder comprimido que emanaba. Y eso la asustaba, sus ojos vacíos, sus expresiones vacuas. A veces le parecía que no vivía nadie bajo aquellos preciosos ojos verde pálido. Y sin embargo, a pesar de su miedo, sentía un poderoso lazo invisible.

¿Serían sus secretos lo que encontraba tan intrigante? ¿Y qué sería lo que Daniel le habría dicho por teléfono? Porque estaba segura de que habían estado hablando antes de que ella entrara en la habitación. Ángel estaba ocultando algo, pero lo que tenía que ver con ella se le escapaba.

O quizá fuera lo que había imaginado al principio, que Daniel le había estado interrogando para protegerla.

Abrió la puerta de una tienda de artículos para cocina y sonrió. Se sentía en el paraíso mientras avanzaba de estantería en estantería examinando los extraños instrumentos que podrían faltarle a su cocina. Al no encontrar nada a su gusto, se compró un mandil rojo que decía; yo cocino, tú friegas. Sonrió al pensar que no tenía a nadie que le fregara. Ella vivía sola.

Agarrando las asas de las cuatro bolsas, salió de la tienda y tropezó de bruces contra un hombre. Una de las bolsas cayó al suelo y se agachó a recogerla al mismo tiempo que el hombre. Le dio las gracias y al estirarse se encontró con un par de cálidos ojos castaños.

—¡Vaya! Me alegro de no ser yo el que tenga que pagar sus compras —dijo el hombre haciendo un gesto hacia las bolsas.

Calli sonrió.

—Yo también me asustaré cuando lleguen las facturas. Gracias.

—Parece usted una experta compradora… —Calli se detuvo a esperar que siguiera—. ¿Cree que podría ayudarme a escoger un regalo para el cumpleaños de mi hermana?

Ella frunció el ceño indecisa.

—No sé si…

—Me temo que soy un fracaso en conseguir comprar algo que no devuelva.

Su tono era suplicante y Calli se mordió el labio inferior. Era inofensivo si iban a estar en público, pensó.

—De acuerdo. ¿Ropa o joyas?

El hombre se rió con alivio.

—¿Conoce alguna mujer a la que no le gusten las joyas? Si conoce alguna, me casaré con ella.

Ella lo miró sonriendo.

—Le va a costar bastante encontrarla —dijo haciendo un gesto hacia el coche—. Déjeme que guarde las bolsas.

Al dejarlas en el maletero, se alegró de que él mantuviera las distancias y se hubiera quedado en la acera. Aunque no parecía amenazador, las advertencias de Ángel resonaban en su mente. Junto con el recuerdo de sus caricias. Una suave sonrisa iluminó su cara cuando se reunió con el hombre.

—¿Algo divertido? Parece… no sé —se encogió de hombros—. ¿Satisfecha?

—No es nada —hizo un gesto hacia la calle—. He visto un maravilloso escaparate de joyas indias por ahí. El hombre ajustó su paso al de ella y se presentó a sí mismo. Braiden Murdock, ingeniero, hombre de negocios en la ciudad por una semana. Calli enseguida le clasificó como *yuppie*, financieramente estable y buscando una mujer antes de ser demasiado viejo. Sobre todo cuando empezó la conversación preguntando si ella estaba casada y si no le gustaría tener una familia.

Recordando sus modales, Calli no hizo comentarios y le ayudó a escoger unos pendientes para su hermana. Al salir, el hombre le preguntó si podía invitarla a comer y mirando sus ojos de color chocolate, pensó que era educado y aceptó.

Media hora más tarde, sonrió ante su mirada de asombro.

—¿Es usted chef?

—No ponga esa cara de sorpresa. Las mujeres saben cocinar. ¿O es que ha estado dormido durante los dos mil últimos años?

Él sonrió con suavidad y se reclinó contra el respaldo jugueteando con el tenedor.

—De acuerdo. ¿Dónde podría probar sus talentos culinarios?

—En Londres, París, Roma, Nueva York, Dallas… —Él frunció el

ceño confundido—. Excalibur Confections —le aclaró.

Él abrió los ojos.

—¿Las pastelerías? ¿Las de la espada dorada cortando el centro?

Ella asintió. Excalibur era la élite en el mundo de la pastelería y la idea de la espada dorada había sido suya.

—Los tomo cuando puedo permitírmelo.

Ella le miró el estómago.

—No tiene problemas con la grasa ni el colesterol, ¿eh?

—Corro para hacer penitencia por esas tentaciones.

Su compañero pagó y abandonaron el restaurante. Con discreción, Calli se apartó para que no le rozara la espalda y se preguntó por qué habría dejado que un tipejo como Ike la sobara por todas partes y ahora no dejaba a Braiden ni ponerle un dedo encima.

Una vez fuera, el hombre hizo un gesto a una limusina gris, que se detuvo frente a ellos. ¡Vaya! Pensó Calli. Más que financieramente estable.

—¿Puedo llevarla hasta su coche?

—¿Para unos cien metros? —se rió con ligereza y sacudió la cabeza antes de ofrecerle la mano.

El se la agarró y la atrajo hacia sí.

—¿Por qué no cenamos juntos?

—No, gracias, Braiden.

Intentó zafarse de él, pero él la apretó más la mano y Calli sintió una sombra de sospecha.

—Vamos.

El hombre retrocedió hacia el coche y la hizo inclinarse un poco. Calli se fijó en el lujoso interior, en el bar, la televisión, un ordenador portátil y hasta un fax con la imagen de una cara familiar enroscada en la máquina.

—Ya sabes que no muerdo.

—Pero ella sí.

Calli se zafó de su mano y se dio la vuelta. Ángel. Estaba apoyado contra la pared de piedra de la entrada del restaurante, con una pierna doblada y las palabras «atrévete» escritas por toda su cara. Estuvo a punto de decir que sí, pero la razón le gritó que no debería alegrarse de ver de nuevo a aquel metomentodo. Su verde mirada se deslizó de su cara a la de su acompañante y le brillaron

los ojos mientras se acercaba al coche. Se inclinó sobre ella e hizo un movimiento para obligarla a retroceder.

—¡Maldita sea, Ángel!

Él apoyó las manos en el techo del coche y bajó la vista hacia el hombre con medio cuerpo fuera de la limusina. Braiden sólo le devolvió la mirada en silencio.

—Está ocupada.

Calli le dio una palmada educada en el hombro.

—Calli, ¿te parece bien esto? —preguntó Braiden.

—Está bien —aceptó con cansancio.

Gabe se inclinó hacia la cara de Braiden con una voz tan baja que ella no pudo escuchar.

—Inténtalo de nuevo —rugió con voz grave y aguda como una cuchilla—, y te mataré.

El otro hombre se tensó un poco. Mensaje recibido, pensó Ángel antes de retirarse y cerrar la puerta obligando a Braiden a meter las piernas aprisa para no pillárselas. La limusina arrancó y Gabe la contempló alejarse antes de darse la vuelta hacia Calli, que ya estaba caminando hacia su coche.

Deslizó la mirada por el vestido ajustado de color limón y por sus piernas morenas sobre las sandalias altas. Soltó el aliento con un silbido. Estaba para comérsela.

Volvió a mirar hacia donde se había ido la limusina. Había estado malditamente cerca. Había sido asunto de pura suerte el que él se hubiera quedado por los alrededores más de lo que había planeado. Calli no tenía ni la menor idea de que su «amigo» había intentado secuestrarla.

Capítulo 3

Desde luego tenía un precioso trasero, pensó Ángel antes de estirarse y empezar a caminar tras ella.

—Te advierto, Ángel —dijo ella en el instante en que le tuvo al lado—, que no soy responsable de lo que diga —lo miró con intención a las marcas de dientes en el cuello—. O de lo que haga.

Se detuvo para abrir el coche y se metió dentro.

Pero él le impidió cerrar la puerta. Calli notó que le temblaban las manos.

Alzó la vista y le dirigió una mirada de furia.

—¿Te importa? —Él le devolvió aquella mirada desapasionada que estaba empezando a odiar—. Estás consiguiendo darme las peores vacaciones en años.

—Visitar los barrios bajos no ha sido suficiente para ti y ahora has ido tras un juego grande, ¿verdad?

Calli se sintió insultada y la mirada que le dirigió decía que estaba empezando a perder la paciencia.

—Comprendo que te pueda sorprender por completo, Ángel pero no estoy aquí a la caza de hombres. De hecho, después de esta semana, lo último que quiero es otro hombre en mi vida. Ya tengo al menos ocho —alzó una mano—. Contigo nueve. ¡Nueve hombres que no quieren dejarme en paz!

Calli agarró la manilla, pero él siguió inmóvil.

—¿Tendré que hacerte daño?

Ángel se enderezó.

—Escucha, pequeña tigresa. Tu cita para el almuerzo estaba…

—¿Intentando meterme en la limusina a la fuerza?

Él frunció el ceño y la mirada de desdén de ella le sentó como una bofetada.

—No soy una idiota. El dinero suele hacer a la gente arrogante, pero eso no parece detenerte a ti, ¿verdad?

Se estaba haciendo la lista, pensó él. Calli no era mala persona. Eso lo había sabido desde el principio. Aunque no sabía por qué Braiden Murdock había intentado secuestrarla, Gabe reconoció que Calli no iba a irse a su casa, donde estaría a salvo. Ella era su trabajo, su responsabilidad y sólo le quedaba una elección: mantenerla fuera de todo peligro.

—Ven a casa conmigo.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Perdona? —Ladeó la cabeza y se agarró la oreja—. ¿Te he oído bien? Tú que querías que me largara de tu precioso pueblo, ¿me estás invitando a la cueva del lobo, a la mazmorra del amor?

A Ángel le gustaba la forma en que se burlaba de él.

—No, no es eso. Te estoy invitando a que trabajes para mí.

¿Que trabajara para él? ¿Como qué? ¿Como su esclava sexual particular?

—Ya tengo un trabajo.

—No has escuchado la oferta.

Había ardor en sus palabras, pensó Calli. Un ardor tentador.

—Y tú no conoces mis calificaciones.

Ángel metió la cabeza por la portezuela abierta, el aire repentinamente cargado de su perfume.

—Estoy corto de personal durante las dos semanas próximas y…

—¿Qué es lo que haces? —interrumpió ella.

Ángel no podía contarle que pagaba más facturas como investigador privado que con los beneficios de su rancho. No quería que ella sospechara. Ya se había arriesgado demasiado hablando con Daniel cuando ella podía haberlos escuchado.

—Tengo una pequeña granja en el valle.

Ella parpadeó abriendo mucho los ojos.

—¿Tú? ¿Granjero? ¡Vamos, por favor…!

Gabe se encogió de hombros y sus músculos se tensaron bajo la camiseta negra.

—La verdad es que una mujer como tú —señaló su lujoso coche

y su ropa cara—, probablemente no encaje en una granja.

—Tú no tienes ni idea de donde puedo encajar yo.

Gabe sonrió.

—No hay electricidad ni teléfono, sólo trabajo.

Lo dijo para provocarla y notó la indecisión. Algo salvaje explotó en su pecho. No debería desear aquello con tanta desesperación. Era como invitar a un dulce cordero a la boca del lobo y pedirle que no se protegiera. Y pedirle al lobo que no se propasara. Se enderezó mirándola. ¡Dios, era preciosa!

Calli no había estado nunca en una granja. Y no era que no estuviera acostumbrada al trabajo duro.

—Déjame pensarlo.

Él exhaló el aliento que había estado conteniendo.

—Como quieras.

Al menos no había dicho que no.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo?

—Yo te encontraré —dijo mientras se apartaba del coche.

—Los hombres misteriosos son como un dolor de parto —murmuró para sí misma.

Entonces le oyó soltar una carcajada y cerró la puerta y arrancó. No quiso mirar aquel adorable paso largo, pero la venció la tentación. ¡Oh, Dios! ¿Por qué no decía que no y se olvidaba de toda la idea?, ¿pasar el tiempo en un valle sola a su merced? ¿Es que se había vuelto loca? Entonces se le ocurrió que debía haberla invitado por algún motivo concreto, que deseaba lo bastante tenerla a su lado hasta como para ignorar el deseo que corría entre ellos. ¿Sabía él que con una sola mirada de sus ojos de acero ella se ponía hecha un flan? Pero Calli sabía que ella también le producía algún efecto. Había sentido el fuego latente en él la otra noche, su excitación comprimiendo sus vaqueros.

Dos días antes, Ángel deseaba con tanta impaciencia que se fuera a casa, que hasta había querido asustarla.

Esa misma mañana, Ángel había deseado su cuerpo con la pasión de un amante.

Y después de comer, había estado presente para abortar cualquier plan que Braiden hubiera tenido en mente.

Ahora la invitaba a sus dominios. ¿Por qué? Después de los dos días anteriores, eso era lo último que ella esperaba. Su

comportamiento contradictorio la confundía y la idea de trabajar en la granja, que le seguía pareciendo de risa, estaba empezando a parecerle acertada. ¿Qué tenía que perder?

«Mucho», le susurró la voz de la conciencia. Los hombres como Ángel no hacían una maldita cosa sin una buena razón para hacerla.

Mientras se alejaba del aparcamiento de las tiendas, pensó que se estaba planteando pasar dos semanas con un hombre del que ni siquiera conocía el apellido.

* * *

Cargada con más bolsas de las que una mujer tenía derecho a conseguir en un solo día, Calli aminoró el paso al acercarse a su habitación y frunció el ceño con preocupación. La puerta estaba abierta de par en par y el miedo la atenazó los músculos. Un coche de policía con la puerta abierta estaba aparcado frente a su habitación. Posó las bolsas a unos pasos de la puerta y asomó.

La habitación estaba saqueada. Todo, absolutamente todo, había sido revuelto. Deslizó la mirada sobre los dos oficiales de policía que estaban tomando notas antes de mirar al director. El pequeño hombre asiático estaba retorciéndose las manos. Los dos oficiales la miraron y el señor Wong se acercó a instante a disculparse. La doncella había encontrado la puerta abierta y la habitación destrozada, le explicó.

Calli miró a los dos policías, uno rubio y el otro rechoncho y moreno.

—Yo soy la inquilina —dijo examinando la habitación. Habían dado la vuelta al colchón y habían vaciado todos los cajones, pero la mayoría de su ropa parecía intacta. Un hombre con una americana estaba extendiendo un polvo blanco para sacar las huellas. Un policía le pidió la identificación y Calli se acercó a sus bolsas a buscarla—. ¿Quién puede haber hecho esto? Aquí no había mucho dinero.

—¿Tenía algo de valor? ¿Dinero en metálico? ¿Documentos?

Ella asintió y se acercó a las maletas levantándolas del suelo. Rebuscó en los compartimentos y suspiró derrotada antes de sacar unos pendientes de diamantes y rubíes, una pulsera de oro y tres

anillos.

—Todo mi dinero, los cheques de viaje, y las tarjetas de crédito han desaparecido —maldición, menos la chequera y la tarjeta de crédito de su bolso, estaba en la ruina—. Todo lo demás de valor lo llevaba conmigo en el coche.

El oficial rechoncho asintió escribió.

El rubio se ladeó la gorra y la miró de arriba abajo.

—¿Por qué una mujer que se puede permitir un juego de maletas de Louis Vuitton se aloja en un sitio como éste? Hizo un gesto hacia la sencilla habitación.

—Es barata y limpia, es el único hotel con servicio de habitaciones y el juego de maletas fue un regalo.

—Pero usted tiene un BMW.

—¿Y qué?

—Que eso es el salario de un año para mucha gente.

—Y yo lo estaré pagando hasta que tenga ochenta años. Seguramente tendrá otras preguntas aparte de mi coche.

—Tenemos que considerar todas las posibilidades de por qué han escogido su habitación. Su coche le hace un blanco probable — dijo decidiendo que era la mejor explicación.

Le preguntó a que hora se había ido, si había cerrado, quién sabía que estaba en el pueblo y si tomaba algunos medicamentos antes de hacer un gesto hacia el director.

—El señor Wong dice que había un hombre con usted la otra noche.

Calli miró con enfado al director, que se puso rojo.

—Sí, pero él no haría esto.

—¿Cuánto hace que lo conoce?

Calli se agachó a recoger ropa del suelo escondiendo aprisa la lencería de encaje en uno de los cajones.

—Nos acabamos de conocer —tuvo que admitir.

Entonces vio en las expresiones de todos que pensaban que era una aventura de una noche.

—Ya entiendo. ¿Y su nombre?

—Ángel.

El oficial rubio se quedó esperando por el apellido con el bolígrafo en la mano.

—No sé su apellido.

—Griffin.

Calli y los oficiales se dieron la vuelta hacia la puerta al unísono. El director murmuró algo en su lengua nativa y se puso pálido.

Allí estaba en persona apoyado contra el marco de la puerta con los brazos cruzados como si hubiera pasado por casualidad. Maldición. Ángel era el hombre más arrogante e irritante que había conocido en su vida.

—Gabe —le saludó un oficial sonriendo mientras se acercaba a él con la mano extendida.

Calli se acercó a Ángel cruzando los brazos mientras el policía le estrechaba la mano.

—Así que Gabe, ¿eh? ¿Y de qué es el diminutivo?

—De Gabriel.

—Ángel. Gabriel —deslizó la mirada por todo su cuerpo—. Qué poco apropiado.

Él apretó los labios y a Calli se le aceleró el corazón.

Gabe Griffin. ¿Por qué le sonaba conocido? Quizá lo hubiera oído en algún bar.

El oficial los miró a los dos.

—¿Sabes algo de esto, Gabe?

—¿Y por qué debería? —preguntó Calli con voz tensa—. Él no vive aquí.

Dirigió una mirada acusadora al director del hotel.

—La señorita Thorton tiene tendencia a juntarse con gente poco recomendable, Mike.

Ella se dio la vuelta con los ojos afilados como una cuchilla.

—¿Te incluye eso a ti?

Él siempre estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado, pensó con sospecha.

El oficial sonrió.

—Parece que te conoce bastante bien, ¿eh?

—Eso cree.

—Sal de aquí, Gabriel —sólo deseaba quitarle de un puñetazo aquella sonrisa de superioridad.

—Tengo que interrogarlo, señora.

—Pues hágalo en otro momento. Quiero una copia del informe y le comunicaré si han robado algo más —miró a su alrededor—. Por lo que parece, si estaban buscando otra cosa que no fuera dinero, no

la han encontrado aquí.

El hombre de las huellas cerró su maletín y Gabe se vio obligado a entrar para dejarlo salir.

—Ha mencionado unas cosas en su coche. ¿Podría se de interés?

Calli suspiró.

—Soy Chef. Chef ejecutivo de Excalibur Confections. Él cuaderno contiene mis recetas más recientes.

La expresión del oficial era tan condescendiente como para enfurecerla, pero Calli sabía que sólo otro chef reconocería el valor del cuaderno. Pero le irritó que el oficial no lo apuntara. Se frotó las sienes empezando a sentir una jaqueca. Pasó media hora más antes de que los oficiales decidieran partir y Ángel se quedó fuera charlando con ellos. Todos la miraban mientras llamaba para denunciar el robo de sus cheques de viaje y sus tarjetas y ordenaba la habitación. El director envió a una camarera para cambiar las sábanas y limpiara el polvo de las huellas y le comunicó a Calli que no tendría que pagar la factura. Ella sonrió asegurándole al asiático que no denunciaría la falta de seguridad del hotel y el director se fue aliviado.

El oficial rubio entró un momento y le dijo:

—Señora, le sugiero que no pase aquí la noche. Podrían volver.

Calli deslizó la mirada por detrás de él hacia Gabriel, asintió y el policía se fue.

Se sentó entonces en el borde de la cama recién hecha y miró distraída por la ventana sintiendo la rabia crecer dentro de ella. Se sentía humillada y violada. Aunque no habían destrozado nada que no pudiera reemplazar, odiaba la sensación que le recorría las venas. Tenía ganas de dar puñetazos a un saco de boxeo durante una hora por lo menos.

—Maldición.

—Esto podría haber pasado porque te hayan visto conmigo.

Ángel estaba pensando en Pequeño e Ike.

Calli levantó la vista asombrada.

—¿Estás diciendo que tú también te juntas con gente poco recomendable señor Griffin?

Él sonrió apoyando las manos contra la pared cercana a la puerta.

—Me he creado algunos enemigos y creo que esta semana tú

también.

—¡Vamos, por favor! Esto podría haber sido casualidad y tú lo sabes.

—¿De verdad?

—Sí.

Pero Calli no sonó confiada. ¿Cómo iba a saber ella tras lo que Gabriel Griffin, el chico malo del pueblo, había andado últimamente? ¿Y cómo encajaba Murdock? Se estaba empezando a preguntar si ella o sus empleados serían de repente tan importantes para alguien.

—Aquí había más cosas para robar que sólo el dinero —observó Gabriel.

—Pero intentar venderlas hubiera llamado la atención. Dinero rápido, ¿no es eso lo que quiere un ladrón?

Lo miró con ojos acusadores y él se enderezó.

—¿Crees que lo he hecho yo?

—No —dijo ella sacudiendo a cabeza—. No lo creo.

Había otros muchos sospechosos: Murdock, Ike, Pequeño o cualquier ladronzuelo que no sabía lo que quería.

Por encima de su cabeza, la cara de Gabe se sonrojó de culpabilidad. Si él hubiera tenido la oportunidad, hubiera hecho lo mismo para conseguir la memoria privada de Daniel. El hecho de no haber tenido apenas escrúpulos antes de conocerla y que su sola presencia le hubiera cambiado los instintos era más que suficiente como para reconsiderar su oferta.

Pero no lo hizo. Se acercó a Calli, que seguía retorciéndose las manos y le alzó la barbilla para que lo mirara.

—Ya te lo dije.

Ella apartó la barbilla.

—Sí, ¿qué?

Se cruzó de brazos con el repentino deseo de darse una ducha. Deseaba salir de allí. Estaba casi arruinada hasta el lunes y sabía que era casi imposible que en el pueblo aceptaran cheques.

Podría llamar a Daniel para que le girara dinero, pero el orgullo no se lo permitía. O podría volver a casa. No, sería más lógico ir a Acapulco y que Excalibur Confections la ayudara.

Alzó la vista.

Le quedaba otra opción.

Ángel.

Aunque ésa era peligrosa.

—¿Sigue en pie tu oferta?

Él vaciló antes de contestar.

—Sí, sigue en pie.

—No pareces muy seguro.

—Sólo me preguntaba si podrás aguantarlo.

—¿Quieres decir aguantarte?

Él mantuvo la mirada fija en ella.

—¿Asustada?

Ahora le tocó a ella vacilar.

—No.

Calli tuvo la impresión de que bajo aquella expresión impenetrable estaba desconcertado. Ir con él era salvaje, inquietante y podía que hasta estúpido.

Gabe asintió y ocultó el agradecimiento de que una habitación asaltada hubiera conseguido que ella se decidiera. Ahora sólo le tocaba averiguar quién lo habría hecho. Murdock no había tenido tiempo, pero Gabe tampoco sabía los contactos que podía tener en el pueblo. Todavía. Tendría después que hablar con Daniel para comentarle que su pequeña empresa de postres era más peligrosa que un negocio de la mafia.

Calli se levantó y se acercó al armario.

—Quizá podrías decirme de donde salió tu apodo —comentó.

Gabe frunció el ceño.

—¿Calli?

—Humm.

Ella estaba metiendo la ropa en una maleta a tal velocidad que le sorprendió. No lo miró mientras acarreaba los cosméticos del cuarto de baño y los metía en la bolsa de mano.

—Mírame.

Ella se detuvo y suspiró.

La mirada atormentada de sus ojos le sentó como un puñetazo en la boca del estómago.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó con suavidad.

—Como si no lo supieras.

Le tembló el labio inferior y se lo mordió.

Como si se acercara a un animal herido, Gabe cruzó la

habitación.

—Puede que no.

Calli encogió los hombros y se movió inquieta antes de intentarlo.

—Estoy furiosa. Conmigo misma por haber venido aquí y por esa gente que se ha creído con derecho a… a asaltar mi habitación y tocar mis cosas —su voz fue subiendo de tono—. Y contigo por haber tenido razón.

—Sientes que te han invadido y que te han herido lo mismo que si te hubieran dado una paliza, ¿verdad?

—Sí —sollozó ella sentándose en la cama. Gabe mantuvo la distancia.

—No es fácil mantener la intimidad, ¿verdad?

—Si tú supieras —ladeó la cabeza mirando al vacío con voz distante—. He intentado conseguirla durante años. Cuando era niña siempre dormía entre una hilera de camas, baños y comidas comunales. Ni un milímetro de espacio que pudiera considerar propio —se rió secándose una lágrima de la mejilla—. Y sin embargo, deberías ver mi apartamento, una persona en una casa de tres habitaciones. A veces duermo en alguna de las habitaciones vacías sólo por el placer de poder hacerlo.

Gabe lo entendía perfectamente. Su propia casa era mucho mayor de lo que le hacía falta y estaba lo bastante alejado de los vecinos como para no tener que preocuparse por su invasión.

—Yo estaba en una casa con veintiocho personas —ella alzó la vista al oírle—. Todas las horas de todos los días había al menos una docena de personas en el salón, con resaca, borrachos o fumando algo ilegal, o simplemente buscando un lugar en el que caer derrengados. Lo llamábamos «La casa de qué».

Calli frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque cada vez que alguien decía algo, todo el mundo alzaba la vista aturdido y confuso y decía: ¿qué?

Puso una mueca de drogado y Calli se rió. Al menos tenía sentido del humor.

—¿Cuánto tiempo viviste allí?

—Nunca. Yo era de los que buscaban un sitio para caer derrengados.

—¡Oh! —realmente no sabía nada de aquel hombre—. ¿No tenías casa?

—No.

—¿Simplemente no? A mí me criaron en un orfanato católico. ¿Ya ti?

—En ningún sitio.

Calli dio un paso hacia él.

—¿Ángel?

—¡No me llames así! —explotó él con amargura.

Ella retrocedió con los ojos muy abiertos.

—Me costará un poco acostumbrarme al nombre de Gabriel —dijo con suavidad apenas atreviéndose a moverse hacia él—. ¿O prefieres Gabe?

Gabe no iba a admitir que le gustaba como sonaba su nombre en sus oídos.

—Cualquiera menos Ángel —le recordaba feos momentos de su vida, momentos que prefería que no la rozaran. Se apartó del armario—. ¿Estás preparada?

Ella se puso nerviosa de repente.

—Supongo que sí.

Metió las últimas cosas en la bolsa y cerró la cremallera.

—Espero que tengas ropa de trabajo ahí dentro.

—No te preocupes. No tendré que cortarle el cuello a ningún animal que me mire con ojos de carnero degollado, ¿verdad?

—Es posible.

Calli puso una mueca de repugnancia.

—¿Vas a pagarme?

—No.

—Entonces, ¿por qué voy a trabajar?

—Sólo para mantener a mis enemigos y a los tuyos fuera de tu alcance.

«Así que los chicos duros se preocupan por los demás», pensó ella.

—Creo que yo salgo perdiendo con el trato.

Gabe casi esbozó una sonrisa.

—Eso parece.

En ese instante, Calli comprendió que nunca le había visto sonreír, una sonrisa plena y radiante.

—Quieres una cocinera, ¿verdad?

—Sí.

—Yo soy un chef, Gabriel.

A él le encantó el sonido de su nombre pronunciado con su acento sureño.

—Todavía no has visto mi cocina.

A Calli no el gustó cómo sonó.

—Ahora que estamos en el tema de los requisitos, creo que necesitaremos unas cuantas reglas.

Gabe se cruzó de brazos y le dedicó toda su atención.

—¿Y cuáles son?

—Cuando estemos en la granja —le miró a los ojos conteniendo el aliento—, no podrás besarme.

Él enarcó una ceja.

—Ni tocarme.

Su cara era inexpresiva y Calli deseó darle un puñetazo. Aquello era por el bien de ella no de él, porque a Gabe no parecía afectarle mucho ella.

—¿Absolutamente nada?

La forma en que lo preguntó la enervó.

—Absolutamente. Si vamos a vivir en la misma casa…, tenemos que mantener esto impersonal.

—De acuerdo.

Ella suspiró con alivio.

—Y te prometo que trabajaré por mi comida y alojamiento — tenía que hacer algo a cambio para no sentir que utilizaba su casa como un refugio—. Salvo que tenga que degollar a algún animal. Asarlo sí, pero nada más.

Sus labios se estaban arqueando y a Calli se le aceleró el corazón a la espera de su sonrisa. Pero no la vio.

—De acuerdo.

De repente se acercó a ella, deslizó el brazo alrededor de su cintura y la atrajo contra su largo cuerpo. El contacto fue eléctrico y primario y las manos de ella se alzaron hasta su pecho.

—¡Aceptaste las condiciones!

Sin decir una sola palabra, Gabe bajó la cabeza y le cubrió la boca con la suya, su beso un lento tormento de lengua y labios húmedos. Y Calli respondió y recibió, con el corazón acelerado

mientras su cuerpo se suavizaba e inflamaba con cada movimiento de sus labios sobre los de ella. No creía que quedara en el mundo ningún hombre que besara así. Un beso de película. A Gabe se le escapó un gemido gutural y se apartó de ella con rapidez.

—¡Gabriel!

Sus labios se curvaron un poco y él contempló su cara sonrojada.

—Dijiste que cuando llegáramos a la granja…

—Voy a tener que ponerlo por escrito —murmuró ella tensa con los labios hinchados y el cuerpo danzando.

Con necesidad de apartarse, recogió sus bolsas de la compra y salió por la puerta en dirección al coche. Abrió el maletero y metió la maleta y después las compras.

—¿Dónde está tu moto?

—No la he traído —hizo un gesto hacia una furgoneta negra polvorienta—. Tú solo sígueme —dijo sacándose las llaves del bolsillo—. ¡Ah, Calli!

Ella se detuvo con una pierna dentro del coche y la otra fuera.

—La salida de la autopista está a sólo una milla carretera abajo.

—Ya lo sé.

—Por si acaso decides seguir.

Sus palabras fueron como un guante tirado a la cara. Un reto. Una salida.

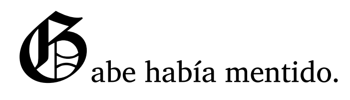
—¿Eres un cobarde? —le retó ella—. ¿Tienes miedo de que te reforme o algo así?

—No —su cara se puso de repente inexpresiva—. Tengo miedo de corromperte o algo así.

—Tú solo inténtalo.

«Por favor», rogó para sí misma.

Capítulo 4



Gabe había mentido.

No era una granja, decidió al salir del coche. Bueno, al menos lo que ella había esperado. Sí, había tierras de cultivo, pero no muy grandes y también había un granero, un establo, corral y círculo de doma. En el corral había tres preciosos caballos bayos jugando en fila de un extremo al otro. Pero era el valle lo que le quitó el aliento. Era de todos los tonos de verde y dorado imaginables. Era como si una mano gigante hubiera alisado la tierra haciendo una meseta en el valle entre las altas paredes de roca. Sólo mirarlo, le hacía sentirse insignificante.

Le encantó. Era la soledad y el silencio y las ricas manchas de color de las flores silvestres creciendo entre las rocas de los precipicios como desafiando a la naturaleza. Clavó los tacones en la tierra mientras avanzaba a una zona abierta que hacía de aparcamiento. Calli contempló el paisaje escuchando el gorgoteo del agua entre las rocas y el relincho feliz de un caballo cuando Gabe se acercó al corral.

Se dio la vuelta para contemplar cómo el animal frotaba el morro en su mano. Incluso a aquella distancia, reconoció la ternura con que lo trataba y sintió una oleada de celos.

¿Por un caballo?

No era un pensamiento tranquilizador, se advirtió al darse la vuelta hacia la casa de un piso. Otra sorpresa. Aunque le hacía falta una mano de pintura y unas cuantas flores alrededor del porche, era sencilla y práctica. Y a cocina estaba…

—¿Al aire libre?

Gabe se apartó de la valla acercándose a ella.

—¿Lista para la aventura?

Ella ignoró el sarcasmo de su voz.

—No puedo imaginarme cocinar ahí.

—Yo apenas cocino y mucho menos fuera. Lo hace Bull.

—¿Quién es Bull?

—Lo conocerás enseguida.

—¿Y a ese tal Bull no le va a importar que invada su territorio?

—Estará extasiado.

Calli frunció el ceño, pero él no le explicó nada. Típico. Entonces miró hacia la cocina. Todo el habitáculo, incluyendo una mesa con seis sillas estaba protegido por un porche que se extendía desde un lateral de la casa. La zona de trabajo consistía en una bomba de agua sobre un fregadero de acero inoxidable y unas encimeras de gruesa madera pegadas a la pared de la casa. Enfrente de ellas y al aire había una preciosa chimenea de piedra con una rejillas para asar. Al menos la vista sería espectacular, pensó al acercarse y fijarse en un hueco de piedra para dejar fermentar el pan. Una mesa gruesa descansaba sobre un fino mármol para la carne. Calli deslizó la mano acariciándolo. El sueño de un chef, pensó. Y la altura perfecta para ella. Desvió la atención hacia le horno, construido lo bastante alejado de la casa como para evitar el peligro de incendio. Asomó al oscuro interior.

—¿Funciona?

El asintió mudo y Calli sintió sus pálidos ojos seguirla, tan intensos como una caricia.

Calli nunca había tenido que cocinar sin electricidad y deseaba el reto. Sobre todo el horno gigante de adobe. Allí se cocería un pan increíble, pensó contenta.

—Veo que estás intimidada.

Él no la conocía lo bastante bien como para reconocer la excitación. Calli se dio la vuelta hacia él.

—Supongo que no esperarás que cocine sólo que eche una mano, ¿verdad?

Gabe suspiró y se pasó los dedos por el pelo con aspecto salvaje.

—Mira, Calli. No espero nada de ti —ella agudizó la mirada—. No espero nada de nadie.

«Yo tampoco», pensó ella.

—He aceptado y lo haré. ¿O intentas liberarte de mí de nuevo?

Él vaciló y Calli creyó que iba a decirle que rompía el trato.

—Sólo asegúrate de entender.

—¿Entender qué?

—Que te he traído aquí para llevarte a la cama.

—¡Qué lástima! —murmuró ella entre dientes mirando al suelo.

—¿Qué?

—Que se hará falta mucho más que traerme hasta aquí para meterme en tu cama, Gabriel.

Gabriel. Dios, cómo le gustaba el sonido de su nombre en sus labios. Pero sus palabras sonaban amenazadoras y algo que no supo lo que era, se desgarró dentro de él.

«Tú no eres suficientemente bueno para ella, hombre, así que apártate. Ella es sólo un trabajo». Y si seguía pensando así de ella en las dos semanas siguientes, podría sobrevivir. Sin embargo, como Adán tentado por Eva, dejó vagar la mirada por su vestido de color limón y los tacones a juego manchados de tierra. El cuerpo se le contrajo sólo de mirarla y se alegró de que ella empezara a registrar los armarios.

—¿De verdad que vas a cocinar?

Agachada para mirar en un armario bajo, Calli giró la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Es lo que sé hacer mejor.

No creo, pensó él aunque todavía no había probado su comida, sólo sus besos. Dios, necesitaba alejarse de ella. Se alejó hasta el coche y sacó su equipaje del maletero.

—Eso puedo hacerlo yo —dijo Calli cuando pasó por delante de ella hacia la casa.

Gabe la ignoró y Calli salió tras él. El interior era tan sencillo como el exterior. Y fantasmal. Calli se quedó de pie en la entrada deslizando la mirada por el sofá beige y los sillones, uno de ellos con la forma de su cuerpo marcada. No había nada especial, nada personal en aquella casa. Hasta el diseño sureño carecía del atractivo estilo habitual. Las botas de Gabe sonaron en el recibidor y ella caminó hacia donde provenía el ruido. Pasó por delante de una puerta cerrada, un cuarto de baño con una bañera de patas y se dirigió hacia la habitación trasera. Gabe estaba posando su equipaje

en el suelo.

Se metió los dedos entonces en las trabillas del pantalón y se alejó de ella.

—Es bonita, Gabriel —se dio la vuelta para encontrarse con su mirada y él se volvió—. Bueno, ¿y qué es lo que haces aquí solo?

—Entreno caballos de tiro.

Parecía ansioso por irse y ella no quería que lo hiciera todavía.

—No sabía que hubiera que entrenarlos.

Su ardiente mirada se posó en ella.

—Los animales no nacen para ser montados, Cal.

Ella sintió un cálido ardor en las mejillas y alzó la barbilla con desafío. Su ronco tono tenía una componente sexual.

—Estoy segura de que aprenderé muchas cosas mientras esté aquí.

Movió entonces sus maletas y posó una en la cama para desabrochar la cremallera. La mirada de él parecía pesar sobre ella.

—¿Piensas quedarte mientras me cambio?

Él puso una mueca, pero ya la estaba viendo desnudarse con la mente.

—Ponte cómoda. Si necesitas algo, sólo pídelo. Estaré en el establo.

Calli exhaló el aliento y cerró la puerta tras él. Con rapidez se quitó el vestido y los tacones y sacó una camiseta y un par de pantalones cortados. Rebuscó en el fondo de la maleta para sacar unas deportivas y calcetines.

Pensaba investigar el sitio primero antes de ponerse a trabajar.

Caminó hasta el jardín y el campo deteniéndose a recoger algunas hierbas aromáticas en el jardín demasiado crecido. Alguien había hecho un esfuerzo en otro tiempo y los macizos escondidos estaban medio decentes. Fue lo segundo que apuntó mentalmente en su lista. Lo primero sería la comida.

Revolvió en los armarios y el frigorífico y encontró suficientes artículos para preparar una comida. Pero eso era todo. Bueno, le pediría la dirección de la tienda más cercana. Con un inventario tan limitado, consiguió algo sorprendente. Entonces se fue a buscar a Gabe. Y lo encontró.

¡Y cómo lo encontró!

Estaba en el establo, desnudo hasta la cintura cargando estiércol

en un carretillo con una pala. El establo estaba fresco y seco y el olor fue apreciable después de unos minutos, pero apenas importaba ante la opción de contemplar a Gabe trabajando. Calli tragó saliva y se humedeció los labios cuando él se inclinó para seguir con la pala. Su cuerpo estaba esculpido en mármol, anchos brazos y espaldas, una cintura fina y plana y cada pulgada de lo que podía ver era puro bronce. Calli sintió deseos de tocarlo. Con desesperación.

—¿Vas a quemarme un agujero en la espalda o qué? Asombrada por el enojo de su voz, se enderezó.

—Bueno, si vas a adoptar ese tipo de actitud, no te daré esto.

Gabe se dio a vuelta deslizando la mirada por su atuendo con aprecio. Calli se sintió más caliente al instante bajo su mirada aterciopelada y extendió el vaso de limonada. Él soltó la pala descolgando una vieja toalla de un clavo para secarse el sudor del pecho y de la cara. «Oh, no», pensó ella. «Me gusta el sudor». Hacía bonito brillando en el centro de su torso desnudo, de sus sienes y mezclándose con briznas de paja en su pelo. Pero lo que más la asombró fueron los tatuajes.

En ningún otro sitio salvo en los brazos. Un anillo de cuernos alrededor de un bíceps; un diablo de Tasmania entre una nube de polvo en el otro. Una daga con un dragón enroscado señalaba un antebrazo hacia donde una pulsera de círculos celtas le rodeaba la muñeca. Unas llamas de color turquesa y amarillo salían disparadas de la otra hasta enroscarse en el codo. Entonces se fijó en algo más. Las cicatrices. Una a un lado, sinuosa y brillante, una raja bajo su altiva barbilla y un profundo agujero en el hombro izquierdo que parecía…

—¿Es eso el agujero de una bala?

Él tomó el vaso.

—Sí —se lo llevó a los labios y bebió con avidez. Se secó la boca con el dorso de la mano y clavó la mirada verde pálida en ella—. ¿Dónde has encontrado los limones?

—En el frigorífico. Aunque la mayoría podrían haber salido caminando solos.

Gabe frunció los labios en un amago de sonrisa.

—¿Necesitas ir a comprar?

—Todas las mujeres necesitan comprar, Gabriel. Pero en cuanto

a la comida, sí, si quieres comer mañana.

Gabe se dio la vuelta y sin decir una palabra volvió a agarrar la pala. Ella siguió allí de pie contemplándolo.

El silencio se alargó entre ellos y cuando habló, su voz estaba cargada de impaciencia.

—Vuelve a la casa, Calli.

Su tono la dolió.

—Muchas gracias, Ángel.

Calli se dirigió a la puerta con la cabeza gacha y los brazos cruzados cuando el sonido de un coche que se acercaba le hizo alzar la vista. Se detuvo en seco y Gabe se acercó a ella mientras una furgoneta roja desvaída y vieja se acercaba entre una nube de polvo.

—Debe ser Bull.

La furgoneta se detuvo y Gabe avanzó hacia el hombre que salía del vehículo. Bull era grande, con torso de barril y fuertes piernas cortas. El pelo gris salía desparramado por todas partes bajo su viejo sombrero de paja curvado a la perfección, según el propio Bull. Llevaba vaqueros ajados y una camiseta sudada alrededor del cuello. Su atuendo diario. Normalmente todas sus camisetas llevaban algo impreso en el cuello. La de esa mañana era de color azul descolorido con tijeras impresas en el frontal.

—¿Has robado eso, jefe? —preguntó señalando al BMW.

—Le pertenece a ella.

Gabe no señaló, sino que esperó a que Bull escudriñara el rancho en busca de otra presencia humana.

El hombre abrió mucho los ojos y lanzó un silbido.

—¡Maldición, hijo! ¿Te has pasado todos estos años de ermitaño para traer ahora una mujer como esa aquí?

Bull sonrió con la mirada todavía clavada en Calli, que estaba colocando la leña en la cocina. Gabe le explicó por qué se encontraba allí.

—¿Y quién querría hacerla daño? Es sólo una cosita. ¡Dios! Si hasta un buen viento la arrastraría de cabeza al río. Pero es preciosa, ¿verdad?

—Sí. Preciosa.

Gabe no la estaba mirando. Bull le conocía demasiado y podría sacar sus conclusiones. Decidió desviar su atención.

—Es chef.
Bull entrecerró los ojos.
—¿Qué quieres decir?
—Una chef honesta hasta la saciedad y con tarjeta de crédito. Escuela Culinaria, titulada, especializada en repostería.
—¿No bromeas?
—Y lo mejor de todo es que ha aceptado cocinar.
—¡Gracias a Dios! —gimió el viejo—. Un trabajo menos que hacer.
Gabe se metió en el granero y descolgó la camisa de un clavo notando que Bull se metía la camiseta por los pantalones al acercarse a ella.
Calli alzó la vista con una sonrisa hacia el recién llegado mientras rodeaba el hogar y extendía la mano. Gabe los presentó y Bull se quitó el sombrero, se alisó el pelo y bajó la cabeza. Tenía las mejillas sonrojadas y Gabe no le había visto más tímido en toda su vida.
—Desde luego me alegro de que esté haciendo esto.
Bull hizo un gesto hacia la cocina.
—Es un placer, señor Pierce.
—Me llamo Harlan.
—No me extraña que nunca me dijeras tu nombre —se burló Gabe.
Calli le dirigió una mirada de reproche y le sonrió a Bull.
—Supongo que eso —señaló a los armarios más altos cerrados con candados—, serán para mantener a los animales apartados, ¿verdad?
—Sí, señora. Hay uno más ahí —señaló una puerta lateral y se movió alrededor de la cocina para mostrarla la despensa en el interior de la casa.
—Ya sé que no será lo que está acostumbrada a usar, pero…
—Estoy segura de que me las podré arreglar. ¿Tiene hambre?
Bull se iluminó. Gabe arqueó una ceja oscura, pero Calli lo ignoró. Si iba a ser mandón y maleducado, ella se pondría por encima de él. Además, todavía no sabía qué había hecho para merecer su rudeza.
—Si me dais veinte o treinta minutos…
Lo dejó en el aire pero al menos Bull fue lo bastante sutil como

para comprender que no quería compañía mientras preparaba la comida. Gabe no pareció captar la indirecta.

Calli empezó a sacar cazuelas y sartenes y después sacó la parrilla y apiló la leña. Encendió una cerilla, pero no prendió. Le puso nerviosa que él siguiera allí de pie mirándola mientras encendía largas cerillas de cocina una tras otra.

—Hay que poner astillas. En pirámide.

—Me hubiera servido hace cinco cerillas —murmuró ella mientras se ponía a prepararlo. Sopló las llamas y el humo mientras añadía palitos uno a uno. Prendió bien y Calli se estiró. El carbón sería más sencillo y decidió comprarlo en cuanto fuera a la tienda. Después de limpiar la parrilla, la volvió a poner y llenó una cazuela con agua. La puso al fuego a hervir y se acercó a los armarios. Gabe seguía allí. Podía sentir sus ojos clavados en ella.

—Vuelve al granero, Ángel.

Él apretó los labios.

—No me llames así.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Entonces vuelve al granero, Gabriel.

Posó las especias en la encimera, sacó un saquito de arroz y agarró un cuenco para dirigirse a la descuidada huerta.

Gabe lo entendió al instante.

—¡Cuidado! Hay serpientes por ahí.

Ella se detuvo en seco antes de acercarse a una pila de palos y agarró uno largo.

—Gritaré antes de caer de rodillas y morir —le aseguró con una mirada tensa mientras revolvía el suelo esperando ahuyentar a cualquier alimaña a la que le gustaran los tobillos para almorzar. Calli sintió la transpiración entre sus senos y sus omoplatos y sabía que era más porque él la estaba mirando que por el calor. Hacía aquello a menudo, quedarse de pie mirando sin decir una sola palabra y se sintió aliviada cuando oyó sus pasos alejarse.

Calli tanteó el suelo decidiendo que la próxima vez le pediría a Bull que inspeccionara a ver si había serpientes. Después avanzó entre las malas hierbas y sonrió al pensar si se comerían lo que tenía planeado. Cualquier cosa sería mejor que los frijoles en lata y las tortillas que había encontrado en abundancia.

Gabe estaba empapado de sudor de cargar el estiércol, pero no

había podido dejar de mirarla ni un segundo mientras trabajaba. Calli estaba frente a la mesa moviendo el largo cuchillo con una velocidad que desafiaba toda lógica. Las ollas humeaban y el aire estaba cargado de una fragancia parecida a la de las flores. No sabía de dónde había sacado nada decente, pero desde luego olía bien y se estaba muriendo de hambre para cuando sonó la campana. Hizo un esfuerzo por no dar un brinco como un chiquillo y tardó lo necesario en lavarse antes de seguir a Bull que corría más de lo que le había visto hacer en meses.

—Está más fresco dentro —dijo Calli con un gesto hacia la puerta y las manos llenas de platos.

Bull se adelantó y abrió la puerta de malla y Gabe casi sonrió. El viejo empezaría a dar aullidos en cualquier momento.

Siguiéndolos al interior, Gabe se paró en seco a la vista de la mesa. No se parecía a nada que él recordara. Ella había puesto una jarapa mexicana a modo de mantel y las rayas de colores alegraban la habitación. Pero era la forma en que había dispuesto la mesa lo que más le llamó la atención. Los platos y cristalería habían venido con la casa. Gabe los había visto en una caja, pero no los habían usado nunca. Los altos y esbeltos vasos brillaban, los platos resplandecían y un ramo de flores silvestres adornaba el centro de la mesa. Se sintió como un bastardo por haber sido rudo con ella. Nadie había hecho nada como aquello por él en toda su vida. Gabe no podía recordar la última vez que alguien había hecho algo para su placer. No quería que le gustara. Y estaba seguro como que el infierno existía que no quería necesitarlo.

Calli posó el último plato en la mesa y dio un paso atrás para inspeccionarla.

—Puede que no sea a lo que estáis acostumbrados, pero he tenido que improvisar.

Tenía razón, pensó Gabe mirando la abundancia de comida. Aquello no tenía nada que ver con lo que él estaba acostumbrado. Nada. ¡Dios, si parecía un restaurante!

—Después de comer haré un viaje al pueblo para comprar comida.

Les hizo un gesto y los dos se sentaron.

Calli se mordió el labio mientras esperaba por su reacción ante el arroz sazonado con hierbas, especias y flores, las tiras de buey

asado con cebollas, pimientos y comino. La albahaca verde y el limón ayudaban a hacer apetitosos los guisantes de lata. Había preparado té dulce helado con menta machacada y se dispuso a servirlo. No había tenido tiempo de preparar un postre, que era indispensable en su menú, pero lo compensaría en la siguiente comida.

Calli comió poco, bebió té y los contempló. Bull no tuvo problemas en devorar todo lo que le puso delante, sin embargo Gabe era otro asunto. Paladeaba cada plato con cuidado.

—¿Calli?

—¿Hum?

—¿Qué estoy comiendo?

Apartó los pétalos rosas al borde del plato. Calli había estado esperando aquello.

—Flores.

Gabe escupió lo que tenía en la boca en su servilleta.

—¡Oh, vamos! Te estaba gustando hasta que te lo he dicho.

La mirada de él decía que le daba igual, que no pensaba comer flores.

—Confía en mí. Son comestibles —miró a Bull que ya estaba terminando el plato—. Coméis hierbas, ¿verdad? Pues la mitad de las hierbas son flores —la expresión de Gabe era impenetrable—. ¿Creéis que trato de envenenaros?

Bull alzó la mirada con el tenedor a medio camino de su boca. Miró a Calli y después a Gabe y debió decidir que era digna de confianza o que ya lo había llegado muy lejos de todas formas, porque se metió el tenedor en la boca.

Calli puso una sonrisa burlona y apoyó los codos en la mesa para mirar directamente a Gabe.

Y él le devolvió la mirada. No podía cansarse de aquellos ojos azules y aquella sonrisa enérgica. Era tan bonita y vital que deseaba poseer algo de ello, pero sabía que no podía, así que se contentó sólo con mirarla. Tomó una cucharada de flores y se la comió.

Entonces Calli sonrió.

Y Gabe pensó que el cielo se había abierto. Dios, iba a ser un puro infierno vivir con ella.

—¿Vas a comerte eso? —preguntó Bull mirando el palto de Gabe sin acabar.

—Eso había pensado.

—Todavía queda mucho —dijo Calli acercándole los cuencos.

El viejo miró los platos y después a ella.

—No te preocupes Bull. Yo ya he terminado. Aunque me gustaría tomar un postre, pero no tenía con qué prepararlo.

Los dos hombres parecieron desilusionados.

—Diablos, señorita Calli —dijo Bull pasándose la servilleta por los labios—. Ésta ha sido la mejor comida en mucho tiempo. La mejor.

Entonces se reclinó hacia atrás y apuró el resto del té.

Ella asintió y sonrió antes de mirar a Gabe.

No necesitaba escuchar su alabanza.

Lo sabía. El corazón le dio un vuelco.

Entonces se advirtió que no debía estar tan excitada por haber pasado la prueba.

Gabe tragó saliva mientras la miraba con intensidad.

—¡Vaya! Has demostrado que no eres todo repostería con pequeñas espadas doradas clavadas, ¿eh?

Sonaba como un reto, incluso para sus propios oídos y sin embargo, ella se iluminó.

—Lo dudaste, admítelo.

—Estás contratada.

—¿Contratada? ¿Quiere decir eso que vas a pagarme?

Él frunció el ceño.

—Comida y cama.

Una pura sonrisa femenina le surcó la cara, equívoca y seductora. Bull los miró a los dos antes de levantarse y abandonar la mesa silbando.

La puerta de malla se cerró tras él.

—¿Eso es todo? Gabe apartó la silla y se levantó.

—Tú has puesto las normas y un trato es un trato.

Se dirigió a la puerta.

—¿Gabriel?

No debería sentarle tan bien escuchar su nombre en sus labios. Se detuvo y miró a sus espaldas.

—Estaba bromeando.

¿Bromeando? ¿Sabía ella lo que le producía sólo la idea de tocarla?

—Pues no lo hagas —la advirtió—. Porque podría tomar tu cuerpo en esa misma mesa y no volver a verte en la vida.

Calli se tensó.

—¿Quieres decir que por que lo hayas hecho debo asustarme?

Su tono desafiante indicaba que no lo aceptaba y Gabe se dio la vuelta, se acercó y la levantó de la silla atrayéndola contra él. Arqueó la espalda hasta que sus cuerpos estuvieron pegados y el caliente contacto le desató el deseo. Se excitó al instante. Y el hecho de no poder tenerla, de no poder perderse en su dulce inocencia le hizo daño. Y le puso furioso.

—No juegues conmigo, Calli. He tomado a mujeres en el asiento trasero de un coche, en el suelo y hasta en medio del desierto a plena luz del día. Así que no creas ni por un segundo que lo que tú tienes… —deslizó una mirada helada por su cara—, es algo que yo no haya disfrutado ya.

La soltó de forma brusca y abandonó la casa a largas zancadas. Y si creyó que la había dejado dolida y conmovida, se equivocó.

Lo supo en el instante en que sintió el golpe de una cebolla en la nuca.

Capítulo 5

Una hora más tarde, Gabe cruzó el patio hacia la cocina, llenó un vaso de agua y se lo llevó a los labios. Se detuvo con el vaso a medio camino y entrecerró los ojos. Ella estaba en la huerta, arrancando malas hierbas, pero no fue eso lo que le llamó la atención, sino su postura, arrodillada con su redondo trasero al aire mientras se inclinaba a cavar y arrancar. La espalda de su camiseta estaba oscura de humedad y las piernas le brillaban con el sudor. Terminó el agua, apartó el vaso y caminó hacia ella. Al acercarse, notó que llevaba una gorra de béisbol y las rodillas enrolladas con dos trapos de cocina. Estaba recogiendo las malas hierbas en una palangana. Ella no reaccionó ante su presencia, pero sabía que le había oído llegar. Y eso lo irritó.

Hasta que escuchó un débil sonido y comprendió que estaba escuchando música por unos auriculares. Con el trasero balanceándose y los hombros moviéndose mientras cantaba y arrancaba las hierbas al compás de la melodía.

—¿Divirtiéndote?

Calli apagó la música y le miró a los ojos.

—¿Qué? —preguntó con más curiosidad que impaciencia.

Él no respondió, su mirada descendiendo por su piel brillante de humedad, desde las sienes hasta el comienzo de sus senos.

—Te vas a quemar.

—¿Para eso has venido aquí? ¿Para avisarme de que me proteja la piel?

—¿Estás inspeccionando en busca de serpientes?

Hizo una seña al suelo a su alrededor con el pie.

—Sí, había unas cuantas —mintió ella con descaro—. Pero después de presentarnos, hemos llegado a un acuerdo. Yo no las aplastaré con la azada y ellas no me morderán.

Gabe sonrió.

—De todas formas, ten cuidado. El hospital más cercano está a cincuenta kilómetros.

Ella asintió. Él contempló sus delicadas facciones muñéndose por saborearla. Tuvo que apretar los puños para evitar tomar lo que deseaba. Distraída, Calli se sacó la camiseta del pantalón y empezó a secarse el sudor del pecho. Los ojos de Gabe despidieron chispas cuando ató la camiseta en un nudo bajo los senos. Tenía el estómago bronceado y contorneado y se preguntó cómo estaría en bikini antes de que su imaginación se desbocara y se preguntara cómo estaría desnuda.

«Dios bendito», pensó Calli. Aquellos ojos verdes podían carecer de emoción a veces, pero cuando no era así tenían la habilidad de derretirla las entrañas. Se sentía desnuda y apreciada. No podía hacer más que devolverle la mirada y decirse que tenía que ignorar la atracción que había entre ellos, pero su cuerpo le decía que era casi imposible, el deseo animal corría por sus venas desatado.

Debía pensar con la cabeza. Ellos provenían de mundos diferentes y el deseo podía llevar a una persona muy lejos. Y una mujer no podía involucrarse con Gabriel Griffin sin meterse hasta el cuello.

Y ella no estaba preparada para arriesgar nada por él.

No hasta que viera algo más en ella que a una buena chica.

—Que proteja mi piel y tenga cuidado con las serpientes. ¿Algo más?

Cuando él no respondió, ella supo la respuesta. No merecía una disculpa. Calli no quiso mirar cómo se alejaba y se volvió a poner los auriculares y presionó la cinta ignorando los salvajes latidos de su corazón sólo por estar cerca de él.

* * *

—¡Maldita sea, Daniel. Debería darte una paliza! —gritó Gabe por

el teléfono móvil unos minutos más tarde—. ¿Por qué no me dijiste que tu compañía era Excalibur?

Gabe miró por la esquina del establo para asegurarse de que Calli no estaba en la huerta.

—Hola, Gabriel —contestó con sequedad Dan al otro lado de la línea—. ¿Y por qué debería importar eso?

Gabe no había visto a Daniel en años y la última vez había sido cuando le habían sorprendido robando en la casa de Daniel en una lujosa urbanización de Nuevo México a menos de setenta kilómetros del rancho. Daniel le había hecho una propuesta: no lo denunciaría si se buscaba un trabajo honrado. Gabe lo había aceptado y nunca había vuelto a mirar atrás. Y ahora se lo debía. Y cuando echó un vistazo a la mujer de la huerta, supo que pagarle le iba a costar más de lo que tenía que dar.

Gabe le contó lo de Murdock y el asalto. Daniel maldijo con arrepentimiento, pero Gabe no le demostró ninguna simpatía.

—Detalles, colega. Ahora. Necesito saberlo todo.

Daniel la estaba protegiendo de un espía industrial que estaba intentando robar una copia de la línea de postre de invierno de Excalibur. De la cual Calli tenía las únicas copias y por eso Daniel había sentido pánico cuando ella no había aparecido en Acapulco. La memoria detallaba el presunto esquema para copiar los postres con ingredientes baratos y eso destruiría financieramente a la compañía, por no mencionar su reputación. Y la de Calli. Y Daniel quería recuperar la memoria antes de que involucraran a Calli. Ella la había guardado por accidente entre sus archivos y para cuando Daniel lo había averiguado, ella ya se había ido con paradero desconocido.

—¿Lo has entendido?

—Es un poco difícil porque ella no se separa ni un momento del maletín. Y si sospecha que le han registrado, ¿sabes quién sería el primer sospechoso?

—Escucha, Gabe —dijo Daniel con cansancio—. Tú solo mantenla a ella y a ese cuaderno juntos. Yo haré el resto. Calli no sabe que tiene la memoria, así que no tenemos nada de qué preocuparnos.

—Ella no es estúpida.

—¡Eso ya lo sé!

—No me gusta este asunto.

—¿Ahora tienes conciencia?

—Vete al…

—Mira. Si ella supiera que en la memoria aparece uno de sus chefs como el que ha conspirado con Murdock, eso la destruiría y agarraría el primer avión para venir aquí y enfrentarse a él. Necesito llegar al fondo yo antes. Ella le contrató y se sentirá responsable y traicionada.

¿Más de lo que se sentiría cuando descubriera por qué estaba viviendo en su casa? ¿O por qué se habían conocido en primer lugar? Una punzada de culpabilidad desconocida le asaltó y Gabe cerró los ojos apoyándose contra la pared de madera pintada.

—Pero tendrás que recuperarlo.

—Lo haré a su debido tiempo.

Gabe colgó sin decir siquiera adiós.

* * *

Gabe estaba fuera del establo subiéndose a la valla cuando miró al camino y vio la grava y el polvo que despedían las ruedas de su coche. Le estaba dejando. Entonces se corrigió a sí mismo. No había un nosotros ni nunca lo habría. La llamó, pero ella no paró el coche y Gabe montó al instante en su moto, arrancó y empezó a seguirla. Maldita mujer. ¿En qué diablos estaba pensando? Pero entonces recordó que ella no sabía que alguien quería robarle aquellas malditas recetas.

Aceleró hasta situarse al lado del BMW en el estrecho camino. Le dio un golpe en el cristal, pero ella no lo miró.

—¡Maldita sea, Calli! ¡Para!

Ella se detuvo de forma brusca y aparcó a un lado.

—¿Hay algún problema? —preguntó ella con dulzura.

Él entrecerró los ojos y notó el sarcasmo de su voz. «Es culpa mía», pensó.

—No dejes el rancho sin mí, Calli.

—¿Por qué?

—¿Te parece poco el robo y Murdock? Por no mencionar a mis enemigos.

—Soy mayor. He cuidado de mí misma desde hace mucho tiempo y aparte has dejado muy claro que para ti no significo nada aparte de como cocinera.

Él apartó la vista entonces para mirar hacia el cañón y Calli se sintió atraída por su duro perfil y sus ojos pálidos y carentes de emoción. «Lo oculta todo demasiado bien», se lamentó en silencio.

Él apretó el manillar.

—¿Escapándote? —le preguntó con suavidad.

—No seas tan pretencioso, Ángel —él entrecerró los ojos—. No te necesitaba para ir al mercado.

¿Fue alivio lo que vio en su expresión?

—A ningún sitio sin mí. ¿Queda claro?

—Sube entonces.

Gabe apagó el motor y sacó el pedal, sacando la llave y dejando la moto donde estaba. Recogió la cazadora de encima del asiento y entró en el coche. La miró entonces con impaciencia.

—Pensé que te habías quedado sin dinero.

—Pensé firmar un cheque.

Bueno, al menos tenía acceso a cierta cantidad de dinero. Y eso significaba que si estaba allí no era porque no tuviera a ningún sitio donde ir. Se sintió confuso de nuevo. ¿Por qué querría estar cocinando en un rancho cuando podría estar tomando el sol en Acapulco?

No le gustaba sentir tanta curiosidad por ella.

No le gustaba en absoluto.

Calli metió la marcha y arrancó.

—Estás acelerando.

—Y tú me estás mirando con descaro.

Gabe no pudo evitarlo. Era evidente que se había bañado y se había cambiado porque todavía tenía el pelo mojado por la nuca y sujeto con una goma. Llevaba una camiseta negra y pantalones cortos de color lima que enseñaban sus bronceadas piernas.

Cuando llegaron a la ciudad, Gabe hizo una seña hacia un aparcamiento. Calli metió el coche en un hueco y salió y estaba llegando a la salida cuando notó que Gabe no estaba con ella.

Se dio la vuelta y lo encontró cruzado de brazos contra el coche con un aspecto más beligerante que un adolescente rebelde. La imagen hubiera valido si no fuera por los tatuajes.

Calli se acercó a él.

—¿Es que no vienes?

Él sacudió la cabeza.

—¡Oh, no! —advirtió ella—. Fuiste tú el que insistió en venir y ahora vas a entrar. Puedes empujar el carro.

Lo agarró por el brazo y tiró de él hacia la entrada.

Gabe se paró a mitad de camino.

—Te esperaré aquí fuera.

Hizo un gesto hacia los bancos bajo el tejadillo y se metió las manos en los bolsillos.

Calli sintió aprensión. De verdad no quería entrar en el supermercado.

—¿Por qué no quieres entrar?

Le posó la mano en el brazo y sus músculos se tensaron bajo su palma. La miró y apartó la vista sin decir nada. Entonces Calli le agarró por el mentón para obligarlo a mirarla.

Había una comprensión en sus ojos que él nunca había conocido y se sintió tranquilizado.

—Nunca he tenido suficiente dinero para entrar en un supermercado de ese tamaño.

Hizo una seña hacia el enorme edificio esperando su incredulidad o su lástima.

Pero no llegaron.

A Calli le dio un vuelco el corazón e intentó contener las lágrimas. Qué vida tan desolada debía haber llevado, pensó. Más de lo que él mismo creía.

—¿Pero lo tienes ahora?

Él se encogió de hombros.

—Nunca me acostumbré.

—Sé lo que quieres decir. Al principio te desborda un poco, ¿verdad?

Él frunció el ceño con la mirada cargada de sospecha.

Pero Calli siguió acariciándole el brazo, muñéndose de ganas de trazar los contornos de los tatuajes.

—Nunca pude comprarme nada, ni siquiera un chicle hasta que no tuve dieciséis años.

Sus facciones cinceladas se pusieron tensas y la duda apareció en sus ojos.

—Oh, yo había aprendido a cambiar, a firmar un cheque y a ser educada —prosiguió ella con una suave sonrisa—. Pero en cuanto a hacerlo delante de la gente… —Se estremeció con dramatismo—. Me sentí aterrorizada la primera vez que tuve que comprar ropa. Y aún más cuando tuve que pedir ayuda con las tallas.

—¿Qué compraste? —murmuró él de repente con la voz susurrante.

La sonrisa de ella fue lenta y las mejillas se le sonrojaron.

—Braguitas de satén.

—¿De qué color?

Gabe se acercó unos centímetros más y Calli sintió que se le fundían las entrañas.

—Rojas.

Su sonrisa le produjo un vuelco en el corazón.

—No me sorprende.

Calli no pudo ocultar su placer. Aunque todo el mundo pensara que era una monja por fuera, Gabe sabía lo que ocultaba en su interior.

—No tienes por qué hacer esto conmigo.

Conmigo, pensó él. No podía recordar cuando había hecho algo con una mujer. Y nunca con ninguna como Calli.

—No te preocupes. Esto se me da muy bien, Gabriel.

Él podría haberse rebelado si ella no lo hubiera dicho con tanta suavidad.

—Vamos a darnos prisa, entonces.

Ella sonrió deslizando la mano hacia su muñeca y empujándolo hacia las puertas automáticas. Cuando Calli agarró el carro, él se apartó de su contacto con un gesto abrupto y se mantuvo distante y aislado a su lado. ¿Pensaba que ella se sentiría avergonzada porque la vieran con él? Cuando avanzaban por el pasillo, Calli notó cómo la gente se apartaba de él mirándolo con rudeza. Gabe parecía ajeno a que era intimidante vestido de negro y con los tatuajes en los brazos y ella rozó las llamas que desaparecían bajo la manga de su camiseta. El clavó la mirada en ella con los ojos más suaves que nunca le había visto y sin embargo Calli pudo notar la tensión en él como un muelle.

—¿Has acabado?

Ella miró al carro medio vacío y tuvo que reírse.

Su rígida postura se calmó.
—¿Has pensado en hacer alguna vez meditación? Necesitas relajarte.
Él se acercó más a ella con voz grave:
—Y tú necesitas darte prisa.
Estaba lo bastante cerca como para poder ver hasta la última pestaña enmarcando sus ojos de cristal y oler el aroma almizcleño de su piel.
—De acuerdo —dijo un poco jadeante—. Entonces ayúdame a comprar —repasó la lista—. Harina, azúcar y levadura.
El abrió mucho los ojos.
—¿Quieres que lo busque yo?
—¿No puedes conseguirlo? —Él ya estaba apretando los dientes y ella esbozó una radiante sonrisa—. Por favor.
Con un grave gruñido, Gabe se alejó. Sonriendo, Calli observó cómo miraba enfurecido las listas de cada pasillo antes de avanzar. Se sentía intimidado. Era una debilidad que ella nunca había esperado ver y le produjo simpatía. Dándose la vuelta hacia las verduras, seleccionó las mejores y cuando no encontró lo que buscaba, llamó al encargado.
Gabe permaneció detrás de ella con los brazos cargados contemplando como el encargado se iba al almacén y volvía con otra bandeja de verduras. Nunca había visto a nadie tan excitado por unos *zucchini*. Entonces se fijó en la gente que lo miraba. Dirigió una mirada de soslayo a una mujer que estaba apartando su carro de él. Había un niño a pocos pasos de él mirándolo con curiosidad y la mujer tiró de él con brusquedad para apartarlo. Y cuando el encargado lo notó, se detuvo a mitad de la frase y también lo miró fijamente. Calli lo advirtió y le dirigió a Gabe una de sus sonrisas más radiantes.
Y él estaba necesitado de recibir más, de la forma en que le hacía sentir cuando estaba a su lado. Como si eso importara. Gabe se adelantó y metió los paquetes en el carro con cuidado de no aplastar las verduras.
Ella se dio la vuelta hacia él.
—¿Ha sido tan duro? —le preguntó al oído.
—No. ¿Has acabado ya?
Ella se rió con suavidad.

—Dios, pareces un niño de viaje.

Calli se puso a meter las cebollas en una bolsa.

—¿Calli?

—¿Hum?

Calli intentó parecer despreocupada pero tenía el corazón desbocado.

—Yo estaba… ah… quiero decir que estoy…

Miraba a todas partes menos a ella. Parecía tener la lengua atada.

—¿Te estás disculpando? —susurró ella.

—Lo estoy intentando —murmuró él irritado antes de fruncir el ceño al ver la desacostumbrada brillantez en sus ojos. Se le tensaron las facciones—. ¿Son lágrimas eso?

—Por supuesto que no.

Calli parpadeó aprisa. Estaba conmovida. Sabía lo que le había costado y sin pensar en las normas que ella misma había impuesto, se puso de puntillas y le rozó los labios con los suyos.

—¿Puedo ayudarla en algo más, señora?

A Gabe le costó un momento apartar la mirada de ella para clavarla en el encargado al ocurrírsele algo. Gabe no quería que nadie supiera que estaba en la ciudad. Eso le daría la pista a Murdock si seguía por los alrededores.

—¿Melocotones y coco?

—Ya no estamos en la temporada de los melocotones y casi nunca traemos cocos frescos.

—¡Ratas! —murmuró ella cuando se alejaron.

—No creo que las sirvan.

Calli lanzó una carcajada que le erizó el vello como la brisa fresca.

—¿Sabes que tenía preparado el menú —agitó el papel—, para los próximos días y ni siquiera te he preguntado lo que preferías?

El se encogió de hombros.

—Cualquier cosa me parece bien.

—¿Qué es lo que no te gusta?

El se detuvo mirando al vacío por un instante.

—El queso fundido, los frijoles refritos, la sopa de tomate y los macarrones con queso.

—¡Bien! Te aseguro que no hay nada de eso en mis menús.

Gabe miró el papel intentando leerlo. Estaba escrito en taquigrafía. ¿Haría lo mismo con sus recetas?

Calli siguió comprando la carne y seleccionó aceites, especias y pasta.

—¿De verdad necesitas todo eso?

—Tengo una nueva receta que quiero probar para Excalibur, ¿y qué mejor sitio para dejar que fluya mi creatividad? Normalmente tengo que consultar a los empleados de la cocina de pruebas.

—¿De verdad que no te importa cocinar para nosotros?

¿Es que pensaba él que la cocina era una tortura?

Calli agarró dos diferentes tipos de azúcar marrón y lo miró.

—Yo lo veo de esta manera. Siempre preparo postres y rara vez consigo preparar comida normal incluso para mí misma —se inclinó para susurrarle al oído—. Tengo debilidad por los chinos que te lo llevan a casa, pero no se lo digas a nadie.

—Tu secreto está a salvo.

—Sabía que podía confiar en ti —le dio una palmada en la mano que sujetaba el carro y notó cómo sus ojos se iluminaban como cada vez que le rozaba—. Ésta es mi oportunidad para comprobar si todavía puedo preparar platos sin ingredientes caros o extravagantes.

¿Lo estaría haciendo por él y por el rancho o sólo para probarse a sí misma? Porque ya había demostrado ese día que era una experta.

—Hemos acabado.

—Gracias a Dios —murmuró él mientras se dirigían a la caja donde notó que varios hombres se quedaban mirándola al descargar las compras en la cinta transportadora. Gabe se movió tras ella para protegerla.

Calli se paralizó al posar un saco y volver la vista para mirarlo. Su cara estaba tan cerca que podía sentir su calor. Él inhaló con los dientes apretados y adelantó la pierna para rozar la de ella. Calli sintió una oleada de ardor llegarle hasta los senos y se le aceleró la respiración. El ruido que los rodeaba pareció desvanecerse.

Nunca hubiera creído que podía ser tan excitante ir de compras.

Pero el momento quedó roto cuando la cajera dijo en voz alta el total. Ella sacó la chequera y la dejó en el mostrador, pero Gabe posó una mano encima antes de que pudiera escribir. Calli lo miró

mientras se sacaba el monedero y posaba los billetes y esperó a que le devolvieran el cambio. Entonces le agarró de la mano y entrelazó los dedos con los de él. Avanzó por el estrecho pasillo sin soltarlo. Sabía que si rompía el contacto entonces, él se retraería a aquel distanciamiento que empezaba a sentir como una nube fría.

Gabe bajó la vista hacia las pequeñas manos blancas con una manicura perfecta agarradas contra su puño moreno y rudo. Le parecía antinatural y extraño. Parecía Blanca Nieves y desde luego él no se sentía como el Príncipe Encantado.

Capítulo 6

—Tienes una mirada extraña desde que hemos salido del supermercado —comentó ella en el camino de vuelta cuando el sol se estaba poniendo. ¿Qué te pasa?

—No querrías saberlo.

—¡Oh, sí, sí quiero!

Su miraba rayaba en lo decadente.

—Bragas rojas de satén.

Calli se sonrojó hasta la raíz de pelo.

—No debería habértelo contado.

Y él nunca le debería haber contado que había sido un indigente, pues de repente se sentía como cuando era pequeño: impotente y vulnerable. Avergonzado.

Con los ojos fijos en la carretera, maldijo con suavidad cuando pasaron por donde debía estar la moto. Sólo esperaba que se la hubiera llevado Bull. Aceleró y suspiró de alivio al llegar y verla apoyada contra la pared del establo.

Bull salió corriendo hacia el coche desde el establo agitando las manos con frenesí. Gabe apagó las luces y aparcó. Calli se removió adormilada ante la brusca parada y se frotó la cara como una niña.

Gabe ya estaba fuera del coche hablando con Bull.

—La yegua está de parto —le explicó en cuanto ella salió.

—¿De verdad? —gritó excitada.

—¿Puedes descargar tú la…?

Ella alzó una mano.

—No digas nada más. —Gabe se volvió al instante para hablar

con Bull en tono apresurado. Calli se sintió como si le hubieran dado un portazo en las narices—. ¿Puedo ayudar?

—¡No! —gritó él. Ella lo miró con los ojos abiertos como platos —. No, sólo mantente alejada.

El dolor brilló en sus ojos y Gabe abrió los labios para decir algo, pero los cerró y salió corriendo.

Bull frunció el ceño y se encogió de hombros para seguir a su jefe.

Calli los observó alejarse y entrar en el establo quedándose con diez bolsas en la mano y confundida por su brusco cambio de actitud.

Sabiendo que Gabe y Bull estarían ocupados la mayor parte de la noche, preparó unos sándwiches y unas patadas de maíz rojas con salsa de cebollas. Mientras preparaba el té de menta aromatizado con zumo de naranja, escudriñó hacia el granero. No podía ver casi nada, sólo sombras contra la luz del interior.

Dejó una bandeja de sándwiches en la mesa, una nota en el frigorífico y se fue a su habitación. Se quitó las sandalias y se desplomó en la cama. Estaba agotada. Demasiado aire fresco, se consoló aunque sabía que era mentira. Demasiado Gabriel Griffin.

A los pocos segundos estaba dormida.

* * *

Calli se estiró y miró el reloj. ¿Sólo había dormido una hora? Se levantó y sintió el motor de un coche en la distancia. Eso debía haberla despertado. Salió al cuarto de baño, donde se peinó y lavó la cara y los dientes. Estaba a punto de volver a la habitación a desvestirse para meterse en la cama cuando se fijó en el *sandwich* que quedaba en la bandeja. ¿Se habría acostado sin comer o estaría todavía en el establo?

Descolgó una vieja cazadora de cuero de detrás de la puerta, se la abrochó para protegerse del frío de la noche en el desierto cuando salió, notó que la furgoneta de Bull ya no estaba. La luz desde el establo era más tenue y supo al instante que Gabe seguía allí.

Encendió el carbón de la parrilla y puso una cafetera. Si tenía

que estar con la yegua toda la noche, necesitaría algo que lo mantuviera despierto. Cualquier cocinera de un rancho haría lo mismo, se aseguró impaciente porque saliera el café. Encontró un termo y una cesta y metió varios sándwiches, fruta troceada y el termo antes de dirigirse al establo. Mientras se acercaba aminoró el paso al sentir una creciente aprensión. Él no la quería allí, pensó y entonces decidió que si quería que se fuera… bueno, tendría que discutir con él.

Entró en el establo moviéndose con cautela. Al instante dio un respingo cuando él se incorporó desde el suelo y la apuntó con un rifle.

—¡Dios santo! —jadeó.

Gabe maldijo con suavidad antes de desaparecer en el pesebre de la yegua.

—¿Necesitas un rifle en tu propiedad?

El alzó la cabeza despacio y la miró enfadado.

—Tengo enemigos.

—Pues yo no soy uno de ellos.

Gabe se encogió de hombros.

—Pensé que estabas dormida.

—Pues no lo estoy —se rió ella con nerviosismo—. Ahora, aparta esa cosa.

Gabe puso el seguro y lo dejó a un lado antes de volver a mirarla. No se había movido. Y por la forma en que le temblaban las manos al apartarse el pelo, supo que la había asustado. Normalmente no le hubiera importado en absoluto considerando que había llegado sin anunciarse. Pero se trataba de Calli.

Una cálida sensación le asaltó al fijarse que iba tapada con su vieja cazadora. Calli extendió la cesta con el termo.

—¿Tienes hambre?

—Puedes dejarlo ahí —hizo un gesto hacia algún sitio por detrás de ella—. Y volver a la casa.

—No.

Gabe enarcó una ceja con expresión amenazadora.

—¿No?

—Vaya, al menos oyes bien —dio ella antes de agacharse a su lado, desenroscar la tapadera del termo y servir el café. Le pasó la taza sonriente.

—Calli.
Sonó como una amenaza mientras aceptaba la taza. En el fondo del pesebre la yegua relinchó y coceó el suelo con el cuerpo empapado en sudor.
—¿Sí, Gabriel?
—No te necesito aquí.
—¿No me necesitas o no me quieres?
—Las dos cosas.
Eso le dolió.
—Es una pena, chico malo. No eres mi dueño ni estamos casados. Aunque eso no influiría en las decisiones que tome en mi vida —se sirvió otra taza pantalla—. Así que olvídalo.
—Éste es mi rancho.
—¡Oh! Ahora eres territorial —se estremeció con dramatismo—. Bueno, pues entonces me iré a México por la mañana. Supongo que será mejor que me vaya a hacer las maletas.
Dejó la taza a un lado y se levantó.
—¡No! —Entonces suavizó la voz—. Maldita sea, no puedes.
—¿Y por qué no puedo?
Calli esperó con los brazos cruzados y sintió su mirada deslizarse por sus piernas, su pecho y su cara. Enarcó una ceja.
—No tienes dinero.
—Sólo hasta el lunes.
—Eres la cocinera.
Aquélla era una excusa aún más débil.
—Podrías contratar a cualquiera del pueblo para hacer ese trabajo.
—No, no podría —se detuvo y una sombra le oscureció los ojos —. Nadie vendría.
Ella bajó los hombros.
—¿Lo has preguntado? ¿Has puesto anuncios, por ejemplo?
Él asintió.
—Parece que asusto a la gente.
—Esos hijos de…
Que ella se enfadara por él le produjo una oleada de calidez en el pecho.
—Siéntate, Calli. No vas a ir a ningún sitio.
—Eso lo dirás tú.

El fuego se encendió en sus ojos cuando plantó las manos en las caderas. Ella quería una explicación, algo que le diera una pista de la procedencia de aquel hombre.

Con una velocidad que no le dio tiempo a reaccionar, Gabe se estiró, la asió por la manga y tiró. Calli cayó al suelo mirándolo con furia.

—Sí, lo digo yo. Hemos hecho un trato. ¿O vas a salir corriendo?

Ella lo miró como una rebelde lista para la batalla.

—¡Oh, sé serio! No me asustas, Gabriel.

—¿De verdad?

Parpadeó con inocencia.

—¿SÍ?

El frunció los labios. No se echaba para atrás y eso le gustaba.

La yegua se echó al suelo de repente y él se acercó para pasarle las manos por el vientre. La bestia lanzó un sonido estrangulado y Calli se arrodilló.

—¿Puedo hacer algo?

Él sacudió al cabeza y el animal gruñó agitando las patas ante los espasmos de dolor.

—Va a ser una larga espera.

Parecía preocupado, pensó ella antes de abrir la cesta y pasarle un *sandwich*. Él lo aceptó agradecido y lo devoró sin apartar la vista del caballo.

Le secó la baba de la boca mientras la acariciaba con cariño y le susurraba palabras de ánimo. Tenía las facciones rígidas de la concentración, sin embargo sus manos eran delicadas al palpar el vientre del animal. Era una cara de él que Calli había creído que no existía.

Entonces se abrió todo el infierno. Con la boca llena por el último bocado, Gabe se acercó a la parte trasera del animal.

—Eso es. Vete a su cabeza.

Calli obedeció quitándose la cazadora y apoyando la cabeza de la yegua en su regazo.

—Háblale.

Calli pensó que eso era inútil, pero lo hizo de todas formas. La yegua empezó a traer a su potro al mundo y Calli acarició sus húmedas crines animándola, pero permaneció transfigurada al ver emerger los cascos, y después unos centímetros de las delgadas

patas.

Quería ver más.

Gabe frunció el ceño, examinó las pulsaciones del animal ante las crecientes contracciones y murmuró:

—Algo va mal. —Calli alzó la vista con pánico mientras él palpaba el vientre—. Las contracciones llegan, pero… ¡Maldición, viene de patas!

Al instante volvió a meter las pezuñas dentro de la madre manipulando a la cría durante unos momentos. La sangre le cubría los brazos hasta los codos.

Gabe se sentó en cuclillas.

—No puedo hacerlo. No se mueve.

—Sí, sí puedes —animó Calli con suavidad clavando la mirada en él—. Tienes que hacerlo. Dependen de ti.

Él mantuvo la mirada clavada en ella y entonces, con una mano en el vientre de la madre para tentar la posición del bebé, lo cambió de postura. La yegua relinchó cuando en la siguiente contracción salieron las patas fuera. Gabe las agarró con sus fuertes manos.

—¡Vamos, chica! —susurró—. Dámelo.

Calli se inclinó para susurrar a la oreja de la yegua y ésta se estremeció con violencia mientras empujaba y empujaba.

Gabe deslizó la mirada hacia ella y Calli le sonrió a pesar de las lágrimas que le empañaban los ojos. La cabeza pasó entre las patas de la madre y entonces, como un barco deslizándose en la corriente, el potrillo se deslizó por completo fuera. Calli lanzó un gemido.

Gabe suspiró con alivio, limpió las fosas nasales del potro, lo colocó al lado de la madre y terminó con la placenta. Pero Calli sólo podía mirar a la madre y al hijo con los ojos llenos de lágrimas.

—Buena chica —susurró acariciándole la cabeza—. Mira a tu bebé.

Y como si el gran animal la entendiera, ladeó la cabeza.

Calli lanzó una carcajada alzando la mirada hacia Gabe.

—¡Lo conseguiste! —gritó entusiasmada.

Su admiración le produjo una extraña sensación en las entrañas. Y por primera vez en mucho tiempo, simplemente la aceptó.

—Creo que ella —señaló a la madre—, no estaría de acuerdo.

Se apartó entonces para acercarse a un cubo lleno de agua quitándose la camisa arruinada antes de enjuagarse la suciedad de

los brazos y el pecho. Cuando se secó, se acercó hasta la cabeza de la yegua, tendida en las rodillas de Calli.

—Habrían muerto sin tí —bajó la vista hacia la madre y el hijo —. ¡Nunca había visto una cosa igual!

Alzó entonces la mirada hacia él y se secó las lágrimas de las mejillas.

—Gracias, Cal —susurró él con suavidad arrodillándose enfrente de ella.

Se apartó el pelo húmedo de la frente y clavó la vista en sus preciosos ojos azules. Ella parecía muy tensa, a punto de explotar.

Entonces Gabe sonrió.

Sus ojos se arrugaron, le salieron los hoyuelos y mostró los dientes blanquísimos. Una sonrisa plena y cargada de vida que la dejó sin aliento.

—¡No, gracias a ti! —gritó ella arrojándose a sus brazos para enroscar los de ella alrededor de su cuello.

Los dos rodaron por el suelo fuera del pesebre con Calli tendida sobre él.

—¡Oh, Gabe! Ésta ha sido la experiencia más increíble de toda mi vida.

Sus palabras lo acariciaron el cuello y él se rió con toda el alma.

—Me alegro de que lo hayas disfrutado —se quedó mirando al techo sintiendo su cuerpo contra el de él antes de rodearla lentamente con sus brazos—. Estás rompiendo tus propias normas.

—Ya lo sé —dijo ella contra el hueco de su cuello.

Entonces Gabe comprendió que estaba sollozando. La apartó para mirarla a los ojos.

—¿Cal? No llores. Por favor, no llores.

—No puedo evitarlo.

El labio inferior le tembló.

—¡Oh, Dios! —rugió él antes de apretarle la cabeza contra el hombro.

Ella le rodeó de nuevo el cuello con los brazos.

—¡Me siento tan tonta!

—Está bien —murmuró él deslizando los labios por su sien.

Poco a poco ella se fue calmando y su cuerpo tenso se desplomó contra el de él. Gabe estaba de todo menos relajado. Rodó de medio lado apretándola contra su pecho y cerró los ojos. Se sentía de

maravilla sólo con tenerla abrazada. Se quedaron así varios minutos antes de que Calli levantara la cabeza para mirarle a los ojos.

—Rompe otra norma conmigo —dijo agarrándola por la nuca para bajarle la cabeza hacia su boca.

Ante el primer roce, Gabe la devoró como había devorado su última comida, sus labios y su lengua calientes sobre la boca de ella. Calli gimió en lo más profundo de la garganta arqueándose contra su largo cuerpo mientras la pasión se encendía y ardía. Se dejó llevar, que él tomara el control, saboreándole, sintiendo el peso de sus manos por su espalda, sus caderas y sus nalgas. Calli gimió contra sus labios, pero él no dejó de besarla y la cubrió con su cuerpo, su boca moviéndose con salvajismo sobre la de ella.

Sentía libertad al tocarla. La cautela se desvaneció y la pasión lo inflamó y Gabe robó todo lo que pudo en la tenue luz del establo. Nunca había deseado algo tanto como deseaba en ese momento a Calli. Y ella se lo dio todo deseosa, apremiándole contra ella, sus manos acariciando su cálido torso desnudo. Sintió cada músculo y él gimió contra su boca, chupándole con lascivia el contorno de los labios antes de introducir la lengua entre ellos.

«Más», pensó. «Necesito más».

Calli pudo sentir su mano deslizarse a lo largo de su muslo, sus dedos enroscarse en su rodilla y subir. El movimiento la encajó íntimamente contra el calor de él y los contornos de su duro cuerpo se moldearon como una segunda piel contra ella; la suavidad de su refugio acogió la inflamación de su excitación. Gabe se agitó contra ella y Calli se quedó sin aliento en respuesta. Entonces él le apretó uno de los senos, frotándole el círculo del pezón cada vez con más fuerza contra la tela. Su boca se suavizó contra la de ella y entonces deslizó la mano bajo la camiseta y sus dedos tocaron la piel desnuda. Calli gimió contra su boca ansiosa por tenerlo desnudo contra ella y cuando Gabe le levantó la camiseta exponiéndola, contuvo el aliento con anticipación de sentir su boca contra su piel.

Pero no ocurrió así y ella abrió los ojos. Gabe estaba jadeando tan fuerte como ella pero tenía el ceño fruncido. No hacia ella, sino hacia el caballo.

El potro estaba temblando febril. Gabe lo apartó de la madre y le examinó el corazón con el estetoscopio. Entonces se levantó, agarró el cubo y desapareció. Cuando volvió con él lleno de agua, ella

deslizó la mirada por su cuerpo hasta su cara. Cuando sus miradas se encontraron, él frunció los labios con un poco de cinismo y a Calli le dio un vuelco el estómago. Aquella frialdad le recordó la facilidad con que Gabriel podía transformarse en Ángel.

Después de mojar y secar al potro, se sentó contra la pared y apoyó la cabeza de la cría en su regazo acariciándosela.

Calli se sentó al estilo indio e hizo una seña hacia el potro.

—¿Se va a poner bien?

—Sí, sólo que lo ha pasado mal para llegar a este mundo.

—¿No deberíamos llamar a un veterinario o al propietario?

—Yo soy el propietario.

Ella pestañeó notando el orgullo en su voz.

—Es un trato que hice con el dueño de la yegua —se detuvo—. Y no puedo permitirme un veterinario.

—¿Cómo lo vas a llamar?

—Estoy seguro de que se te ocurrirá a ti algo —dijo él con cansancio.

Calli comprendió que había tenido un largo día. Al menos ella había dormido algo.

—Tiene que ser uno bonito, Gabriel.

Gabe cerró los ojos disfrutando del sonido de su nombre en los labios de ella.

Calli sacó el último *sandwich* y se lo ofreció, pero él sacudió la cabeza y ella se encogió de hombros dando un mordisco. Lo terminó en unos minutos y Gabe simplemente la contempló.

—Puedes volver a la casa.

Pero a la vez que lo decía estaba deseando disfrutar un rato más de su compañía. Aquella batalla dentro de él iba a matarlo.

—No, gracias —replicó ella con desafío mientras se ponía la cazadora—. ¿Dónde has aprendido tanto de caballos?

Gabe vaciló.

—¿Y bien?

—Me pillaron robando la casa de un tipo.

Los ojos de ella se abrieron como platos.

—¿Eras ladrón?

—Asaltaba casas por la noche.

—Pues parece que no eras muy bueno.

Su mirada era aguda e intensa, pero Calli sonrió con benignidad

esperando.

—Sigue —lo animó.

Él suspiró irritado y las palabras salieron a borbotones de sus labios.

—No me denunció ni llamó a la policía.

—Pues parece una estupidez.

Él frunció el ceño.

—Cometiste un crimen y te pillaron. Por justicia deberías haber ido a la cárcel.

—Bueno, pues no fui. Pero eso no significa que no haya estado.
Ella se volvió hacia él y le apretó el brazo que tenía contra la pared.

—No estoy impresionada, Gabriel. Ni temblando de miedo porque hayas tenido que cumplir una condena. Lo único que quiero saber es lo que le pasó a tu víctima.

Gabe pensó decirle que se metiera la curiosidad en el bolsillo, pero su tono paciente le dijo que no le iba a hacer caso hasta que no obtuviera las respuestas.

—Hizo una llamada, me dio un nombre y una dirección y me dijo que si no quería acabar en prisión, que apareciera a la hora convenida a aquella cita.

—¿Y era en un rancho?

Gabe asintió pensando en el trabajo agotador que había hecho por casi nada de dinero. Sin embargo, la satisfacción de hacer algo legal por primera vez en años, fue lo que le mantuvo allí.

—¿Y por qué ese ciudadano compasivo te dio una oportunidad?

—¡Diablos, no lo sé!

Pero sí lo sabía. Daniel había ido a verlo al rancho unos meses después y le había revelado que él también se había encontrado en la misma situación años atrás. Sin un penique, sin casa y sin una educación como para conseguir un trabajo decente.

—¿Cuántos años tenías?

—¿Cuando empecé a robar o cuando dejé de hacerlo?

—Cuando lo dejaste.

—Unos veinte, creo.

—Ahora sí que estoy impresionada.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Por haber aceptado el reto de ese hombre. Podrías haber

seguido, Gabriel, pero decidiste no escaparte —bajó la mirada hacia el potro y acarició su hocico—. Y ahora mira dónde estás. Lo que tienes por tu duro trabajo.

—¡Lo que tengo es un rancho ruinoso, muy poco dinero, deudas hasta los ojos y un potro que puedo llamar mío!

Ella alzó la mirada sin afectarle su rápida descarga de mal humor.

—Ruinoso, con deudas y todo, sigue siendo tuyo, Gabriel. Da las gracias. Es más de lo que tengo yo.

Él frunció el ceño, consciente de que el coche de ella valía más que todo su rancho.

—Yo tengo ropa, enseres y un coche que será del banco hasta que tenga cuarenta años. Mi apartamento es alquilado. Sí, tengo unos pequeños ahorros, pero nunca los arriesgaría en un restaurante o una pastelería. No soy como tú. Nunca he tenido valor.

—¡Pero yo he sido un ladrón!

¿Es que no le había escuchado?

—Fuiste —le recordó ella con un bostezo—. Vaya historia. Y yo le robé el hábito a la hermana Mary Margaret. ¿Hay algo peor que dejar a una monja desnuda?

Cerró los ojos y al instante se quedó dormida contra su hombro.

Gabe bajó la mirada hacia ella, la cara serena, los labios entreabiertos. Le apartó el pelo negro de la frente y se agachó para rozarle los labios. Su boca respondió con naturalidad por un instante y entonces suspiró en sueños. Gabe le pasó el brazo por los hombros y la acomodó en el hueco de su hombro. Apoyó entonces la cabeza contra la pared de madera y encontró un poco de paz por primera vez en años.

Capítulo 7

Cuando Calli se despertó, se encontró sola; ni la madre ni el potro estaban en el pesebre. Ni siquiera Gabriel. Estirándose, apartó la manta de caballos y se sentó frotándose la cara con las manos. Se abrigó con la cazadora de piel contra el frío. ¿Quién había dicho que en el desierto siempre hacía calor? Se preguntó mientras salía del establo. Se detuvo en seco ante la vista de la yegua y el potro en el corral, el bebé caminando con patas torpes. Entonces desvió la mirada hacia el hombre con un pie apoyado en el barrote inferior de la valla y los brazos cruzados en el superior. Se había duchado y cambiado ya y ella miró su reloj y se preguntó si habría dormido siquiera. Eran poco más de las seis.

—Buenos días —murmuró.

Gabe ladeó a cabeza para mirarla.

Aunque llevaba gafas de sol, Calli sintió su mirada deslizarse de la cabeza a los pies.

—Buenas —fue su seca respuesta.

Calli le ignoró. Debía estar demasiado cansado.

—No me puedo creer que ya estén andando.

Trepó al barrote superior y se sentó al lado de él.

—La yegua estaba de pie media hora después del parto y el potro una hora más tarde —se sintió obligado a explicar Gabe mientras agitaba unas riendas en la mano.

¡Dios! ¿Cómo podía oler tan bien después de dormir toda la noche en un establo?

—Sorprendente —susurró ella mirando los torpes pasos del

potrillo—. Yo hubiera dormido todo el día después de traer un animal tan grande al mundo.

Los labios de Gabe se curvaron en una sonrisa que desapareció al instante.

Parecía cansado, pensó ella.

—¿Has dormido algo?

—Suficiente.

Sí, sí había dormido bien. Después de acomodarla contra su cuerpo la había abrazado con calidez hasta el amanecer. Había sido la noche más calmada de toda su vida. Y la salida del sol le había recordado que no duraría. Maldición, aunque quisiera pensar en el futuro, no podía.

No tenía nada que ofrecerle salvo un nombre en una hipoteca. Al menos ahora ella lo sabía. Pero el que le hubiera aceptado con tanta facilidad le hacía sentirse vulnerable. Desearla, tocarla, necesitarla… era una debilidad que no podía permitirse ni se merecía. Ni siquiera con el deseo salvaje que constantemente ardía entre ellos. Gabe sabía cuál era la realidad. Él era fascinación y un poco del sabor del peligro para una mujer que siempre había estado protegida.

¿Y cuándo descubriera que ella era un encargo para él? ¿Qué él la había estado siguiendo antes de que se conocieran y que la había engañado para llevarla allí y poder mantener el rancho a flote a la vez que su encargo? ¿Y cuando tuviera que registrar sus cosas para buscar la memoria? ¿Entonces qué?

Eso la destruiría.

Frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Calli había sentido el cambio en él desde que se había despertado, como una nube pesada que los envolvía, pero ahora era peor.

—Nada. Habrá dos personas más para desayunar —dijo como si informara a una empleada de los cambios.

—Bueno, pues sí pasa algo. Cuéntamelo, Gabriel.

Estirándose, le dirigió una dura mirada.

—Retírate, Calli.

Ella pestañeó y el dolor la sacudió.

—¿Qué diablos se supone que quiere decir eso?

—Quiere decir que te metas en tus propios asuntos, chica de ciudad. Yo no soy tu caso de caridad. Y tengo trabajo que hacer, lo mismo que tú.

Se escurrió por debajo del barrote y se acercó a la yegua, poniéndole las riendas.

A Calli le tembló el labio y se lo mordió. Chica de ciudad. Le estaba recordando que no era parte de su mundo, por mucho que ella hiciera.

—¿Qué ha pasado entre anoche y esta mañana? —gritó sin obtener respuesta—. ¿Es que no puedes hablar conmigo? ¿Por qué es tan difícil? —Cuando él chasqueó la lengua y la yegua se fue tras él, Calli saltó de la valla. Dio dos pasos hacia la casa y entonces miró a sus espaldas—. Tienes miedo, Gabriel Griffin. Y ese muro que has levantado a tu alrededor para mantenerme fuera, te está manteniendo a ti preso.

Su mirada de cinismo le dijo que a él le parecía bien.

—Bien, espero que el aislamiento sea una agradable compañía.

Calli se fue y Gabe la observó entrar en la casa como una tromba. Cerrando de un portazo, se fue a su habitación, se quitó la ropa y después de ponerse el albornoz y agarrar su bolsa de cosméticos se dirigió al baño. Cuando abrió la ducha, el agua cayó en cascada sobre ella mezclándose con las lágrimas. Aquel hombre no sabía lo que tenía. Más que ella y mucho más que mucha gente. Tenía un sitio al que pertenecía y donde echar raíces si lo deseaba.

Ella no pertenecía a ningún sitio. De nuevo. Y Gabriel acababa de dejar claro que no pertenecía a ningún sitio cerca de él.

* * *

Unos minutos más tarde, Gabe estaba en el establo cambiando la paja por otra limpia cuando Bull apareció en la entrada.

—Parece que te las has arreglado muy bien —dijo Bull con un gesto hacia el corral.

—Nació de patas. Fue duro por unos momentos.

Bull asintió comprendiendo.

—Parece que la señorita Calli te ha cuidado bien.

Agitó la cabeza hacia la cesta con el termo todavía al lado de la

puerta.

Gabe no respondió. La curiosidad de Bull era como un terrier con un hueso.

—No habrás hecho nada que no deberías, ¿verdad, hijo?

Gabe entrecerró los ojos.

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

Bull dio un paso atrás alzando las dos manos.

—Nada… nada, sólo que ella está amasando el pan como una loca y no deja de golpear las cazuelas y las sartenes. Parece furiosa.

Gabe siguió cargando el heno.

—Ya se le pasará.

—Sí, seguro —murmuró Bull dándole la espalda.

Gabe soltó la horca y salió para mirar. Calli era como un tornado sin dirección moviéndose de la parrilla a la encimera y de ésta a la mesa. Gabe iba a empezar a caminar en su dirección pero cambió de idea. Él lo había estropeado y ahora tenía que cargar con las consecuencias. Tenía que ser así. ¿De verdad?, le dijo una vocecita en el fondo de su cansado cerebro.

Una furgoneta blanca aparcó en el camino y dos conocidos adolescentes bajaron de ella. Gabe se vio obligado a dar la espalda a Calli para dar instrucciones a los chicos.

* * *

Calli no miró a Gabe cuando llegaron los dos adolescentes. Ni siquiera cuando se los presentó como ayudantes temporales.

Geyser y Deek. Desde luego eran nombres interesantes, pensó mientras ponía la mesa en el porche descargando su mal humor con los platos. No paraba de decirse que ella era una profesional y debería estar por encima de sus emociones, pero estaba demasiado dolida como para conseguirlo.

Gabe dio un respingo cuando escuchó el sonido metálico de una cuchara contra una cazuela llamándolos a la mesa. Los chicos posaron sus horcas, pero Gabe les mandó ponerse las camisas y lavarse un poco antes. Pero cuando Bull y los chicos se acercaron a la mesa, Gabe no pudo apartar la mirada de la mujer de pie en el extremo más alejado del porche, cortando verduras con un enorme

cuchillo.

Gabe se detuvo antes de entrar bajo la sombra y la miró antes de desviar la atención a la mesa. Entonces abrió mucho los ojos. Había tartas de fresas, tortilla española, picadillo de carne, bacon canadiense, salchichas, galletas con mermelada de mora, café y zumos de naranja y piña. Como si alguien pudiera comer tanto.

—¡Dios bendito, Calli!

—Sí —murmuró ella con dulzura—. ¿Algún problema?

—¿Quién esperas que coma todo esto?

—Los chicos en edad de crecer comen mucho.

Geyser y Deek la miraron furiosos desde sus platos. Vaya, no debía gustarles que los consideraran adolescentes.

Calli miró con inseguridad a Bull, que le sonrió con ánimo. Los chicos comieron como si no lo hubieran hecho en una semana. Gabe sólo la miró con el ceño fruncido.

Calli se movió desde el extremo más alejado de la cocina a la gran mesa de trabajo. Midió y volcó la harina en un cuenco grande plateado, disolvió yemas en otro, echó la mantequilla derretida y empezó a amasar la pasta.

—¿Qué está haciendo, señorita Calli?

Ella se encogió de hombros.

—Todavía no estoy segura, puede que un pan de moras o una barra de jalapeño.

Se limpió las manos y se acercó al horno amontonando los leños.

—¿Cómo puede hacer eso? ¿Quiero decir, empezar a mezclar las cosas si no sabe lo que va a hacer al final?

Calli metió otro leño y deslizó la mirada hacia Gabe y después hacia Bull.

—La mayoría de los panes se hacen con la misma receta básica. Lo único que necesitan es algún ingrediente extra para ser diferentes. A veces nunca sé lo que saldrá al final. Ése es el riesgo. Y me gusta.

Gabe entrecerró los ojos y la miró.

Pero Calli no podía aguantar su mirada ni el abandono que sentía. Le recordaba demasiado a cuando era pequeña… abandonada. Se dio la vuelta hacia la masa retorciéndola con venganza antes de arrojar la bola a un cuenco engrasado. Lo tapó con un paño limpio mojado y empezó a recoger con tal estruendo

de vajilla que casi se le rompió un plato y se cortó con un cuchillo que se había olvidado en el fregadero. Se puso rígida y se apretó el dedo con una toalla. Aquello no estaba funcionando, pensó agachando la cabeza para evitar que le vieran las lágrimas.

* * *

Gabe dejó de intentar conciliar el sueño al amanecer y primero echó la culpa a Calli y después a sí mismo. Se puso los vaqueros y se pasó una mano por el pelo antes de ir al cuarto de baño. Esperaba no pasar un día tan infernal como el anterior, pensó al ir a preparar el café. Al pasar por delante de su habitación escuchó un sonido, como un gemido y se le cayó el alma a los pies.

—¿Calli?

—¿Qué? —bramó ella.

—¿Estás bien?

—¡Sí!

Escuchó otro gemido.

—¿Qué diablos está pasando ahí dentro?

—No es que sea asunto tuyo, pero tengo a dos devastadores hombres discutiendo acerca de quién me va a hacer el amor.

Gabe sonrió.

—Sí, bien.

—Les he dicho que pueden hacerlo los dos —hubo un silencio—. ¡Mierda!

Gabe abrió la puerta y tuvo que tragar saliva. Ella estaba en la cama, una pierna cruzada al estilo indio y la otra estirada hasta la cabeza. Cuando Calli notó que estaba allí, dobló las dos piernas y se las tapó con la bata.

—¿Tienes algún problema?

—Nada que no pueda solucionar —dijo sonrojada. Gabe miró el estuche de manicura y el contenido que tenía desparramado por la cama—. Una astilla —explicó ella al verle el ceño fruncido.

—¿Quieres que te ayude?

—¡No! —explotó antes de suavizar el tono—. No, gracias. Me las arreglaré yo sola.

—¿Ya te la has sacado?

Ella sacudió la cabeza.

—Entonces no te las estás arreglando tú sola.

—Bueno, pues desde luego no necesito tu ayuda.

—Mira, Calli. Sé que estás enfadada…

—¡Ja! Tú no sabes nada.

El dio un paso adelante y Calli se tapó las piernas antes de parpadear.

Gabe permaneció al lado de la cama mirándola. Estaba claro que llevaba un rato levantada. Tenía el pelo peinado y olía a flores silvestres. Se sentó en la cama y ella retrocedió al instante.

—¿Dónde tienes la astilla?

—De verdad que estoy bien. Vete, por favor.

—Te morirías antes de pedirme ayuda, ¿verdad?

—No la quiero, Gabe.

—Pero la necesitas.

Ella no dijo nada y apretó mucho los labios.

Gabe suspiró y le quitó las pinzas de la mano apretada. Ella lo miró muda.

—¿Demasiado orgullo?

A Gabe le encantaba la forma en que los ojos le chispeaban de enfado.

—Mira quién va a hablar —masculló entre dientes. Pero necesitaba su ayuda por mucho que le humillara—. De acuerdo, sácamela. Pero no digas que no te lo advertí.

Gabe frunció el ceño. Calli se recostó contra el cabecero y la pila de almohadas y estiró con lujuria la pierna por encima del muslo de él. Gabe arrugó más el ceño cuando ella se subió despacio la bata encantada de cómo tragaba saliva él y de la forma en que deslizaba la mirada de sus ojos a su pierna desnuda.

Gabe sintió que se le tensaba el cuerpo con cada centímetro de piel que desvelaba la tela.

—Está ahí —dijo ella señalando la parte interior del muslo—. Me la debí clavar al sentarme en la valla.

—No la veo bien.

Sin pensarlo, le tiró de las piernas para sacárselas de la cama y se deslizó al suelo apoyando el brazo y el torso contra el colchón antes de posar su pierna desnuda sobre su muslo. Le pilló la carne entre los dos dedos y acercó las pinzas. Calli lanzó un gemido y se

puso tensa y él alzó la vista. Estaba apoyada en los codos con cara inexpresiva. Entonces deslizó la mirada hacia la parte donde su bata se abría mostrando las braguitas de encaje. Apretó los dientes y volvió a intentarlo con las pinzas. A los pocos segundos levantó la astilla para que ella pudiera verla y alcanzó el frasco de antiséptico y las bolas de algodón.

—Eso puedo hacerlo yo.

Calli intentó quitárselo de la mano.

Pero él se la apartó y limpió la herida.

—¿Mejor?

Ella asintió temblorosa.

—Gracias.

Si Gabe había sido consciente de la postura de ella antes, ahora se intensificó. Dirigió una mirada por su pierna desnuda mientras deslizaba la mano ansiosa por su piel.

—¿Qué estás haciendo?

El se encogió de hombros.

—Buscando más astillas.

Su media sonrisa le hizo desear más.

—No hay ninguna más.

Pero no pudo resistir la tentación de su piel y apretó los labios contra la parte interior de su muslo. Calli se puso rígida y el cuerpo la traicionó. Un instante después, él deslizó la lengua sobre la misma zona subiendo cada vez más cerca del corazón de su femineidad. Se le escapó un suave gemido y por un instante cerró los ojos absorta. Entonces retrocedió con brusquedad enroscando las piernas y cubriéndose.

—No —sacudió la cabeza como para convencerse a sí misma—. No pienso caer en esto otra vez, Gabe. No soy tu juguete y…

—¿Y qué?

Calli saltó de la cama atándose con fuerza la bata.

—¡Que aquí no va a pasar nada!

—¿Y qué creías que iba a pasar?

—¿Qué te parece que me toques, me beses y después… —Se le quebró la voz—, y después me hagas daño?

Le dio la espalda apoyando las manos en la cómoda.

—Calli, yo…

—¿Qué, Gabriel? ¿Qué vas a decirme esta vez? ¿Que lo sientes?

No, no lo creo. ¿Que no querías que pasara? Oh, yo sé que sí. Has dejado penosamente claro que la puerta está cerrada y nadie tiene la llave —el dio un paso hacia ella y Calli se enderezó mirando su reflejo en el espejo. Se le llenaron los ojos de lágrimas con rapidez —. Dos mío, haces tan difícil ser amigo tuyo.

—Tú lo haces demasiado fácil.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Él bajó la vista hacia el suelo.

—Que no he tenido muchos.

No confiaba en la amistad, comprendió ella. Después de haber notado cómo la gente le había tratado en el supermercado, debía esperar que ella actuara de la misma manera. Intentó tener paciencia.

—Cuando vine aquí te dije que no esperaba nada de ti. Bueno, pues ahora sí.

Él la miró a través del espejo. Era devastador mirarlo, pensó ella, aquellos tensos músculos bronceados, los peligrosos dibujos de los brazos, el aro de oro en la oreja. Le quitaba el aliento cada vez que clavaba aquellos pálidos ojos verdes en ella.

—Te estoy pidiendo que olvides todos los detalles escabrosos de tu pasado si no quieres contármelos. En este mismo momento no importan nada.

—Pero importarán.

—¡Deja de buscar problemas! ¡Y antes de que juegues a hacerte el fuerte conmigo… —Estiró la mano para que la dejara seguir—, no quiero saber cuantas mujeres has tenido en esta habitación!

—Ninguna.

—Pues entonces en esa cama.

—Nunca.

Avanzó despacio y ella sintió cosquilleos por el cuerpo.

Estaba pegado a ella su frente contra su espalda y Calli no se pudo mover cuando su aliento le abanicó la oreja y habló con palabras tan roncas como urgentes.

—Necesito abrazarte, Calli.

Sonaba como una súplica desesperada. Entonces, sin esperar por su respuesta, sus brazos se deslizaron despacio alrededor de ella, uno por encima de los senos y el otro alrededor de la cintura, su gran mano extendida sobre su cadera. La imagen del espejo era

asombrosa, sus brazos, oscuros y tatuados contra la palidez de la bata de seda y de su piel. Gabe la mantuvo abrazada como si esperara que ella le fuera a echar en cualquier momento.

«Éste es Gabriel», pensó ella. Era consciente de él, de la sombra de su barba contra su pelo, de su torso desnudo nervudo y sin vello, de sus pantalones apretados con el botón superior desabrochado, de sus muslos a los largo de los de ella. Y del ardor entre ellos. Entonces su morena cabeza descendió y sus labios se apretaron contra su cuello. Ella suspiró con suavidad sin poder apartar la vista de la imagen del espejo. Le cubrió el antebrazo con la mano antes de estirarla hacia su pelo. Gabe gruñó y apretó más los labios contra su cuello.

Pero con infinita delicadeza.

Calli susurró su nombre y él ladeó la cabeza para mirarla. Eso eran ellos dos, pensó. Luz y oscuridad. El ofrecía peligro e inseguridad, ella perdón y esperanza. Había conocido aquello tan raramente en su vida, que lo deseaba con desesperación, necesitaba la seducción de Calli. A su manera, ella mantenía el frío alejado en la distancia. Ella era de repente la única chispa que le quedaba. Una vocecita le susurraba que podía no volver a tener la oportunidad de tener a una mujer como aquélla en toda su vida. Como el regalo de algún dios compasivo. Que se olvidara de que podía estropearlo todo por serle desconocido. La deseaba a cualquier precio. Porque con Calli se sentía limpio y merecedor de todo.

—Gabriel —irrumpió ella en sus pensamientos—. Tengo que irme.

El frunció el ceño.

—Es domingo. La iglesia, ¿recuerdas?

—Entonces quizá —dijo ladeando la cabeza—, tengas algo que confesar.

Su lengua dibujó el contorno de sus labios con un lento movimiento mientras su mano bajaba por su vientre y cubría su suavidad.

—¡Oh, Gabriel! —Se estremeció sin poder remediarlo y él la besó una y otra vez—. No.

Pero la protesta sonó débil incluso ante sus propios oídos.

—¿Es eso lo que quieres? Dímelo —susurró él abriéndole la bata. El fresco aire de la mañana acarició su piel y él esperó

aspirando su olor, dándole la oportunidad de rechazarlo—. Eres tan preciosa —murmuró mirando su propia mano deslizarse hacia sus senos cubiertos de encaje.

Calli gimió deliciosamente y cerró los ojos.

—No —ordenó él—. Míranos.

Y ella lo hizo. Sus anchas manos acariciaban su estómago deslizándose sensualmente sobre sus caderas hasta sus muslos. Los dedos se enterraron entre ellos y Calli se apretó contra él. Entonces su caricia ascendió de nuevo buscando la piel desnuda mientras sus dedos se juntaban y se deslizaban bajo el borde de sus braguitas. Calli se quedó sin aliento cuando él tocó la enterrada suavidad y pensó que se rompería en dos allí mismo.

—Me deseas tanto como yo a ti —susurró él. Gabe rodeó el centro de su feminidad y las piernas de Calli amenazaron con doblarse. Sólo la imagen de ellos dos en el espejo, sus morenas manos enterradas íntimamente en su cuerpo, era más erótica de lo que ella había conocido en toda su vida. Se sentía sensual y deseada. Y decadente. Entonces él enterró un dedo en ella y Calli se mordió el labio inferior respondiendo al movimiento de su sacudida.

Gabe la acarició sintiendo su cuerpo tensarse y flexionarse bajo sus dedos. Ladeó la cabeza para tomarle la boca con un beso lento y embriagador. Insinuó un muslo entre las piernas de ella y sintió el exquisito ardor del centro de su femineidad.

Gabe bebió sus gemidos de placer y absorbió sus sensaciones. El cuerpo de ella maduró contra él como la fruta prohibida. Su dureza se acentuó palpitando con cada sutil arqueo del cuerpo de ella mientras enterraba los dedos en ella y los retiraba con suavidad.

—Sí —masculló a su oído contemplando las ondulaciones eróticas de su cuerpo—. Dulce… es tan dulce.

Calli se aferró al brazo que la rodeaba la cintura y Gabriel supo que estaba a punto. Deseaba sentirlo, la ardiente oleada de su placer, saber que podía dárselo sin tomar nada a cambio. Incluso aunque se moría por entrar en su cuerpo y tomarla contra la cómoda como había amenazado. Pero no lo haría. Ella era de repente mucho más importante que su propio deseo.

Clavó la mirada en la de ella a través del espejo y vio cómo Calli la bajaba hacia donde estaba su mano y supo que eso la excitaba,

que lo excitaba a él. Sus entrañas palpitaron y profundizó la caricia de sus dedos. Ella volvió la cabeza en busca de sus labios y deslizó la lengua entre ellos. Se arqueó contra él y él respondió al empuje, sintiendo su explosión como si fuera la suya propia; el aliento de ella jadeante contra su mejilla. Calli gimió con suavidad y él se puso rígido, dejándola abandonarse a la oleada de deseo en sus brazos.

Pasaron varios momentos antes de que se desplomara contra él. Entonces, lentamente, él la envolvió en sus brazos. El aroma de ella le inundó como nada que había conocido. Su respiración se calmó y Gabe le apartó el pelo de la cara con suavidad.

Calli gimió y se volvió en sus brazos enterrando la cara en la curva de su hombro.

—Pero tú —dijo deslizando los dedos hacia la cinturilla de sus vaqueros.

Él le atrapó la muñeca y se la aprisionó contra el pecho.

—Estoy bien.

No lo estaba, podía asegurar Calli al sentir su corazón desbocado bajo la palma de su mano. Alzó la mirada hacia él. Estaba increíblemente excitada, deseando tener más de él, pero no iba a insistir. Dejarle que la hubiera tocado de aquella manera debía ser lo más imprudente que había hecho en toda su vida. Eso había cruzado aquella indefinible raya en la arena.

Gabe mantuvo la mirada clavada en la de ella y notó su aprensión y un poco de miedo.

—Prepárate para la iglesia, pequeña tigresa —dijo antes de rozarle los labios en un último beso—. Te llevaré a que hables con tu dios.

Entonces se fue y mientras desaparecía por la puerta, Calli supo que aquel último comentario provenía de Ángel. Ya se estaba arrepintiendo de haberla tocado.

Capítulo 8

Gabe no pensaba que hubiera visto sonrojarse a una mujer tanto como a Calli. Pero cada vez que se encontraba con su mirada en el viaje, su cara se inflamaba.

Cuando entró en la capilla, con más aspecto de una colegiala que de una chef mundialmente famosa, le sorprendió la idea de lo diferentes que eran.

Menos de una hora después, la gente salió y se arremolinó en la puerta para hablar con el clérigo y después para mirar a Gabe, apoyado contra la furgoneta. Gabe simplemente se mantenía con la cabeza alta y los brazos cruzados. Se sentía fuera de lugar, indeseado. Era una sensación familiar, que era por lo que se mantenía aislado en su rancho. Sin embargo, desde que estaba Calli allí, había pasado más tiempo en la ciudad que en los dos últimos años.

Ella se detuvo al verlo y la mirada de él se deslizó por el vestido azul eléctrico con sandalias a juego. ¡Qué dulce estaba! Sin embargo, era la banda azul que llevaba en la cabeza lo que le hacía parecer tan inocente y prohibida. Y eso le atraía como un imán.

—¿Has confesado tus pecados? —preguntó mientras se apartaba para abrirle la puerta.

—No, he confesado los tuyos. ¿Y ahora qué hacemos?

—Yo tengo que volver.

Ella se desilusionó.

—Vamos Gabe. Es domingo. Hasta Dios descansó.

—Dios no tenía deudas —miró a la furgoneta negra—. Me

gustaría poder…

—No te preocupes —señaló el denso tráfico—. Está demasiado congestionado de todas formas.

—¿No te gustan las multitudes?

Ella sacudió la cabeza.

—No especialmente. No me ponen nerviosa ni nada parecido, pero he vivido entre multitudes durante años. El orfanato era como tener trescientas compañeras de habitación veinticuatro horas al día.

Estaban avanzando por la carretera que salía de la ciudad y Gabe giró de repente a un aparcamiento. Calli se inclinó para lee el cartel. Era un restaurante, diminuto, del estilo de los cincuenta, rosa y blanco con muchos cromados.

Alzó la vista hacia él.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

Gabe se encogió de hombros.

—Creo que te debo al menos una comida que no tengas que cocinar tú.

Ella sonrió sintiendo un cosquilleo en el pecho y esperó a que él rodeara el coche para abrirle la puerta. Era un gesto galante y protector por su parte. Calli salió rozándolo al pasar.

Él la miró por un breve instante deslizando la mano hacia su mejilla antes de dar un paso atrás. ¿Qué le hacía seguir retirándose?, se preguntó Calli mientras cruzaban la puerta. En cuanto entraron, un par de docenas de ojos se clavaron en ellos. Una chica vestida con uniforme rosa se les acercó mirando con rudeza a Calli y a su «acompañante». Calli sonrió y se pegó más a Gabe.

—¿Preferirían la barra o…?

—Una mesa en el fondo —ordenó Gabe.

La chica parpadeó y sacó dos menús de una estantería para darse la vuelta al instante. Calli alzó la vista hacia él. Debería ser más cortés, pensó ante de sentir el peso de su palma en la espalda para guiarla a un reservado. Deslizándose entre los asientos, Gabe aceptó el menú sin dirigirle siquiera una mirada a la camarera. Calli se reclinó y lo leyó con atención. Después le observó a él por encima de la carta. Se estaba retirando, pudo sentir por la forma en que miraba distraído por la ventana y la dureza de sus facciones.

Le tocó por debajo de la mesa.

—Relájate. Esto ha sido idea tuya.

—Odio las multitudes.

—¿Y por qué?

—Porque la mayoría de la gente me mira con descaro, supongo.

—Si no te gusta que te miren, no deberías haberte hecho eso.

Hizo un gesto hacia sus brazos tatuados.

—Me lo hicieron. ¿Te molesta?

—No. —Calli deslizó una mirada ardiente sobre él—. Creo que son intrigantes —ella había tenido una fantasía desde el primer momento en que los había visto: deslizar los dedos por sus líneas y después besarlos, pero no iba a contarle aquello—. Cuéntame cuando te los hiciste.

—Quizá más arde.

Gabe inclinó la cabeza hacia la camarera que se acercaba y después se reclinó contra el respaldo para contemplarla. Calli pidió la cena y la camarera se volvió hacia Gabe esperando.

—Lo mismo —dijo él devolviendo la carta sin haberla echado un vistazo.

—Gabriel —susurró ella.

El solo la miraba con fijeza.

—Sí.

—Me estás mirando fijamente.

—¿Y?

—El problema es la forma en que lo estás haciendo.

Sus ojos se deslizaron por todo su cuerpo.

—Me estaba acordando de esta mañana.

Calli se sonrojó con violencia mientras desdoblaba la servilleta.

—Eres un desvergonzado.

Él enarcó una ceja oscura como diciendo que ya lo sabía.

—Y yo también lo soy —susurró ella.

Gabe estiró la mano por encima de la mesa y dijo en un ronco susurro:

—Nena, eres lo más lejano a la desvergüenza que he conocido en toda mi vida.

Calli parpadeó. No sabía exactamente cómo tomar sus palabras, si como cumplido o como desafío.

—¿De verdad crees que soy una chica tan buena? ¿Como las

monjas que me criaron?

—Lo eres.

Necesitaba tocarla. No sabía lo que era exactamente, quizá fuera el escote o la forma en que se chupaba los labios lentamente, como si supiera que nadie salvo él la vería. Sin embargo, el deseo de tentar su inocencia, de escuchar sus suaves jadeos de placer, le estaba devorando vivo. De repente se deslizó del asiento para sentarse al lado de ella. Estaba cerca, tan cerca que Calli podía ver hasta la largura de sus pestañas, la tirantez de su camiseta, sentir la presión de su muslo contra el de ella. Él inclinó el cuerpo hacia ella y estiró el bazo por el respaldo, protegiéndola de toda la gente del restaurante.

—¿No estaba bien tu asiento?

—La vista es mejor desde aquí.

Su mano derecha le cubrió el muslo justo por debajo del dobladillo del vestido.

—¿Qué estás haciendo?

—Tentándote.

—Eso es por lo de buena chica, ¿verdad? —La mano de Gabe se deslizó de repente bajo el dobladillo y ella le posó la suya encima—. ¿Gabriel?

Una sonrisa de picardía le curvó los labios.

—¿Has sido alguna vez atrevida, Cal? ¿Atrevida de verdad?

—Por supuesto.

—¿Cuándo?

—Al ir a tu rancho.

—No, quiero decir provocadora.

—¿A dónde quieres llegar?

Calli casi tenía miedo de descubrirlo.

Gabe se inclinó un poco más, su mano derecha subiendo, y excitándola con la suavidad de sus dedos sobre su piel.

—Me acuerdo de esta mañana —le susurró al oído mientras ella lanzaba un gemido de debilidad—. Cómo te sentía, por dentro. Fue increíble. Lo quiero sentir de nuevo —su dedo llegó al vértice entre sus muslos—. Ábrete para mí, tigresa.

Calli tragó saliva con nerviosismo y le miró a los ojos.

¡No! ¡No podía creer que la estuviera tocando así! ¡Y en público!

—Mira a tu alrededor, nadie nos está mirando. —Calli le

obedeció. Tenía razón—. Esto es tan privado —su mano se introdujo entre el fino satén de sus braguitas—. Ya la vez tan público…

—Gabriel.

Su mano la acariciaba íntimamente.

Calli gimió y se puso tensa.

—Puedo sentir que me deseas —susurró él—. En una sala llena de gente Estás demasiado excitada como para resistirte. ¿Sabes lo que me produce eso?

Calli cerró brevemente los ojos deslizando una mano hacia su muslo y apretando. La evidencia de su pasión tensaba la tela de los vaqueros bajo sus manos.

La camarera les llevó las bebidas y Calli alzó la vista hacia la chica, que sonrió antes de mirar a Gabe e irse.

—¿Ves? —profundizo y aceleró la caricia. Calli contuvo un gemido—. Sss. Ríete.

—No puedo —jadeó ella.

La sangre le palpitaba en los oídos y tenía la mente demasiado arremolinada como para poder siquiera pensar.

—Mírame —ella mantuvo su mirada mientras la acariciaba. Gabe tenía la respiración acelerada y las facciones tensas de deseo contenido—. Quiero saborearte ahí, apretarte contra mí y sentir tu boca sobre la mía —ella gimió—. Venga, tigresa.

Entonces sucedió, el cuerpo se le tensó palpitante y él empujó y empujó. Calli se enroscó contra él agarrando la cinturilla de sus vaqueros con las dos manos. Los labios de Gabe se entreabrieron para beber el estremecido gemido de los labios de Calli.

Ella inhaló jadeante y las caricias de él se aflojaron manteniéndola al límite de la plenitud durante unos instantes. Su mirada buscó la de ella, pálida, brillante y satisfecha. Entonces Calli se desplomó contra él en el asiento.

—Dulzura —dijo él con suavidad.

Calli le soltó la cinturilla y cerró los ojos. Tenía las mejillas inflamadas. Él se rió con gravedad y ella se sonrojó más.

—Provocador.

Calli tragó saliva, dio un sorbo de su bebida y alzó la mirada.

—Peligroso.

Él apretó los labios contra su sien y bajo el mantel, deslizó la

mano para acariciarle la cadera.

—¿Quieres hacerlo de nuevo?

—¿Hablas en serio?

—Te he acariciado… y ahora me gustaría saborearte.

Ella se atragantó y Gabe lanzó una ronca carcajada decidiendo que era tiempo de darle un respiro. Se deslizó del asiento y se sentó en el de enfrente.

—¿Duele?

Él agudizó la mirada y apretó los labios.

—¿Qué crees?

—Creo que estás pagando el precio de tu propio comportamiento.

—Lo superaré.

Estaba dolorido. Tenía que estarlo. Ella había sentido su excitación cuando le había acariciado por encima de los pantalones. Casi la había quemado. Calli intentó recuperar cierta dignidad aunque lo único en que podía pensar era en cómo habían pasado los últimos minutos. Un día cualquiera haría acopio de valor para devolverle su merecido.

Entonces volvió la camarera con su comida.

Cuando Calli dio el primer mordisco estuvo a punto de escupir.

—¡Qué salado! —El resto estaba igual de malo—. ¿Cómo pueden tener tanta gente con una comida tan mala?

—Creo que casi todo el mundo toma hamburguesas con patatas. Lo siento.

—No es culpa tuya. ¿Nos vamos?

Una vez fuera, Calli se detuvo, apoyó las manos en sus bíceps y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo. Entonces, a plena luz y delante de toda la ciudad, él la besó, la ardiente fuerza de sus labios quemaron los de ella. El contacto fue como una chispa en la gasolina. Un relámpago de fuego y calor. El deseo insatisfecho explotó y Gabe gimió con profundidad, apretándola con fuerza contra él, su boca explorando salvaje la de ella.

Calli sintió sus manos deslizarse por su espalda, primero por su ropa, por su cuerpo, como si quisiera metérsela bajo la piel. Su beso era posesivo y devorador y Calli tuvo el instinto de que estaba exigiendo su respuesta. Cuando se apartó, ella tenía los labios hinchados y él estaba jadeando con fuerza. Ella estaba tan

asombrada como él.

—¡Uau! —exclamaron al unísono.

Gabe la soltó lentamente con una curiosa sonrisa. Pero se desvaneció al instante. Miró a alguna parte por detrás de ella y Calli siguió la dirección de su mirada. Un hombre desarrapado salió del extremo de la fila.

—¿Tiene alguna moneda, señor?

Gabe buscó su monedero, pero estaba vacío. Lanzó una maldición, rebuscó en los bolsillos y sacó un dólar arrugado que le dio al hombre.

—Me gustaría haber tenido más, amigo —dijo con suavidad.

Calli reconoció la sinceridad en su voz. ¿Acabaría entendiendo alguna vez a aquel hombre?

Gabe la miró con el ceño levemente fruncido al ver su expresión. Parecía que acabara de descubrir algo extraño. Estaba a punto de preguntarle cuando ella se acercó a la furgoneta.

—Alguien va a tener que enseñarte el delicado arte de escoger un restaurante.

Gabe abandonó el aparcamiento mirando por el retrovisor.

—Alguien debería enseñar a su chef en qué consiste la verdadera cocina.

—¿Lo has hecho a propósito para obligarme a cocinar esta tarde?

—¡No! Sólo había estado ahí una o dos veces.

—Estaba bromeando, Gabe. Y espero que todo lo que hicieras cuando estuviste fuera comer.

—Comida, sí.

—Gabriel —le regañó ella. Aquella carcajada grave resonó de nuevo. A Calli le encantaba escucharle, su sonrisa. Echó un vistazo a sus espaldas—. Pero de verdad sigo sin entender cómo consiguen mantener el negocio con una comida tan mala.

—¿Porque es un sito estupendo para practicar el sexo bajo la mesa?

—¡Gabriel!

Él sonrió y Calli se arrellanó en el asiento. Se rió con suavidad para sí misma sacudiendo la cabeza. Todavía no podía creer haber permitido tal cosa. Pero era una maravilla, pensó, sentirse picara y *sexy*. Se sacó las sandalias y agitó las uñas pintadas de los pies.

Gabe casi se salió dos veces de la carretera sólo de mirar sus piernas desnudas. Mientras conducía, le pasó una gran bolsa de papel marrón. Calli frunció el ceño.

—Es para ti —fue todo lo que dijo.

Gabe nunca le había dado nada a nadie. Sólo esperaba que le gustara.

Ella abrió la bolsa y miró en su interior.

—Bueno, parece que has estado ocupado esta mañana. ¿Cómo lo conseguiste?

Calli abrazó la bolsa de melocotones y cocos. Que lo hubiera recordado, decía más que mil palabras. Se inclinó y le asió por el brazo para que se acercara. Entonces le besó en la mejilla.

—Gracias, Gabriel.

Calli cerró los ojos y suspiró. La alegría de su cara era la misma que sentía en el corazón.

—¡Bastardo!

—¿Qué? —Calli abrió los ojos asustada al entrar por el camino. Inspiró con fuerza—. ¡La puerta está abierta!

—Ya lo sé —dijo él con pesadumbre.

Gabe aceleró por el camino y maldijo de nuevo.

El potro había desaparecido.

Capítulo 9

Gabe apretó los frenos y saltó de la furgoneta antes de que Calli supiera lo que estaba pasando.

El corral estaba vacío y tanto la madre como el hijo habían desaparecido. Alguien debía haberlos soltado porque no había ni huellas de ruedas ni rotura en la valla o el cerrojo.

—¿Quién habrá hecho una cosa así?

—Podrían ser varios —murmuró él mientras entraba en el establo a toda velocidad examinando las otras monturas y encontrándolas intactas.

Maldición. Dave Rubeck iba a pensar que él había vendido a la yegua y al potro. Aunque la madre fuera de tiro, el padre era un pura sangre y Gabe había visto su única oportunidad de empezar a criar su propia casta. Lanzó un juramento y alcanzó una silla y una manta. Estaba a punto de poner las riendas a su montura cuando entró Calli.

—Lo siento.

Fue el sonido de su voz lo que le hizo levantar la vista.

Maldijo de nuevo tirando la rienda y avanzando hacia ella. Le ladeó la cabeza y una solitaria lágrima se derramó por su mejilla.

—¡Oh, diablos! Cal, no llores.

Prefería enfrentarse a perder su rancho antes que a ver sus lágrimas.

—Es culpa mía.

Apretó la bolsa de papel con la fruta en las manos.

—¿Por qué dices eso?

—Si yo no hubiera querido quedarme en la ciudad, no te habrías sentido culpable y no me hubieras llevado al restaurante. Podríamos haber estado de vuelta antes de que nada de esto hubiera ocurrido.

—Esto no tiene nada que ver contigo.

Ella se encogió de hombros, pero Gabe no creía que lo hubiera aceptado.

—¿Vas a ir buscarlos?

—No pueden haber ido demasiado lejos.

Ella asintió y se dio la vuelta y Gabe volvió a ponerle las riendas al caballo.

—Deberíamos llamar a la policía.

—¡No!

Ella se volvió frunciendo el ceño.

—¡Gabe, alguien ha hecho esto intencionadamente!

—Ya lo sé.

—¿Por qué? Y no me digas que son tus enemigos.

No, pensó él. Eran los de ella. Quienquiera que hubiera hecho aquello sabía que iría a buscar a la yegua y al potro y que no dejaría sola a Calli. Pero su maleta y su cuaderno sí quedarían abandonados.

—No llames a nadie.

Involucrar a la policía significaba decir por qué estaba de verdad Calli allí y descubrir sus mentiras. Y Gabe no quería que se fuera todavía. Ni siquiera podía aceptar la idea. Tenía un gran problema, pero no iba a dejar que nadie metiera las narices en sus asuntos y que le ahorcaran si iba a permitir que ella descubriera la verdad de aquella manera. Gabe se preguntó si tendría valor para decirle lo que había hecho. Incapaz de mirarla a los ojos, se dio la vuelta.

«Bien, guarda tus malditos secretos para ti mismo», pensó Calli mientras salía del establo.

—No entres todavía —ordenó él.

Como ella no se dio la vuelta, Gabe se volvió. Con una maldición, salió corriendo hacia la casa. La llamó una vez, dos veces y después con frenesí cuando ella no contestó.

Calli asomó la cabeza por la puerta de su habitación.

—¡Dios bendito, Gabe! Si estoy aquí.

El se apoyó contra el marco de la puerta sin mirarla por miedo a lo que haría si cruzaba aquella puerta.

—De acuerdo, Griffin. ¿Qué es lo que está pasando?

—Pensé que los ladrones todavía podían estar aquí.

La dura expresión de Calli se transformó en ternura.

—No eres tan duro, Gabriel —se acercó hasta él—. Y yo puedo cuidar de mí misma, lo sabes.

—¿Alguna señal de que hayan estado en tu habitación?

—No. ¿Por qué iban a entrar? No me queda nada que puedan robar, excepto la ropa interior de encaje —le tentó.

Gabe la asió por el brazo y ella cerró los ojos.

—Quítate esa sonrisa diabólica de la cara.

Gabe se rió para sí mismo y entonces sus facciones se endurecieron.

—Ese libro… eh, el cuaderno. Será mejor que lo guardes en el coche.

—Ya está allí.

Él asintió pensando que iba a ser más difícil registrarlo si necesitaba las llaves y pasar las alarmas del coche. Dios, él no era mejor que el bastardo que le había robado el potro, pensó.

Ladeó entonces la cabeza para mirarla.

—¿Has montando alguna vez a caballo?

—Sí —asintió ella con rapidez al salir al porche para sacar pan y fiambre del frigorífico. No iba a permitir que la dejara atrás, lo mismo que no iba a contarle que lo único que había montado era un *pony* en un carnaval de la iglesia. Debía ser la única texana que no sabía montar a caballo. ¿Por qué debía ser tan difícil?

—No tenemos tiempo para eso.

Gabe hizo un gesto hacia le *sandwich* que estaba cortando.

Ella no levantó la cabeza, sino que lo envolvió con rapidez y empezó a preparar otro.

—Vete a ensillarlos, vaquero. Si no estoy lista a la hora acordada, puedes salir sin mí.

Gabe no pensaba perderla de vista y se apresuró a entrar en el establo para ensillar el de ella.

Calli agarró una bolsa con fruta y metió los sándwiches. Se la colgó del hombro y estaba abrochándose la cazadora cuando Gabriel salió con los caballos del establo. Calli intentó ocultar la aprensión mientras ataba la bolsa a la silla y con todo el valor que pudo subió a la silla. Gabe hizo lo mismo y miró hacia atrás.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró ella entre dientes.

Gabe ocultó una sonrisa y se concentró en el terreno. El cañón era estrecho, pero sabía que los caballos se dirigirían al agua. Ya había explorado la zona con prismáticos y ahora tendrían que subir al borde del cañón.

Calli le siguió balanceándose y pasaron dos horas de infernal paseo hasta que comprendió que subir al compás del balanceo del caballo le aliviaría el dolor en el trasero. Estaba rezando porque encontraran ya a los caballos cuando Gabe la llamó a gritos.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —contestó ella ausente—. Rezando.

—No he estado bajo la vigilancia de las monjas desde que tenía diecisiete años. Y han pasado muchas cosas desde entonces.

—¿Como cuáles?

—¿Aparte de lo de esta mañana?

Él lanzó una carcajada.

—No querrías saberlas.

—No te las preguntaría, Cal.

—Cuando tenía dos años, mi madre me dejó en las escaleras del orfanato con una bolsa de ropa y una nota en la chaqueta diciéndome que no me moviera —apartó la mirada de él para posarla en las riendas—. Y no me moví durante toda la helada noche hasta que las monjas me encontraron por la mañana.

—¿No lloraste? ¿No llamaste a alguien?

—¿Para qué? A la única persona que quería era a mi madre y se había ido con el estéreo a todo volumen.

A Gabe se le encogió el corazón al imaginar a la pequeña abandonada. La mujer que tenía al lado parecía tan lejana de la imagen que estaba describiendo…

—Me enviaron a hogares de acogida varias veces y siempre me devolvieron —él enarcó una ceja—. No mucha gente quiere a una niña rebelde de dos años y mucho menos de diez… doce, o… bueno, ya te lo puedes imaginar.

—O sea que te quedaste allí.

—No tenía otro sitio donde ir excepto a las calles y yo no era lo bastante valiente como para eso —se sacó una gorra del bolsillo trasero—. Siempre me he preguntado qué tipo de persona puede invitar a una niña a su casa y después, al mínimo problema,

devolverla como si fuera un filete poco hecho.

Él notó el dolor en su voz aunque ella intentaba ocultarlo.

—Gente a los que no les importan los demás.

—Es una falta con la que tendrán que convivir ellos, no yo. Yo los he perdonado, de todas formas —dijo mientras se echaba el pelo hacia atrás y se ponía la gorra.

¡Dios, cómo le dolía el trasero!

Gabe la miró con dureza como si no pudiera creerla.

—¿Y bien? ¿Qué pasa contigo?

—Tengo hambre.

Ella apretó los labios y le pasó la bolsa. Gabriel sacó un *sandwich* y se puso a comerlo. Siempre evadiéndose. Ése era su mejor talento.

Bien, ella sabía cuando pillarlo.

Calli aceptó el otro *sandwich* y empezó a comerlo al compás del balanceo del caballo. Gabe deslizó la mirada por sus piernas. ¡Dios, como le gustaría acariciárselas! Maldición. ¿Es que no podía mirarla sin pensar en hacerle el amor?

«Hacer el amor». Las palabras reverberaron en su cerebro. Podía decir con toda sinceridad que nunca le había hecho aquello a una mujer. Sexo sí, ¿pero amor? El no era capaz de amar a nadie, así que el asunto no tenía sentido. Le dirigió otra mirada mientras se sacudía las migas de la camisa. Cada uno de sus gestos era generoso y él los absorbía como una esponja, quedándose muy rígido cuando ella se frotó la comisura del labio con el pulgar. ¡Dios, cómo iba a echarla de menos cuando se fuera!

Sintió una opresión en el pecho y azuzó al caballo para dirigirse a lo alto del cañón, echando un vistazo atrás para ver si ella lo seguía. Esperó a que le alcanzara y ocultó una sonrisa al oírla maldecir sin cesar.

Agudizó el oído entonces y se alzó en la silla con un crujido del cuero. Escudriñó el terreno y avanzó hacia el mismo borde del cañón. Un arroyo discurría por el fondo y el pulso se le aceleró al mirar hacia abajo. Lanzó un suspiro de alivio. La madre y la cría estaban allí abajo bebiendo.

Le hizo un gesto a Calli para que esperara y descendió con un lazo en la mano.

Al llegar cerca, lo agitó sobre su cabeza y lo lanzó al cuello de la yegua. El animal relinchó confundido pero Gabe corrió hacia ella

enseguida para inspeccionarle las patas con delicadeza. Calli hubiera deseado que se preocupara por ella tanto. Diablos, le gustaría que la tomara en sus brazos y le hiciera el amor de forma salvaje allí mismo sobre la hierba.

Cuando llegó a su lado, saltó de la silla y aterrizó en el suelo con un gemido y los ojos empañados en lágrimas.

Gabe la miró y esbozó una sonrisa.

—No habías montado nunca antes, ¿verdad?

—¿Cómo lo has adivinado? —No le había mirado y arrugó la frente cuando él se agachó para ayudarla—. ¡Estoy bien!

Le apartó la mano y se puso en pie. Sus piernas tenían la consistencia de la gelatina cuando se levantó.

—¿Por qué no has dicho nada? No hubiéramos avanzado tanto sin un descanso.

—No quería que pensaras que soy una quejica.

—Nunca he pensado eso.

—¿No? Sé muy bien lo que piensas, que soy como una novicia criada en un convento.

Calli no sabía lo que le pasaba para tener aquel mal humor y se acercó al agua. No se sentó. Eso le dolería mucho, pero se sintió tentada de desnudarse y darse un baño. Escuchó a Gabe acercarse a su lado.

—Tenemos que volver antes de que se haga de noche.

Se dio la vuelta y montó de nuevo conteniendo un gemido.

Gabe alzó la vista hacia ella. Parecía a punto de tirarle algo a la cara.

—¿Qué es lo que te pasa?

—Dímelo tú, Gabriel. Yo te he contado mi pasado en un momento pero aparte de una arriesgada aventura en un restaurante, ¿qué me has ofrecido que no haya tenido yo que sacarte con pinzas?

—¿A qué diablos viene eso?

—Mi orgullo herido, supongo.

—¿Qué quieres de mí?

—¡Nada excepto un poco de sinceridad, por Dios bendito!

Aquello se le clavó en el alma como la hoja de una navaja. No estaba siendo sincero con ella. Y le irritaba que aquella incurable necesidad de tenerla en su vida, aunque fuera por poco tiempo, fuera a destrozarla el corazón.

—¿Qué te gustaría oír, Calli? —La aguijoneó con rabia—. ¿Que fui tan poco deseado que mis padres me abandonaron en un cubo de basura del estadio de los Yankees?

Calli no podía estar más asombrada.

—¿Contenta? —dijo acercándose al borde del arroyo para beber agua de las manos.

Calli desmontó y se acercó con torpeza a su lado. Era una puerta abierta y pensaba escurrirse por ella.

—Sigue, Gabriel.

—Me encontró el encargado de la limpieza, me llevó a su casa y me crió hasta los cinco o seis años —arrugó el ceño al recordar—. Cuando volví a casa el primer día de escuela, me lo encontré muerto.

Calli inspiró aturdida al pensar en un niño pequeño encontrándose un cuerpo muerto y la forma de perder la inocencia con tanta brutalidad.

—¡Dios mío, Gabe! —Tenía los ojos empañados en lágrimas—. ¿Cómo fue?

—Parece que no se dedicaba sólo a limpiar el estadio.

—¿Drogas?

—Tardé en imaginarlo, pero sí.

—¿Y no te llevó la policía a algún centro de acogida?

Él lanzó una carcajada cáustica.

—Ni siquiera se enteraron de mi existencia. Me escondí.

—¿Y por qué?

—¡Diablos, ni siquiera lo sé! Supongo que estaba asustado.

—¿Y entonces que pasó?

Él se enderezó y Calli hizo lo mismo.

—Entonces nada, Cal. Estaba solo.

—¿Quieres decir que te quedaste abandonado en las calles a los seis años?

—No fue tan duro —su tono era amargo—. La gente de las calles cuida de los suyos.

Gabe se quedó mirando a la distancia y ella se acercó rozándole el cuerpo para obligarle a mirarla.

Gabe esperaba su compasión, pero ésta no llegó.

—¿Y estás avergonzado de eso? —Alzó ella la voz—. ¡Dos mío! —Le apartó un mechón oscuro de la frente—. Tienes suerte de estar

vivo.

—Sí, mucha suerte.

Sonaba hostil y herido.

Ella parpadeó bajando las manos. Entonces apretó el puño y le golpeó en el brazo.

—¡Oh! —exclamó él sorprendido.

—¡Estás tan condenadamente… ciego!

Él enarcó una ceja con irritación.

—Ni siquiera eres capaz de ver lo que tienes delante —le dio golpes en el pecho con cada una de sus palabras—. Una casa, una tierra, comida y un sitio donde trabajar. Un sitio al que pertenecer —la tenía en la cara, empujándole con el cuerpo y los ojos brillantes como fuego azul. Estaba magnífica, pensó Gabe—. Usted, señor Griffin, necesita una lección de simple gratitud.

Le golpeó en la parte trasera de la pierna con la rodilla y él cayó con un gemido. Calli se montó sobre él apretando la rodilla contra su plexo solar.

—Nunca des nada por hecho, Gabriel. Da gracias por lo que tienes, porque podría desvanecerse en un instante. Olvídate del mundo y vive tu vida aquí y ahora —bajó la cara hasta la suya asombrada que jadeaba para recuperar el aliento y le dio unas bofetadas suaves en la mejilla—. Y cree a una mujer cuando diga que sabe cuidarse. Entonces apartó la pierna, y se levantó dejándole tosiendo.

—Ya estoy bastante agradecido con poder volver a respirar, Cal. En serio. Créeme.

—Te creo —le sonrió con ternura—. Concéntrate en las cosas que puedes cambiar, Gabe y olvida las que no.

Gabe no podía decirle que eso era imposible ya que estaba mintiendo y eso era algo que podía cambiar pero a costa de perder la confianza de su cliente. Y le quedaba tan poco honor que no podía permitírselo.

—¿Ésa es tu filosofía personal?

—La de la hermana Mary Margaret después de que la quemara el hábito.

Gabe lanzó una carcajada y dio un paso atrás. Pero ella le asió del brazo para que la mirara.

Su voz fue infinitamente compasiva y grave cuando habló:

—No merecían la pena si te abandonaron, Gabriel. Tú eras tan inocente como yo. Perdónalos, porque treinta años es mucho tiempo para odiar a nadie. Sobre todo cuando ellos ni siquiera lo saben.

De repente, Gabe la tomó en sus brazos y ella apoyó la cabeza contra su pecho.

—¿Cómo te has hecho tan sabia? —susurró abrazándola con sus anchas manos.

—Naciendo mujer, supongo.

La sombra de una sonrisa iluminó sus labios antes de apretarlos contra su coronilla. Una sombría y hambrienta necesidad le ardió en el pecho.

Las palabras de ella revolotearon una y otra vez en su cabeza, pero sólo una idea le asaltaba sin cesar.

¿Le perdonaría a él con la misma facilidad?

Gabe cerró los ojos y por primera vez en muchos años, se permitió a sí mismo esperar lo imposible.

Capítulo 10

Calli lo miró al pasar por los bien iluminados escaparates de la calle. Él sabía quién había dejado los caballos sueltos y estaba allí para encontrarlos. Por qué la había llevado a ella no lo sabía, pero en cuanto encerraron a los caballos y se cambiaron de ropa, había llamado a Bull para que se acercara a cuidar del rancho. Entonces se habían ido al pueblo si decir una sola palabra.

Calli sabía que no le contaría de quién sospechaba o por qué. De repente le sintió tensarse y siguió la dirección de su mirada. No vio a nadie.

—Vete dentro.

Gabe hizo un gesto hacia el supermercado.

—¿Gabe?

Alzó la mirada con preocupación y él la besó en la cabeza y murmuró:

—Volveré. Confía en mí.

Calli le observó desvanecerse por la esquina del edificio. Gabriel apretó la espalda contra la pared y entrecerró los ojos de forma peligrosa ante el hombre que conversaba con dos delincuentes bien conocidos en la puerta de un restaurante a pocos metros de él. Aunque parecían turistas, la limusina gris era difícil de perder. Si quería discreción, podía haberlo contratado a él, pensó Gabe con cinismo. Esperó hasta el momento preciso en que Murdock le divisó y se apartó de la pared para salir corriendo en su dirección.

No dijo una sola palabra al alcanzarlo, asirle por el brazo y arrastrarle hacia arriba para que estuviera a la altura de su mirada.

Sus compañeros, claramente en libertad bajo fianza, salieron corriendo como ratones. Gabriel sonrió y Murdock tragó saliva.

—Acércate otra vez a mi casa y eres hombre muerto.

Murdock hizo acopio de valor y se zafó de sus manos.

—No tienes ni idea de lo que tienes en las manos, ¿verdad?

Gabe enarcó una sola ceja.

—Excalibur es lo mejor de lo mejor. Una sola creación es una mina de oro.

Aunque los ojos de Murdock brillaban de excitación, Gabe permaneció en silencio con la cara impasible.

—No te hagas el púdico. Te conozco, Ángel. Tu historial no es el del típico americano decente. Esa licencia de investigador privado es sólo una buena tapadera para cuando te llega el trabajo adecuado, ¿verdad?

Gabe apretó los puños. Sabía que Murdock perseguía algo.

—¡Suéltalo!

—Ella está en tu casa, ¿verdad? Consígueme su línea de invierno y haré que te merezca la pena el tiempo que inviertas. Por el aspecto de tu rancho, parece que no te vendría mal un poco de dinero. Y ella es atractiva. —Murdock esbozó una sonrisa sucia—. Sedúcela si no lo has hecho todavía.

—Eres un cerdo, Murdock.

Murdock se encogió de hombros.

—Y uno rico. Tú también podrías serlo.

—Olvídalo.

El chófer salió en ese momento del restaurante y se apresuró al instante a acercarse. Murdock recuperó el valor y le golpeó de lado. Entonces Gabriel hizo algo que se había jurado no hacer. Lanzó el puño contra la cara del otro hombre con todas sus fuerzas. Murdock parpadeó cuando la sangre le brotó de la nariz.

Gabe se dio la vuelta lleno de furia. No podía llamar a la policía porque no tenía pruebas, sólo se había fiado por instinto. ¿Y si hubieran entrado en el rancho estando ellos dentro? La hubieran maltratado hasta que les hubiera dado su cuaderno. Y Calli se lo hubiera dado sin duda, pero ¿qué hubiera sido de Daniel, el único hombre que había confiado en él? Daniel habría quedado arruinado. Aceleró el paso con la única idea de tomar a Calli en sus brazos.

* * *

Calli casi se atragantó cuando salió de la tienda y se tropezó de bruces con Gabe. Sintió una oleada de alivio cuando él la atrajo a sus brazos y por un momento, la mantuvo abrazada contra su pecho. Después apoyó el brazo en su hombro y ella posó el suyo en su cintura. Se sintió cómoda y natural. Podría acostumbrarse a aquello con facilidad.

—¿Qué es lo que has hecho?

—Nada.

—Gabriel. Has estado peleando.

—No, no he estado.

—Ha sido sólo una advertencia.

—¿Y cómo sabes que esa persona fue una de las que soltó a los caballos?

—Porque confesó.

—¿Antes o después de golpearlo?

—¿Me creerás si te digo que fue en legítima defensa?

—Sí —afirmó ella sin vacilación. Que confiara en él le produjo una extraña sensación en el corazón—. Ahora, relájate —dijo deslizando la mano hacia su pecho. Aquel tipo de roce nunca le relajaba—. Ya sé lo que podemos hacer. De repente, Calli se escurrió por debajo de su hombro, le agarró de la mano y tiró de él hacia el cine. Puso el último dinero suelto que le quedaba sobre la taquilla y cuando él miró como si fuera a protestar, ella se rió y susurró:

—Podemos abrazarnos.

La sonrisa de Gabe le dijo que no se opondría.

Compraron palomitas, escogieron unos asientos perfectos en el fondo y la película empezó. A Gabriel no podía importarle menos. No recordaba la última vez que había estado en un cine y entre las sombras y las luces de la pantalla, la miró fijamente. Era como una niña, comiendo con placer las palomitas y sorbiendo su bebida con la paja.

—Ya me estás mirando de nuevo —dijo ella.

—Si se te escapa la mano de ese cucurucho de nuevo, creo que haré algo más que mirarte.

Ella lo miró sonriendo en la oscuridad y se acercó más a él tomándolo de la mano y pasándosela por encima del hombro. Ladeó entonces la cabeza, le asió de la mandíbula y lo besó.

—No me he besado en el cine desde que tenía dieciséis años —susurró ella inspirando para recuperar el aliento.

—Yo nunca lo había hecho.

Cuando terminó la película, Gabe no estaba en mejor forma que antes. Al abandonar el cine, ella se detuvo y se fue al cuarto de baño. Gabe esperó y cuando ella volvió menos de un minuto después, tenía las mejillas sonrosadas y un brillo equívoco en los ojos. Algo tramaba. Gabe le pasó un brazo por el hombro y sonrió apretándola contra su cuerpo. Se sentía feliz y eso le sorprendía enormemente.

—¿Nos vamos a casa?

De camino al rancho, con la luna llena brillante, Gabe se obligó a concentrarse en la carretera, pero no podía evitar imaginársela en su cama, desnuda y excitada con el cuerpo húmedo de sudor y llamándole con aquel delicioso jadeo con que hablaba cuando estaba excitada. Las entrañas le palpitaron de forma dolorosa. Entonces ella le rozó el brazo y deslizó la mano hasta su muñeca apartándosela del volante. Gabe la miró esperando que fuera a pasársela por el hombro.

—¿Cal?

—¿Has hecho alguna vez algo atrevido?

Su tono seductor acrecentó su deseo.

Gabe la miró cuando ella le deslizó la mano por debajo de su falda.

Y entonces acarició su suavidad. Estaba desnuda.

—Calli, no me hagas esto.

Se sentía salvaje y ansioso. Ahora entendía por qué ella había entrado y salido del cuarto de baño tan deprisa. Lo había planeado todo. Dios santo. Si hubiera sabido que caminaba sin ropa interior a su lado, la habría arrastrado al callejón más cercano y la hubiera tomado con rapidez. Sintió un ardiente temblor y casi sintió más que ver cómo ella se arrodillaba. Pero siguió sin moverse ni mirarla.

Calli se aproximó más deslizando las dos manos por sus muslos hasta cubrir su sexo. Él se quedó sin aliento. Entonces ella le desabrochó un botón.

—¿Qué me estás haciendo, Cal?

—Tentándote hasta el límite —susurró ella.

Gabe se mordió los labios y se aferró al respaldo del asiento. El sonido de su cremallera le aceleró la respiración. Debería detenerla, pero no podía.

—Mírame —susurró ella con suavidad.

Él obedeció a tiempo de ver cómo su mano se introducía por dentro de sus pantalones. Él también estaba desnudo y ella rodeó con su mano su excitado sexo.

—¡Oh, Gabriel! —jadeó—. ¡Estás preparado para mí!

—Nena, siempre estoy preparado para ti.

—Dime que me deseas tanto como yo a ti, Gabriel. Él tragó saliva.

El aire se rasgó.

Y entonces explotó.

Gabe la arrastró de repente hacia sí cubriendo su boca con la de él.

Su beso fue ardiente y cargado de una pasión contenida durante semanas. Los dos se buscaron con ardor, las manos de ella enterrándose bajo su camisa, tirando de ella, las manos de él bajo su falda, empujando su ardiente sexo hacia él. Gabe se movió tras el volante y ella se sentó a horcajadas sobre él. La besó una y otra vez guiando las manos hacia su espalda, bajo su camisa, su sujetador, tirando de la tela para liberarla. Entonces su boca estuvo sobre su piel, sus senos, su mano abarcando uno mientras su boca bebía la dura cresta del otro.

—Gabriel —jadeó ella agitando las caderas mientras él le besaba los senos inflamados y deslizaba los dientes por su suave contorno antes de meterse un duro pezón en la boca. Sus dedos se enterraron en sus nalgas y la sentó sobre su sexo.

—Hazme al amor, Gabriel.

Fue una súplica sensual y apremiante.

Se sentía hechizada, en una furgoneta oscura aparcada a un lado de la carretera. Frotó los senos contra su torso y él la agarró con más fuerza y enterró un dedo en su suavidad. Calli se arqueó hacia atrás y la boca de él encontró de nuevo sus pezones, mordisqueándolos hasta que los tiernos pezones se convirtieron en duros botones. El único sonido que se escuchaba eran los jadeos y

los suaves besos.

El calor del sexo de ella le calentó las entrañas. Su boca se movió por su piel, su estómago, su cintura… pero el confinamiento de la cabina no les permitía libertad. Pero Gabe deseaba más y alcanzó la manilla de la puerta el pasajero. La giró y la arrastró consigo hasta el borde del asiento, abriendo la puerta de par en par. Las botas de Gabe tocaron el suelo. Ella extendió las piernas y le capturó entre ellas mientras bajaba la cabeza para capturar su pezón con sus jugosos labios. Gabe bramó como un toro salvaje cuando las manos de ella se deslizaron dentro de sus pantalones, sobre sus caderas hasta la esbelta curva de sus glúteos. Gabe no creía haber sentido nada mejor a que Calli le tocara.

La besó con dureza, sujetándola con fuerza como si pudiera escapar de él y paladeó su garganta, deslizó los labios por su boca, su barbilla, bajando por sus senos, chupando uno, después el otro antes de bajar la lengua hasta su estómago. Entonces alzó la vista. Ella le estaba mirando con el pecho agitado y las manos voraces sobre sus bíceps y su cara. A Gabe le produjo algo extraño saber que podía mirarlo de aquella manera. Deseosa, apasionada, amorosa.

Entonces la besó en lo más íntimo de su ser.

Ella lanzó un grito y el sonido se perdió en la soledad del desierto mientras Gabe la aferraba por las nalgas y guiaba su ardor hasta su boca. Sintió sus palpitaciones, sus deliciosos contoneos, sus jadeos y gemidos. Se dejó alimentar de cada sonido, de cada movimiento.

Calli pensó que el mundo se había abierto y la había arrastrado hasta su incandescente interior. Se quedó sin aliento. Se encogió y estiró sobre sus labios, con los músculos tensos y entonces se sintió caer por un abismo, bañada en un ardor apremiante y en un placer palpitante. Gabe gimió y arrastró los labios a lo largo de su muslo, mordiéndole la carne, saboreando su cuerpo hasta llegar a sus labios.

—Te deseo —gimió ella—. Ahora mismo.

Calli buscó con frenesí sus vaqueros hasta que lo despojó de ellos y lo tomó en su mano.

—Calli, yo…

—Dentro de mí. Necesito sentirte. Por favor.

Gabe pensó que ya no podría controlarse ni un segundo más.

Entonces ella lo besó de nuevo, sus labios, su lengua, sus caderas frotándose contra él con más tentación de la que ningún hombre podría soportar. Gabe se estiró hacia la guantera, escarbó y por suerte encontró un preservativo. Ella le aferró la mano y se lo quitó sin dejar de mirarlo mientras rasgaba el papel y se lo ponía.

—¿Estás segura de esto?

—¡Oh sí!

—¿No estás dolorida de montar?

Ella se flexionó deliciosamente contra él.

—¿Te parece que lo estoy?

—Entonces enrosca las piernas alrededor de mí.

Ella lo hizo y Gabe la alzó lo suficiente como para cerrar la puerta y apoyar la espalda contra el frío volante. El calor de ella le quemó y se estremeció.

—Ahora, Gabriel, por favor.

De un empellón, la llenó por completo. Ella jadeó su nombre. Él temblaba como un niño susurrando sobre su cara.

Y Gabriel nunca se había sentido tan vulnerable en toda su vida.

Se retiró y empujó gimiendo con debilidad con cada lento movimiento mientras ella sentía su contención.

Gabe le aferró las nalgas agitándola con un duro movimiento fluido, nada sutil, sin dejar nada al misterio. Calli gritó salvaje su nombre clavándole las uñas en la espalda y él bramó el nombre de ella como una letanía interminable hasta que se quedó sin aliento.

Enterró entonces la cara en la curva del femenino cuello y la apretó con más fuerza sin moverse durante unos momentos. Gabe no quería ir a ninguna parte. Sólo deseaba estar pegado a ella como una segunda piel, dejarla que le robara el corazón y olvidar que el mundo seguía girando. Ella deslizó los dedos por su espalda y le mordisqueó el lóbulo de la oreja y él le agarró la cara para besarla con reverencia. Deslizó los dedos por sus mejillas y buscó sus ojos en la oscuridad.

—Te he hecho daño, ¿verdad?

—¡No! —gritó ella en un susurro—. Por supuesto que no.

—Dios, Calli. Esto ha sido…

—¿Salvaje?

Lo miró con cara inocente y él sonrió con lujuria.

—Algo así.

Gabe no entendía lo que estaba sintiendo. ¿Paz? ¿Plenitud? Nunca se había sentido así después del sexo. Y al mirar a sus profundos ojos azules, incluso bajo la luz de la luna, supo que no era sexo, que no era algo tan simple.

—Ahora admítelo —se rió ella cuando arrancaron—. ¿No ha sido mejor que una ducha fría?

Él la estudió con una mirada indescifrable.

—Calli —dijo con una extraña pesadumbre en la voz—. Hacer el amor contigo es mejor que respirar.

Capítulo 11

Los dos se quedaron en la sala contemplando por la ventana cómo se alejaba Bull.

—Lo sabe —dijo Calli con un leve sonrojo en las mejillas.

Tenía los labios inflamados y marcas rojas de la barba de Gabe en el cuello y el comienzo de los senos, pero él no pensaba contárselo.

—¿Por qué piensas eso? —replicó Gabe conteniendo una sonrisa aunque su mirada descendió hacia sus senos, con sus pezones desnudos pujantes contra la tela de la ajustada camiseta. Calli se acurrucó contra él más sonrojada y él le rodeó la cintura con el brazo mientras la besaba en la sien—. Pero se habría vuelto definitivamente loco si hubiera sabido que estabas completamente desnuda bajo la falda.

—¿Eso crees? —Ladeó la cabeza para mirarlo con aire especulativo—. Desde luego produjo un efecto bastante interesante en ti.

—Dios, sí —gimió él antes de atraerla, besarla y empezar a desnudarla mientras la arrastraba consigo a la habitación de ella.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó ella jadeante mientras intentaba despojarle de la camiseta por la cabeza.

—Es algo que he deseado hacer desde aquella primera noche en la habitación de tu hotel.

—¿Decirme obscenidades?

—No, pequeña —rebuscó en sus bolsillos traseros y rasgó el papel de aluminio con los dientes—. Hacértelas.

La alzó entonces sobre la cómoda y la penetró hasta lo más hondo, dejando que ella sintiera cada centímetro de él antes de que pudiera recuperar el aliento. Entonces se retiró y volvió a empujar lentamente. Calli se apretó contra sus hombros y le mordió en la mandíbula, pero él se negó a ir más aprisa, adorando cada retorcimiento, cada súplica, cada ruego de que terminara con aquella tortura. En vez de obedecerla, colocó las caderas de ella sobre él y empezó a moverse con una lenta cadencia erótica contemplando cómo se le encendían los ojos, cómo entreabría los labios a cada jadeo, sintiendo sus dedos clavarse en su espalda mientras el placer crecía en el apasionado cuerpo femenino.

Gabe la mantuvo apretada en sus brazos, absorbiendo su oleada de deseo, su climax creciendo en espiral dentro de él. La besó una y otra vez con lascivia y antes de que el ardor desapareciera, se la llevó en brazos a la ducha. Allí le hizo el amor de nuevo bajo el agua caliente y los ardientes besos. Calli estaba jadeante contra él mientras Gabe juraba que se pasaría todo el día bajo la ducha dejándola enjabonarlo y besarlo por todo el cuerpo.

Desnuda, la llevó en brazos a su habitación y Calli apenas dirigió una mirada de sorpresa a su lujosa estancia. Pero tenía una magnifica cama con dosel y los dos se derrumbaron en ella en una salvaje mezcla de brazos y piernas antes de caer dormidos.

* * *

Geyser y Deek ya estaban afanados con el trabajo cuando llegó Bull a la mañana siguiente. Buscó al instante a Calli y le dio un grueso sobre azul y blanco. Gabe se fijó en que ella apenas le prestaba atención y lo dejaba sobre la mesa. Después Bull le explicó que eran los cheques de viaje y eso le produjo intranquilidad. Ya tenía dinero y ningún motivo real para quedarse allí. Deslizó la mirada hacia su coche y se preguntó si tendría el valor de registrarlo, pero cerró los ojos y abandonó la idea. Si Calli pensaba quedarse, no pensaba arriesgarse a estropearlo. Dirigió la mirada hacia el porche, donde ella, ataviada con pantalones cortos rojos y una camiseta blanca llevaba media mañana preparando todo tipo de repostería. Y para la hora de comer, Gabe estaba saturado de azúcar

pues cada vez que creaba algo nuevo, se lo hacía probar. Se iba a poner enfermo, pensó, sólo por agradarla. Y sólo con aquella presentación, no le extrañaba que Excalibur ganara millones.

—Guardaré éstos para la cena —dijo Calli metiendo una bandeja en el frigorífico.

Geyser y Deek protestaron.

—Por favor, señorita Calli. ¿No podemos probar sólo un poco?

Ella sacudió la cabeza y agarró la cucharada que Geyser estaba chupando como un niño antes de empujarlos con delicadeza hacia el establo.

—Id a quemar todo ese azúcar y ya pensaré en algo para subiros el colesterol más tarde.

Los chicos sonrieron y se alejaron.

—Les caes muy bien —le dijo Gabe.

—Pues a ti te adoran.

—Sí, bueno.

—¿Es que no te das cuenta? No trabajarían tan duro para cualquiera, Gabe. Es porque tú confías en ellos y los entiendes. Y aunque nunca les hayas contado nada de ti mismo, ellos lo sienten.

—¿Sentir qué?

—Que te preocupas de verdad porque no se metan en problemas y les estás dando una oportunidad. Que los respetas.

—Supongo.

Calli suspiró. ¿Es que nunca creería en sí mismo?

—Vete a quemar ese azúcar, Griffin, antes de que te pongas gordo.

Deslizó la mirada por su plano vientre y su musculoso pecho. Podría comer sin parar y nunca ganaría ni un gramo, pensó hechizada.

—Se me ocurre una forma mejor de quemar calorías —ofreció él abrazándola cuando pasó con una pila de platos. Enterró la cara en su suave cuello y aspiró su aroma con deseo. Un silbido rasgó el aire y Gabe alzó la mirada.

Geyser y Deek se estaban riendo.

—¿Ves? Son sólo unos niños —comentó Calli.

—Hasta luego, pequeña —se despidió Gabe besándola en los labios.

En aquel momento, Calli supo que estaba enamorada de él. Lo

amaba, pero nunca se lo diría porque eso le haría encerrarse en sí mismo. El compromiso no era para él o no estaría soltero. Ni tan solo.

* * *

Las dos semanas anteriores habían sido las más felices de toda su vida, pensó Gabe. Se había abandonado a la indulgencia de tener a Calli viviendo con él. Le había hecho el amor todas las noches, unas veces deprisa, dejándolos a ambos jadeantes y sonrientes y otras, lentamente abandonados a sentirse y paladearse el uno al otro. Ella le había enseñado a jugar al ajedrez y él a montar como una profesional. El había disfrutado de la mejor comida de su vida y ella de él, entregándose y confiando en él por completo. Él se debilitaba sólo con verla y se excitaba sólo con recibir una sonrisa suya. Habían caído en una rutina que Gabe adoraba, tendiéndose juntos en el sofá todas las tardes para leer o hablar.

En ese mismo momento, ella estaba en el sofá, con la espalda apoyada en el brazo y las piernas extendidas escribiendo en su cuaderno de recetas con frenesí. Gabriel intentó no mirar siquiera. La maldita memoria le producía deseos de quemarla.

* * *

Bull salió de detrás del granero y le pasó el teléfono móvil. Gabe buscó al instante a Calli con la mirada. La divisó en el jardín enseñándoles a Geyser y a Deek unos movimientos de karate y sonrió. Era cinturón negro. No era de extrañar que le hubiera tirado al suelo con tanta facilidad. Volvió a mirar a Bull y se apartó de la vista.

—¿Sí?

—Gabe. Soy Daniel.

—Ya me lo imaginaba.

—No van bien las cosas, ¿eh?

La preocupación en la voz de Daniel le devolvió a la realidad

como un puñetazo en pleno estómago. Para él las cosas iban a la perfección. Deseaba que Calli se quedara y había roto su código personal no cumpliendo lo que Daniel esperaba de él.

Dios, no quería hacer aquello.

—Dime que lo tienes todo resuelto, Daniel.

—No.

Gabe lanzó una maldición.

—Pero casi. ¿Has conseguido recuperar la memoria?

Gabe no respondió, pero su suspiro fue audible.

—¡Oh, Dios! —exclamó Daniel.

—Supongo que entonces no hará falta que te lo explique, ¿verdad?

—¡Te juro, Gabe…! —Se escuchó un siseo al otro lado de la línea y Gabe supo que Daniel estaba intentando controlar su temperamento—. Simplemente consíguelo esta noche y mándala a casa, maldita sea.

La línea se cortó y Gabe supo que Daniel estaba enfadado. Desconectó el teléfono y lo tiró en el cuarto de las herramientas. Entonces, en un arrebato de furia, cerró de una patada la puerta. Bull apareció en la esquina con el ceño fruncido.

—¿Algún problema, hijo?

—No, estoy bien.

Pero no lo estaba. Estaba tan confundido por dentro que no sabía qué hacer. Se lo debía a Daniel, eso lo daba por descontado. ¿Pero pagarle traicionando a Calli?

Podría ir hasta ella, contarle todo y esperar que lo perdonara. Pero no se atrevía a arriesgarse. Tenía que rescatar aquella memoria sin que ella se enterara y entonces no pasaría nada. Ella se quedaría y él seguiría amándola.

La amaba.

Diablos, él nunca había amado a una mujer antes, así que, ¿cómo sabía lo que estaba sintiendo? Lo único que sabía es que cuando ella entraba en la habitación donde él estaba, se sentía feliz y cuando le sonreía y lo tocaba, casi podría llorar de la dulzura que experimentaba. Quería a Calli en su vida para siempre. A veces se encontraba por la noche contemplándola dormir en sus brazos e imaginándose una vida con ella, una familia, quizá. Un maldito sueño, Griffin. Sólo un sueño.

Durante toda la cena se estrujó el cerebro buscando una solución. No quería herirla y creía que podía solucionar aquel asunto sin que ella se enterara. Era engañar, lo sabía, ¿pero que era eso comparado con perderla?

Después de la cena, ella le agarró del brazo con sus ojos azules escudriñando los de él y Gabe la atrajo hacia sí con aspereza y la besó frente a los chicos. Y después la volvió a besar ante de volver al establo. Hasta que los chicos no se acercaron a despedirse, no se dio cuenta de que ya estaba anocheciendo.

Abandonó el establo y se detuvo en seco al no ver a nadie a la vista. Oyó entonces el ruido del agua y llamó a la puerta del baño.

—Pasa.

Gabe se quedó sin aliento. Calli estaba sumergida en un mar de burbujas con los hombros al descubierto.

—¿Quieres compartirlo conmigo? —Le salpicó un poco con una sonrisa.

—Tengo que ir al pueblo.

Ella frunció el ceño.

—Algunos suministros.

Calli empezó a salir de la bañera.

—No, tú quédate. Disfruta del baño —hizo un gesto hacia las burbujas—. Tardaré una hora como máximo. Ciérrate con llave, ¿de acuerdo?

Ella asintió intentando no fruncir el ceño.

—Ven aquí. —Gabe entró, cerró y se arrodilló junto a la bañera —. ¿Qué es lo que te está preocupando?

—Nada, pequeña. Sólo estoy cansado.

Ella no le creyó aunque era cierto que esa semana había tenido cuatro caballos más que cuidar. Le agarró por la mandíbula y le miró a los ojos. ¿Qué había pasado?, se preguntó. Adoraba a aquel hombre, pero él tendría que aprender a compartir más.

Y tendría que empezar por ella.

—Hay algo que quería decirte.

«Yo también», pensó él con el corazón encogido. Le cubrió la mano mojada y se la llevó al pecho.

—Te quiero, Gabriel.

—Cal…

—No hace falta que digas nada. Te quiero. Eso es todo.

¿Eso es todo? ¿Era suficiente?, sonó una voz en el cerebro de Gabe. Se inclinó para besarla, un roce tan leve en los labios que a ella le rompió el corazón. Sin una mirada, se levantó y se fue cerrando la puerta tras él. Calli se sumergió en las burbujas e intentó no llorar. Él no la correspondía.

Detrás de la puerta, Gabe se apoyó contra la madera. Le ardían los ojos y los cerró con fuerza. «Te quiero, Gabriel». Nunca había creído que nadie le diría aquellas palabras. Deseaba agarrarla y salir corriendo hacia las colinas donde nadie pudiera encontrarlos ni nada pudiera dañarlos. Casi hubiera deseado que ella nunca hubiera pronunciado aquellas palabras. Le hacía más difícil realizar lo que había prometido. Se juró que en cuanto acabara aquello, dejaría el negocio de investigador privado.

Empujó la puerta y entró en la sala, donde estaba el cuaderno abierto en la mesilla de café. Lo registró y encontró la memoria doblada en el final, con un itinerario del viaje a México que nunca había realizado. Volvió a poner todo en su sitio y se la metió en el bolsillo trasero. No iba a enviársela a Daniel, pensaba quemarla.

* * *

Calli abandonó el libro y lo posó en la mesita. Gabe llevaba fuera más de una hora y estaba preocupada. Sin la distracción de la televisión, le quedaba poco aparte de su imaginación para matar el tiempo. Se ató la bata y alcanzó su cuaderno. Releyó las notas bajo la luz de la vela y empezó a escribir hasta que de repente se quedó sin tinta. Maldiciendo entre dientes, se levantó, agarró la vela y se acercó a su escritorio a buscar un bolígrafo. Abrió el cajón superior y vio su pistola, lo cerró y abrió el siguiente cajón y estaba apunto de cerrarlo cuando algo le llamó la atención.

Era papel de cartas de Excalibur.

Le temblaron las manos al sacar la hoja del interior y el corazón se le encogió. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Iba dirigida a Gabriel Griffin, Investigador Privado de parte de Daniel
O’Hara
. Y trataba de ella.

Capítulo 12

La puerta se abrió y Calli alzó la vista cuando él entró.

Gabe clavó al instante la mirada en ella y después en el papel que tenía en las manos, el dorado del logotipo brillando con claridad bajo la luz de la lámpara.

A Gabriel se le encogió el corazón al alzar la mirada hacia la de ella. Sus ojos fueron como una cuchilla que le sajara la garganta. Agonizantes. Impotentes.

Ella se levantó lentamente.

—Eres investigador privado.

—Sí —se encogió de hombros con incomodidad—. A veces.

—Pues parece que ésta fue una muy buena —dijo ella tirando el papel a la mesa con la voz amarga por la rabia—. Pensé que me sonaba tu apellido, pero no podía recordar dónde lo había oído —le tembló la mano al apartarse el pelo de la cara—. Ahora lo recuerdo.

Ahora estaba segura de que había estado hablando con Daniel aquel día en la habitación de su hotel.

—No podía contártelo, Cal. La información del cliente es confidencial.

—¡Qué conveniente para ti!

La voz se le quebró y tragó saliva varias veces.

Gabe no dijo nada y apartó la vista. Pero podía sentir el dolor en cada inspiración de ella y era como un puño que le atenazara la garganta.

—Te contrataron para seguirme. ¿Para protegerme de qué? ¿O de quién?

—De Murdock y de cualquiera que quisiera robarte el trabajo para Excalibur.

—¿Por una línea de invierno que ni siquiera he creado? —señaló la carta con la mano—. Si quería las malditas recetas lo suficiente como para hacerme daño, asaltar mi habitación y soltar a tu potro, se las hubiera dado encantada —dio la vuelta al escritorio con los ojos brillantes de la rabia—. No significan mucho para mí, Gabe. Siempre puedo inventar más.

—Él quería hacerte daño, Calli.

Ella lanzó un bufido y Gabe notó que estaba esforzándose por contener las lágrimas.

—Calli, no quería que te enteraras de esta manera.

Gabe se adelantó un poco, pero ella retrocedió.

—Bueno, pues me he enterado así. ¿Cuándo ibas a contármelo? ¿Después de hacerme el amor por centésima vez?

—Nunca encontré el momento.

—¿Por qué, Gabriel?

Rompiendo la confidencialidad de su cliente, Gabe se explicó:

—Daniel quería una memoria que tenías tú.

—¿La de Rodríguez? —Frunció el ceño—. No la he visto hasta esta misma mañana —se agachó y registró su gruesa agenda. La mano se le quedó rígida cuando comprendió que no estaba allí—. ¡Has estado revolviendo en mis cosas! —exclamó con desesperación —. Lo único que tenías que haber hecho era pedírmelo, Gabe —las lágrimas se deslizaron ardientes por sus mejillas—. Debes haber pensado que era una estúpida.

—¡No! Vamos, Cal…

Ella alzó la mano para impedir la explicación que no quería escuchar.

—Daniel está equivocado y pronto lo descubrirá. Pero tú podías haber sido honrado.

Él se quedó muy rígido con expresión impenetrable.

—Tenía un trabajo que hacer.

—¡Y yo confiaba en ti! —gritó ella apretándose la bata—. Confié en ti, Gabriel. ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Por unos pocos dólares? ¿Te han compensado bien por el trabajo de besarme, tocarme y hacerme el amor? —exclamó con un torturado sollozo.

La expresión de Gabe se derrumbó.

—Cariño, sabes que eso no es verdad —se pasó los dedos por el pelo muriéndose de ganas de abrazarla—. ¡Dios! Me gustaría que Daniel nunca me lo hubiera pedido, pero se lo debía.

—¿Y qué me debías a mí? ¡Yo te amaba! Pero no pudiste ser honrado conmigo. Yo no te importaba. Para ti era sólo un caso.

—Después de todo esto. —Gabe extendió los brazos—. ¿Es eso lo que piensas?

—Dímelo tú.

Gabe la miró, miró a través de ella. El silencio se prolongó. Y Gabe se sintió de repente mortalmente aterrorizado. Aterrorizado de que le dejara y de que se quedara, de haber abierto su corazón y tenerlo ahora roto.

Las siguientes palabras de ella estaban cargadas de tal agonía, que Gabe supo que no podría reparar el daño que había hecho.

—Ya entiendo. Maldición, me siento fatal. Y me has enseñado que no hay nadie aquí salvo Ángel.

Entonces abandonó la habitación con la mano en la boca. Pero él escuchó sus sollozos. Gabe podía soportar todo menos sus lágrimas y con cada sollozo ahogado, cada gemido, sintió que el corazón se le desgarraba.

Gabe no se movió cuando ella salió de su habitación por la mañana, vestida y con las maletas hechas. Calli recogió su cuaderno y lo metió en el maletín. Entonces se dirigió a la puerta. Él apretó los puños con la necesidad de aferraría y suplicarla que se quedara.

Calli se paró en el recibidor dirigiéndole una última mirada.

«Detenme. Dime que me amas y dame la oportunidad de perdonarte».

Pero él no quería el perdón, ella lo sabía. Ése sería su castigo.

Y la penitencia de ella por amarlo.

Gabe permaneció inmóvil incluso cuando escuchó su coche alejarse en la distancia. Aturdido, miró a su alrededor y posó la mirada en una bandeja sobre la mesa de comer a pocos pasos. Cuidadosamente doblada encontró una nota supuestamente escrita antes de su desengaño. Las sencillas palabras le desgarraron el corazón.

Siempre te querré, Gabe.

* * *

Calli se movió por la enorme cocina de pruebas con rapidez y eficacia, dando órdenes y corrigiendo errores. Sus aprendices guardaban silencio y cuando se golpeó por accidente un cuenco metálico y éste cayó al suelo, todos se acobardaron. Ella suspiró y se agachó a recoger los melocotones y la crema. El olor del preparado le produjo una pena insoportable. Gabriel, sus pálidos ojos y su sombría presencia, sus besos posesivos, la forma en que la miraba cuando le hacía el amor, la forma en que sonreía.

Contuvo un sollozo y se dispuso a recoger.

—¿Señorita Calli? —susurró Rodríguez agachándose a ayudarla.

Llevaba las mangas enrolladas exponiendo su tatuaje y a ella se le encogió de nuevo el corazón. Habían pasado dos semanas y seguía aturdida. Nada le producía satisfacción. Cuanto más luchaba por apartar a Gabe de su mente, más invadía él sus sueños, su trabajo, como un fantasma silencioso en su cama.

«El no te quiere. Te dejó partir».

—No puedo seguir haciendo esto —susurró destrozada.

Se levantó y se dirigió a las oficinas mientras se quitaba el gorro y la bata blancos.

* * *

- No lo aceptaré.

Daniel se reclinó contra el respaldo de su enorme sillón de cuero y le tiró sobre la mesa su carta de dimisión.

—Pues no lo hagas. No me importa.

—Calli, cariño. Siento que hayas estado en medio de todo esto…

Ella alzó la mano.

—Daniel. Me fui por más motivos que la falta de creatividad. Me escondí, lo que fue una broma ya que tú sabías en todo momento dónde estaba, pero me fui con Gabriel para evitarte a ti y a ellos —agitó una mano hacia las cocinas de pruebas y los aprendices de chef—. Ya sé que todos os preocupáis por mí, pero me tratáis como

a una niña. ¡Dios santo, si no he podido ni irme de vacaciones sin que tú me espiaras! ¡Si crees que tengo un poco de cerebro y hubieras sido honrado, no te habrías gastado el dinero en una niñera!

—Era tu guardaespaldas.

Calli pensó en lo que Gabe le había hecho a su cuerpo y aquélla no era la mejor descripción de su trabajo.

—No puedo seguir trabajando aquí —levantó la mirada hacia Daniel—. Ni quiero.

Sin decir más, se dio la vuelta y salió. Daniel se quedó mirando la puerta cerrada. Todo aquello se le había escapado de las manos. Excepto lo de Murdock. Se había acercado a Rodríguez y le habían pillado denunciándolo por espionaje industrial. Daniel se había visto obligado a admitir que Calli tenía razón. El joven ex convicto no les había traicionado. Ya había ido a hablar con el jefe de seguridad para advertirle que estuviera atento. Y en cuanto Calli había regresado, Rodríguez le había confiado todo lo ocurrido.

Daniel la estaba perdiendo en favor de sabe Dios qué empresa y no por haber puesto a Gabe tras ella. Ella ya no era feliz en Excalibur. Desde luego Gabe había hecho bien el trabajo. Lo que había sucedido no quería saberlo, pero conocía a Gabe lo bastante como para sacar algunas conclusiones. Y ninguna de ella agradable. Nunca hubiera creído que a Calli le afectara aquel hombre. Él era duro como los diamantes e igual de incisivo. Pero si ella estaba así de dolida, ¿cómo estaría Gabe?

Daniel agarró el teléfono y marcó un número.

—Sí.

—Dios, suenas fatal. No sé lo que pasó en Nuevo México, Gabe, pero desde luego ha sido un desastre.

Hubo un silencio y entonces:

—Lo que pasó es que volviste a interferir en mi vida de nuevo, Daniel.

Daniel apretó los labios.

—Quizá, pero lo estoy pagando. Créeme.

—¿Y eso?

—Ella se va.

—Siempre supe que Calli era una mujer inteligente.

Daniel notó algo raro cuando pronunció el nombre de ella.

—No se trata sólo de Excalibur. Se va del estado.

Hubo un penoso silencio.

—¿Tienes miedo de que se arruine tu negocio? Daniel apretó los dientes y habló con el corazón.

—Calli significa más para mí de lo que tú entenderás nunca, Gabe. Es una buena mujer y debes arreglar este lío para que ella pueda seguir con su vida.

—Estará bien.

Daniel se preguntó cómo aquel hombre podía haberse pasado dos semanas con Calli y seguir tan frío.

—¿Sabes, Gabe? Nunca pensé que fueras de los que escapan de una segunda oportunidad.

—Esta vez no la hay.

—¿Y cómo lo vas a saber si no lo preguntas?

Daniel pudo escuchar su suspiro de frustración. Entonces la línea se cortó.

* * *

Gabe desconectó el teléfono y se frotó los ojos con las manos con los codos sobre las rodillas. Su expresión, la mirada de devastación de los ojos de Calli, le quemaban el cerebro. Una vez más. Se le hizo un nudo en la garganta.

Se levantó del banco y cruzó hacia la pradera seca.

—¿A dónde vas? —le preguntó a Bull cuando pasó por delante de él.

—Alguien tiene que alimentar a los chicos. ¿O vas a hacerlo tú?

—No.

Ni siquiera podía acercarse a la cocina sin verse asaltado por los recuerdos.

—Pensé que podía habérsete contagiado algo de su talento. Porque parece que de su dulzura no.

Bull lo miró enfadado y con una maldición, Gabe se dio la vuelta y se dirigió al establo ordenando a Deek que lo siguiera. Deek miró a los otros con gesto de aprensión.

—Limpia la número dos y la tres, abre otra bala de heno y después da de beber a los caballos de McKinny. Gabe agarró una

pala y empezó a cargar estiércol en el carretillo.

—¿Quieres que pasee a *Guinevere*?

—¡No! —bramó Gabe dándose la vuelta.

Deek retrocedió instintivamente alzando los brazos para cubrirse la cabeza. El movimiento penetró en la bruma de su cerebro y sintió una punzada de culpabilidad al comprender lo que estaba haciendo. Se le desplomaron los hombros y tiró la pala. Los estaba haciendo a ellos pagar por el daño que sólo él había causado.

—Vete a tomar un descanso.

Le hizo un gesto a Deek y el chico desapareció a la carera.

Gabe se apoyó contra la pared y lentamente se fue deslizando hasta el suelo. Estaba exhausto y la opresión que sentía en el pecho aumentaba su cansancio. No podía recordar la última vez que se había tomado dos horas libres, pero al final el rancho estaba empezando a tener beneficios. Ya tenía todos los pesebres ocupados y pronto tendría que construir otro establo. Pero nada podía borrar la inexplicable pérdida que sentía con cada latido de su corazón. Calli se había ido y sin embargo, estaba por todas partes. Se frotó los ojos y el picor le recordó que no había dormido. No podía. Su habitación revivía su aroma cada noche, el recuerdo de su cuerpo amoldándose al de él, sus manos sobre él. Gabe cerró los ojos intentando hacer una lista de los trabajos necesarios.

Pero no pudo. Dios, si ni siquiera podía comer sin pensar en ella. La amaba tanto que le dolía hasta respirar.

* * *

Calli no se molestó en encender las luces, tiró las llaves en el aparador, se descalzó y se desplomó en el sofá con los pies en alto. Su apartamento estaba silencioso, penosamente solitario. Suponía que debía empezar a empaquetar, pero carecía de motivación.

Intentó concentrarse en las tareas que tenía que hacer, pero su mente seguía vagando hacia Gabe. Siempre Gabriel. Su cara, sus ojos. Y siempre aquella insoportable opresión en el pecho. ¡Dios, cómo le echaba de menos! Sin él, todo le parecía vacío e inútil en su vida y como cada noche desde su vuelta, se debatió consigo misma. Debería haberle pedido explicaciones, obligarle a que las diera. Pero

él no se las había ofrecido; no le había contado lo que sentía. La dolorosa realidad era que había jugado con el hombre equivocado y había perdido. Lo amaba, todavía más incluso que en el momento en que se había ido.

—Hola, pequeña.

Calli abrió los ojos de par en par. El corazón se le desbocó. Gabriel. Estaba en su salón, con el hombro apoyado contra el marco de la ventana, una mano en el bolsillo de sus pantalones negros de pinzas y una americana colgada al hombro.

—¿Cómo has…? No importa —ladeó la cabeza—. ¿Quiere esto decir que has vuelto a tu antigua profesión?

—No.

—Te ha llamado Daniel, ¿verdad?

—Sí.

—¡Maldito sea! ¿Te han pagado bien esta vez?

—¿Eso crees?

Gabe escuchó su suspiro.

—No, ya no sé qué creer —se levantó del sofá y se puso detrás mirándolo. Parecía agotado y torturado—. ¿Qué es lo que quieres?

—A ti.

Se miraron a través de la habitación.

—Me tenías.

—Ya lo sé.

—Y me dejaste partir.

Le tembló la voz y tragó saliva.

—Después de mentirte no tenía derecho a pedirte que te quedaras.

—¿Y qué te hace pensar que lo tienes ahora?

—Nada, supongo.

Se apartó del marco de la ventana. A Cali se le encogió el corazón.

—No te atrevas a irte así, Daniel Griffin —él se puso rígido esperando—. ¿Por qué no pudiste confiar en mí cuando yo confié en ti?

—Quería hacerlo. No sabes cuánto lo deseaba —sacudió la cabeza con infinita tristeza—. Pero no soy muy bueno en esas cosas.

—Ah, pero yo si fui lo bastante buena como para acostarte conmigo, pero no para amarme, ¿verdad?

Gabe se puso pálido.

—Sabes que eso no es verdad.

¿Es que no veía que sólo mirarla le estaba matando?

—¡Maldito seas, Gabriel! ¡Yo no sé nada! ¡Por Dios bendito, si me robabas un pedazo de corazón cada vez que me tocabas!

Gabe recordó cada momento que habían pasado juntos.

Calli se plantó frente a él.

—¿Por qué has venido hasta Texas?

—Te echaba de menos.

Ella lanzó un bufido.

—Quizá echabas de menos el sexo.

Entonces se apartó.

—¡Maldita sea, Calli! —La asió por los brazos—. Sabes que no es eso lo que hay entre nosotros. ¡Somos más que eso! Puedes sentirlo ahora. Yo puedo sentirlo en ti —suspiró entre dientes—. Nos pertenecemos. Y no sé vivir muy bien sin ti, pequeña. Cada vez peor.

Calli mantuvo la mirada clavada en él. Estaba luchando por contarle sus sentimientos. Conocía a Gabriel. Aquél era el mayor paso que estaba dando en su vida, admitir que era vulnerable, que necesitaba a alguien.

—Cal… sé que te hice daño.

—Sí, mucho.

Su expresión era de profundo arrepentimiento.

—Lo siento, pequeña.

—Te creo —sus pálidos ojos se suavizaron y las emociones que afloraron a ellos le aceleraron la respiración—. ¿Por qué dejaste que me fuera, Gabe? ¿Por qué no me llamaste?

Todavía estaba demasiado lejos como para tocarla. Si lo hacía estaría perdida.

—Por culpabilidad. Había perdido tu respeto. Lo vi en tus ojos. Tú habías sido sincera y yo te había traicionado.

—Entiendo que tuvieras que mantener tu promesa con Daniel.

—Que se vaya al infierno, Daniel —gruñó él—. Puede que se lo debiera por no denunciarme y haberme dado un trabajo… —Calli abrió mucho los ojos ante la revelación—, pero he arruinado lo mejor que he tenido en la vida por culpa suya —alzó la vista hacia el techo y cerró brevemente los ojos—. Tú has perdonado al mundo,

pero yo no podía esperar que me pudieras perdonar a mí.

—Te perdono.

Las fuertes facciones se contrajeron y Calli sintió una repentina oleada de energía que salía de él y la recorría el cuerpo. Aún así, vaciló.

—¿Por qué te da tanto miedo amarme, Gabriel?

—¡Porque no estoy seguro de saber cómo hacerlo! —jadeó con angustia—. Tú eres tan delicada y generosa y… maldita sea, Cal. ¡Yo no puedo ser así para ti!

—¡Oh, Gabriel! —susurró ella—. Tú eres todas esas cosas. No necesito que seas de otra manera. Si quisiera más o que fueras diferente, nunca hubiera dejado que me tocaras. Y nunca me hubiera quedado tanto tiempo —se acercó a él hasta quedar a unos centímetros de distancia—. Intentas ser malo con demasiada fuerza, ¿sabes? Y eres un buen hombre —él sacudió la cabeza, pero Calli le aferró la cara entre las manos—. Un buen hombre que ayudó a un potro a nacer durante toda la noche, que le dio el último dólar a un vagabundo. Un buen hombre que da su corazón sin esperar nada a cambio.

—Pero ahora sí quiero algo a cambio —susurró él dejando caer la americana—. Con desesperación —le posó las manos en la cintura con delicadeza—. Ya sé que no me merezco…

Ella le cubrió los labios con los dedos.

—Te mereces todo lo que desees de verdad, Gabriel.

Él le besó las puntas de los dedos y cuando ella bajó lentamente la mano, Gabe corrió el riesgo de su vida.

—Necesito una segunda oportunidad. Te quiero a mi lado. No puedo vivir sin ti.

A Calli se le nubló la visión y el corazón se le desbocó.

—¿Por qué?

—Porque te quiero, Cal.

Ella inspiró con fuerza. Le observó y en sus ojos vio la verdad que había estado allí todo el tiempo.

—Necesito saber una cosa —preguntó Gabe con miedo en los ojos—. ¿Todavía me amas?

—¡Sí! ¡Oh, sí!

—Te quiero, Calli —a ella se le llenaron los ojos de lágrimas y enterró los dedos en su pelo atrayéndolo hacia sí por el cuello—. Te

quiero —susurró él de nuevo con reverencia—. Desde el mismo momento en que me mordiste, te lo juro.

Calli soltó una carcajada y lo miró con ojos acuosos.

—Eso tendré que recordarlo —le aferró por el cuello y se puso de puntillas—. Bésame, rápido.

El lo hizo, lentamente, sus fuertes brazos enroscados alrededor de ella. Su beso fue amoroso e intenso y Calli pudo sentir el alivio de viejas heridas y penas. Ninguno de los dos volvería a estar solo nunca.

Gabe se apartó y la besó por toda la cara.

—¡Dios, cómo te he echado de menos, cariño! —murmuró contra su garganta.

—Te quiero, Gabriel.

—Dilo otra vez.

Ella sonrió con los ojos húmedos.

—Te quiero —deslizó las manos por su camisa intentando desabrocharle los botones—. Y quiero demostrártelo.

Gabe sonrió cuando ella le acarició el pecho, los brazos, los glúteos.

—Peligrosas palabras, mujer.

—No lo sabes bien.

El lanzó una carcajada mientras le quitaba la chaqueta para empezar por su blusa. Calli agarró la cinturilla de sus pantalones mientras lo empujaba por el corto pasillo hacia la habitación. Al instante estuvieron el uno sobre el otro, tocándose y excitándose. De repente, Gabe ya no pudo esperar y la acorraló contra la pared arqueando su cuerpo hacia ella mientras la besaba sin cesar y tiraba de su ropa abriéndole la blusa. Gimió contra los labios de ella al llenar sus palmas con sus senos. Había pasado demasiado tiempo, pensó.

Ella gritó su nombre y gimió cuando el familiar ardor escaló por su cuerpo.

—Hay una cama a pocos pasos —jadeó lamiéndole los labios mientras forcejeaba con al hebilla de su cinturón. A Gabe le despidieron chispas los ojos cuando ella le bajó la cremallera. Se quedó sin aliento cuando le introdujo la mano dentro. Estaba desnudo por debajo.

—¡Oh!

El lanzó una carcajada cuando su mano se cerró sobre él.

—Lo aprendí de ti.

Besándola con pasión, la arrastró hasta la cama. El deseo explotó fuera de control, la necesidad salvaje de estar juntos volviéndolos torpes. Gabe se quitó los zapatos al tiempo que alcanzaba su falda para tirarla al suelo. Calli se desabrochó el sujetador y Gabe vaciló contemplando cómo liberaba sus senos. Entonces la atrajo con aspereza a sus brazos, una mano corriendo con frenesí hacia sus nalgas y la otra abarcando uno de sus senos para frotarle el pezón con el pulgar.

Calli le deslizó los pantalones hacia abajo agarrando su firme carne. Él gruñó con fiereza y se despojó de ellos.

—Calli —la besó en la comisura de los labios—. Cariño… Quiero ir despacio, pero…

Se sentó en el borde de la cama y la montó a horcajadas sobre sus piernas mientras poseía el delicado pezón con su boca. Calli echó la cabeza hacia atrás mientras él frotaba, acariciaba y deslizaba los dedos entre sus braguitas y tiraba, su boca explorando su piel.

—Gabriel —gimió ella.

Y él se tumbó arrastrándola consigo y colocándola de espaldas. Calli se abrió mientras él alcanzaba un preservativo. Luego lo guió al interior femenino.

Con los ojos clavados el uno en el otro, un silencioso mensaje de amor y confianza pasó entre ellos. Ella le apartó el pelo de la frente y le sintió temblar.

—Te quiero —susurró él con voz ronca— entonces se sumergió en su oscura suavidad—. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué dulzura sentirte!

—¡Oh, Gabe! ¡Cómo te he echado de menos!

—Yo también, cariño. ¡No sabes cuánto!

Gabe deslizó las manos bajo sus nalgas para atraerla más hacia sí. La cadencia fue suave y urgente al principio, y enseguida desbocada y salvaje. Los cuerpos se arquearon, fundieron y tensaron en una explosión que no habían sentido nunca antes hasta caer inmóviles en la cama.

Con la respiración todavía jadeante, Calli lo miró al cuerpo todavía estremecido.

—Te quiero, Gabriel Griffin. Siempre te querré.

—Entonces arriésgate conmigo, Calli —la besó en la sien—. Corre un gran riesgo.

Un tierno humor iluminó sus rasgos mientras la peinaba el pelo con los dedos.

—¿Gabe?

A él se le comprimió la garganta.

—Cásate conmigo, cariño.

—Sí —respondió ella sin vacilación—. ¡Sí!

El esbozó una amplia sonrisa feliz.

—Esta misma noche.

Ella parpadeó.

—Ya he perdido demasiado tiempo. Quiero que sigamos con nuestra vida.

Ya lo había soltado todo, pensó ella. El pasado y el dolor con él. Estaba orgullosa de su valor y de repente lo miró con picardía.

—¿Podríamos despertar a Daniel para que fuera nuestro padrino?

Él sonrió.

—Eso podría ser peligroso.

—Bueno. —Calli encogió los hombros desnudos—. Dicen que sólo los buenos mueren jóvenes.

—No, cariño, esta vez no.

FIN



Amy J. Fetzer, cosmetóloga de profesión, se dedicó a ello por completo hasta los 30 años. Cuando se decidió a escribir, tardó 3 años en terminar su primer libro, hoy tiene publicados unos cuantos. Ha sido nominada y ganadora de varios premios.

Está casada con un miembro de la Marina estadounidense, ya jubilado, por lo cual pasó mucho tiempo sola haciéndose cargo de la casa y sus hijos. Ha disparado armas, ha hecho rappel, ha montado en un vehículo blindado, e hizo un poco de buceo en el Mar Oriental de China.

Escribe desde las 7 de la mañana hasta las 4 de la tarde, aunque a veces, según la inspiración, lo hace durante más tiempo. Los fines de semana los deja libres para pasarlos con la familia y con amigos.